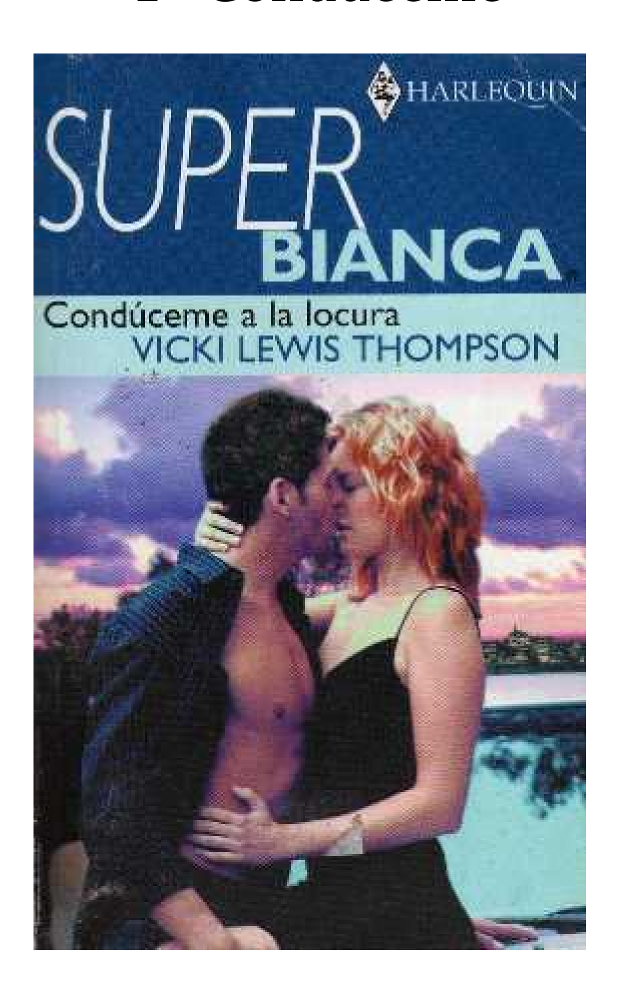
HARLEQUIN

SUPER BIANCA

Condúceme a la locura

VICKI LEWIS THOMPSON

Condúceme a la locura
Vicki Lewis Thompson
1º Condúceme



Condúceme a la locura (2003)
Pertenece a la temática Calor
Título Original: Drive me wil **(2003)**
Serie: 1º Condúceme
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Super Bianca 145
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Alec Masterson y Molly Drake

Argumento:

Ella iba por el carril rápido de la vida.

La aspirante a novelista Molly Drake solo le pedía dos cosas a la vida: un contrato para escribir un libro… y una noche de pasión junto a su chófer, Alec Masterson. Lo del contrato parecía imposible por el momento, especialmente desde que su editor le había dicho que sus fantasías no resultaban tan increíbles sobre el papel. Pero, por lo que respectaba a Alec… bueno, Molly había decidido ofrecerle el viaje de su vida…

Alec Masterson llevaba meses intentando poner freno a los sentimientos que Molly despertaba en él… hasta que ella se propuso volverle loco. Y cuando consiguió tenerlo donde quería, es decir, en la cama, Alec no pudo dejar de pensar en que él quería algo más que una noche de pasión.

Capítulo 1

Mientras Alec Masterson siguiera por la autopista de Connecticut, llegaría a tiempo de recoger a su cliente. No podía permitirse el lujo de llegar tarde, porque en ese caso Molly perdería el tren a Nueva York, y ya le había dicho que ese viaje era importante. Aunque no le había dicho por qué, desde luego. A Molly le gustaba mantener secretos. Su amigo Josh estaba convencido de que protagonizaba películas X. Josh tenía una imaginación desbocada, aunque esa teoría explicaría los constantes viajes que Molly realizaba a Los Ángeles, aparte de que tenía un cuerpo increíble.

Sentía una gran curiosidad, pero nunca fisgoneaba. Él era el conductor que Molly solicitaba siempre que llamaba al servicio de coches, de modo que debía caerle bien. A él también le caía bien. De hecho, la deseaba.

El cabello rojo dorado parecía diseñado para extenderse sobre una almohada y los ojos verdes emitían el tipo de fuego que provocaba sueños húmedos en los hombres. No obstante, irradiaba dulzura, casi inocencia. Si Josh tenía razón sobre su profesión, entonces era una actriz extraordinaria.

Si Alec hubiera conocido a Molly de otra manera y no siendo su chófer, probablemente la habría invitado a salir. Decía «probablemente» porque en ese momento no debería sacar tiempo para una amiga, y en lo que se refería a Molly, no se imaginaba conformándose con una única cita. Pero era su chófer, y no podía arriesgarse a perder el trabajo que tenía en Red Carpet Limousine.

Era estudiante desde hacía más de diez años; había pasado por la facultad de Medicina, de Ingeniería Eléctrica, Arquitectura, Economía. Su último intento por encontrar algo que le gustara era la facultad de Derecho, que estaba decidido a terminar. El trabajo de chófer era perfecto… con un buen sueldo y horario flexible. Además, podía estudiar mientras esperaba a un cliente.

Un Cadillac se encontraba detenido en el arcén con una rueda pinchada. Un hombre mayor trataba de cambiarla. En ese momento, del interior bajó una mujer de pelo blanco. Al pasar al lado de ellos, Alec miró por el espejo retrovisor. No fue capaz de seguir y frenó, para dar marcha atrás por el arcén hasta quedar a unos metros del vehículo. Iba a llegar tarde.

Molly Drake iba de un lado a otro del gastado suelo de parqué de

roble mientras mantenía un ojo en un antiguo reloj de pared. Alec nunca llegaba tarde, y no entendía por qué lo hacía en ese momento, cuando la reunión que tenía con su agente podía significar un comienzo nuevo para ella. Si perdía su cita de las once y media, no podría ver a Benjamín ese día. Era un hombre ocupado, y ella no estaba lo bastante alto en la cadena alimentaria como para que le buscara otro hueco.

Debería haber aprendido a conducir al trasladarse a Connecticut. Pensaba hacerlo, pero Dana había insistido en que ése no era el momento, ya que se encontraba en un territorio desconocido para ella. Más protectora que su propia madre, era Dana quien pagaba por el servicio de coches y la instaba a emplearlo siempre que necesitara realizar un trayecto. De todos modos, su intención había sido aprender a conducir, pero Red Carpet Limousine le había enviado a Alec. Sacar el carné de conducir habría supuesto dejar de verlo, lo que resultaba totalmente inaceptable.

Estaba segura de que no habría podido escribir la novela sensual sentada ante la mesa de su agente si Alec no hubiera aparecido en su vida. Él la había inspirado para fantasear con una gran aventura sexual en la que su heroína, Krysta, exploraba los impulsos sensuales en un entorno selvático primitivo de Brasil. Ella jamás había pasado los dedos por el tupido pelo de Alec, pero Krysta sí. Krysta había buceado en los ojos castaños mientras lentamente le desabotonaba la camisa de seda y pasaba las manos por el torso musculoso.

Y como no apareciera en los próximos dos minutos, le iba a retorcer ese bonito cuello. La cita con Benjamin significaba el fin de la espera para ver su reacción ante el libro. Se lo había enviado tres meses atrás. Y la semana anterior su secretaria la había llamado y le había dado esa cita para hablar del libro.

Estaba preparada para que Benjamin le dijera que no podía conseguirle un gran anticipo. Eso solo lo lograban las estrellas de Hollywood como Dana Kyle, que había asombrado a la fábrica de sueños escribiendo una serie de inteligentes novelas de misterio. Así las había llamado *Publishers Weekly:* «inteligentes y con una buena trama».

Molly devoró cada crítica y les envió copias a sus padres en Los Ángeles. Eran las únicas personas aparte de Benjamin que sabían que era ella quien había escrito cada palabra de esas novelas para su querida amiga Dana. Ésta se hallaba encantada con el reconocimiento y Molly se sentía feliz por ella.

Pero cuanto más famosa se hacía Dana, más deseaba participar en el proceso creativo. En su mayor parte, sus ideas eran horribles, y

Molly siempre tenía que encontrar formas diplomáticas de prescindir de ellas. El proceso era agotador y terminaba con su nombre en letras enormes en la cubierta y el de Molly invisible. Era hora de que Molly Drake apareciera en letra impresa.

Perderse esa reunión con su agente no iba a ser un buen comienzo. Al final cedió a su impaciencia, recogió el bolso y salió a esperar al porche, donde se sentó en la hamaca que tanto le gustaba a la abuela Nell.

Sentía esa cabaña en Old Saybrook más su hogar que la mansión de Beverly Hills donde había crecido. Aún así, no había aceptado el ofrecimiento de su abuela de irse a vivir allí, porque la cabaña de un dormitorio era ideal para una persona pero quedaba atestada con dos.

Quizá debería haber aceptado. Al menos de esa manera habría podido pasar más tiempo con la abuela Nell antes de que muriera. El pensamiento aún le provocaba un nudo en la garganta, pero al menos ya podía pensar en su abuela sin ponerse a llorar. De hecho, le encantaba estar rodeada de las antigüedades de su abuela, de chinz y encaje.

Empezó a mecerse mientras estaba atenta al sonido de un motor. Esperó que no le hubiera sucedido nada a Alec. Una cosa era llegar tarde. Pero un accidente… bueno, ni siquiera quería pensar en eso. A su protagonista le había asignado un Lincoln, pero claro que su héroe era el dueño del coche, mientras que Alec solo conducía uno para la agencia. Alec tenía un viejo todoterreno, aunque ella nunca lo había visto.

Temiendo ver la hora, se obligó a hacerlo y le entró una oleada de pánico. No iban a llegar a la estación, aunque esa era la menor de sus preocupaciones. Alec no llegaría tan tarde a menos que le hubiera pasado algo.

Cuando el teléfono sonó en el interior de la casa, se levantó de un salto. Hurgó en el bolso en busca de la llave. Finalmente la localizó, abrió y corrió al teléfono del recibidor. El contestador automático se activó en el momento en que llegó ella.

Apagó el aparato y alzó el auricular.

—¿Hola?

—Molly, sé que llego tarde, pero…

—¡Alec! ¿Estás bien?

—Voy de camino. Escucha, ya no puedes llegar al tren, así que te llevaré a Nueva York. Estaré en tu casa en cinco minutos.

—Pero tú te encuentras bien, ¿verdad?

—Sí, estoy bien —sonó desconcertado—. ¿Por qué ibas a pensar lo contrario?

—Yo… tuve miedo de que hubieras tenido un accidente o algo por el estilo.

—Oh —reinó un breve silencio.

De pronto a Molly se le ocurrió que no debería haber sonado tan preocupada. Debería ir con cuidado o él podría llegar a deducir que para ella representaba algo más que un chófer. Y no disponía de tiempo para tener un novio de verdad. El de sus fantasías se adaptaba mejor a su complicada vida.

—Lo siento —dijo él—. No era mi intención preocuparte. Llegaré enseguida. Hasta luego.

—Adiós —cortó.

Su tono de voz había sido distinto al final, más suave, íntimo. Había coqueteado con él en los últimos seis meses, y Alec con ella. La química que había entre ellos era real, pero no quería que nada se descontrolara.

En Los Ángeles, casi todos los servicios de limusina tenían una política de empresa que prohibía que los empleados se relacionaran con los clientes. Quizá las cosas eran distintas en Connecticut, pero lo dudaba.

Alec no podía permitirse el lujo de dejar su trabajo. Además, lo más probable era que no tuviera tiempo para una novia, como ella no lo tenía para un novio. Eso quedaba arreglado. Aunque sospechara que le gustaba mucho, y aunque también ella le gustara a él, nada saldría de la situación. El momento no era el adecuado para ninguno.

—¿Molly?

Se volvió y lo encontró de pie en el umbral de la puerta. Al entrar no la había cerrado. Tenía una mancha de grasa en la mejilla y otra en la pechera de la camisa blanca con el logo de Red Carpet en el bolsillo. Los ojos castaños mostraban una ternura que nunca antes le había visto.

—Lo siento mucho —se disculpó—. A una pareja mayor se le pinchó una rueda y paré para ayudarla a cambiarla. Pero aún llegarás a tu cita si salimos ahora, porque te dejaré en la puerta y no tendrás que perder tiempo con el tren y un taxi.

No tenía mucha alternativa.

—De acuerdo. Acepto —siempre que lo veía sentía un cosquilleo en el estómago, pero esa mañana, la expresión en los ojos hizo que el hormigueo bajara. Santo Cielo, la excitaba solo con una mirada.

—Bien. Vámonos.

—De acuerdo —colgó el teléfono. Todavía tenía las llaves de la casa en la mano, pero no recordaba qué había hecho con el bolso. Miró alrededor.

—Lo dejaste junto a la puerta.

—Oh —había estado tan distraída con la llamada de Alec, que debió de soltarlo en cuanto encontró las llaves—. Lo recogeré y nos vamos.

—He dejado el coche en marcha y el aire acondicionado encendido.

—Estupendo.

Se hizo a un lado para permitirle salir al porche. Molly cerró con llave la puerta de la cabaña y recogió el bolso por la correa.

Alec le sostenía la puerta delantera del lado del pasajero, como había hecho innumerables veces antes. Hacía tiempo que habían prescindido de la tradición de que ella viajara en el asiento de atrás. En ese momento, se preguntó si había sido una decisión sensata. Por el bien de ambos, necesitaban mantener la distancia.

Sin embargo, no podía cambiar las reglas en ese momento sin crear una situación incómoda. Iba a tener que eliminar el factor de seducción. Mostrar adrede un poco de pierna si llevaba una falda corta o mirarlo a los ojos si le daba las gracias por sostenerle la puerta se había convertido casi en su segunda naturaleza. Le reía demasiado los chistes y le sonreía más de lo necesario.

En ese momento comprendía que ese comportamiento había sido un error. Alec era demasiado consciente de ella y ella babeaba descaradamente por él.

Después de cerrarle la puerta, Alec rodeó el vehículo y abrió la puerta del lado del conductor.

—¿Cuánto tiempo piensas estar en la ciudad?

—No mucho. ¿Por qué?

—Podría esperarte en un aparcamiento y luego llevarte a casa —subió al coche y cerró la puerta.

—No es necesario que hagas eso —se comportaba más como novio que como chófer, y por desgracia a ella le encantaba.

Después de recoger las gafas de sol del salpicadero y ponérselas, arrancó y enfiló hacia la autopista.

—Como tú quieras, pero hoy ya no tengo más clientes y te cobraría lo mismo que si tomaras el tren de vuelta.

—En ese caso, de acuerdo —sabía que siempre necesitaba dinero, y si llevarla ida y vuelta lo ayudaba financieramente, no lo dudaría—. ¿Tienes tus libros en el maletero?

—Siempre —le ofreció una sonrisa fugaz—. Además, preferiría tener compañía durante el regreso.

Hasta el momento en que empezó a preocuparse de que hubiera podido sufrir un accidente, había tenido bajo control las emociones

por él. Pero esa preocupación parecía haberle comido las defensas, y en ese momento, cualquier movimiento de Alec le provocaba ondulaciones por todo el cuerpo.

Buscó un terreno sólido.

—Ya tienes que andar cerca de los exámenes finales.

—No me lo recuerdes. ¿Quieres escuchar un poco de música?

—Bueno —con la percepción potenciada que tenía de él, no sabía si la música era una buena idea. Pero esperaba que si fingía que no se había producido ningún cambio en su relación, al final pudiera recuperar el control de sus pensamientos.

Alec alargó el brazo y apretó la tecla del CD del coche. Lo tenía cargado con jazz suave, la música que habían establecido como la mejor para sus viajes. En el pasado, había llenado el habitáculo con sensualidad, pero en ese momento rebosaba sexo.

Por primera vez en los seis meses que hacía que lo conocía, a Molly no se le ocurría nada que decir. Permaneció sentada con los dedos juntos y trató de convencerse de no desearlo. No tuvo mucha suerte.

Él tampoco hablaba, y hasta su silencio era sexy. Experimentó una imagen súbita y poderosa de lo que sería estar tumbada a su lado después de… Apretó los dedos y miró por la ventanilla al tiempo que se obligaba a pensar en otra cosa… cualquier cosa, desde los árboles en flor hasta las nubes que surcaban el cielo.

El viaje fue un ejercicio interminable de autocontrol, hasta que al fin llegaron a las afueras de la ciudad y los pensamientos de Molly se centraron en la cita que tenía con Benjamin. La excitación sexual dio paso a los nervios.

Alec bajó el volumen de la música.

—¿Adónde vamos?

—A Midtown. Cerca de Park con la Cincuenta y Siete —titubeó. No contarle nada sobre su cita, cuando iba a dejarla en la puerta del edificio, parecía paranoico—. Tengo una reunión con mi agente a las once y media.

Todas las preguntas que él no le hizo flotaron en el aire entre ambos, y empezó a sentirse tonta por mostrarse tan reservada. No podía hablar de los libros que escribía sin que apareciera su nombre, pero la cita con su agente no estaba relacionada con eso. Después de todo, la llevaba a la oficina de Benjamin y pasaría a recogerla.

No obstante, nadie conocía ese proyecto salvo Benjamin, y tenía miedo de hablar de él y arriesgarse a gafarlo. Se decidió por establecer un compromiso.

—Te contaré de qué va todo de camino a casa, ¿de acuerdo?

La miró como desconcertado.

—¿Lo harás? ¿Por qué?

—Porque dudo de que sea capaz de guardármelo para mí.

—De haber vuelto en tren, ¿habrías arrinconado a quien fuera a tu lado?

Molly rio y liberó parte de la energía nerviosa.

—Probablemente.

—Entonces supongo que debería sentirme afortunado de que hayamos perdido el tren —sonó irritado.

—Escucha, Alec, sé que no te he revelado mucho sobre mí misma desde que nos conocemos, pero…

—No tienes que revelarme nada sobre ti, Molly. Te ofrezco mis disculpas por adoptar ese tono. Soy tu chófer, y lo que elijas contarme o no depende enteramente de ti.

—Ahora estás molesto.

—Solo conmigo mismo —suspiró—. Desde el principio supe que tú no eres locuaz. Y yo sí.

—Hoy no.

—Bueno, me he puesto a pensar que quizá te aburría. Apuesto que no querías oír…

—Me ha encantado oír cosas sobre tu familia —musitó.

—Estás siendo educada.

—No, hablo en serio. Yo no tengo ninguna buena historia de ese estilo —la infancia normal de Alec y las aventuras vividas con su hermana menor le daban a Molly mucha envidia.

—Oh, Dios, por favor, no me digas que eres huérfana.

—No. Pero mi infancia fue… diferente.

—Y no quieres hablar de ella.

—Es mejor si no lo hago.

Hacía tiempo que había descubierto que no aportaba nada bueno contarle a la gente que su padre era Owen Drake, uno de los directores más importantes de Hollywood, y su madre Cybil O'Connor. Si los fans llegaban a recordar a Cybil por algo, era por la espectacular escena de desnudo en *La Laguna Encantada*, una película estrenada veintiocho años atrás. Después de aquello, había abandonado la carrera para convertirse en la esposa de Owen Drake y en la madre de Molly Drake. Molly siempre había sentido el peso de ese sacrificio.

También había aprendido que mencionar a sus padres, por lo general despertaba una curiosidad intensa, y la gente solía olvidar los modales en la búsqueda de detalles íntimos. Quizá Alec no intentara sonsacarle información sobre las grandes estrellas ni mencionara la famosa escena de desnudo de su madre. Conociéndolo, sabía que no

reaccionaría de esa manera. No obstante, para variar la gustaba ser anónima, y trasladarse de Los Ángeles a Connecticut la había ayudado a separarse de ese mundo deslumbrante y de gran presión.

Alec carraspeó.

—No debería hacer esto, pero tengo una pregunta sobre ti y me está matando.

—¿Solo una?

—Bueno, más de una, pero ésta… digamos que mi amigo Josh despertó mi curiosidad y no puedo quitarme la pregunta de la cabeza.

—¿Josh es el chófer que conocí cuando lo llevaste aquel día?

—Sí, al que se le averió la limusina en las afueras de New Haven.

Molly recordaba a un hombre fibroso de pelo negro rizado. Siempre parecía estar en movimiento.

—El nervioso.

—El mismo. Bueno, no tienes por qué contestar, pero un «sí» o un «no» significarían mucho para mí. ¿Trabajas en el cine?

Sobresaltada, rio. No trabajaba en el cine. Sus padres lo habían deseado por encima de todo, y lo había intentado. Pero siendo una bibliófila introvertida no podía esperar triunfar en la gran pantalla, ni siquiera con los padres que tenía.

—¿Trabajas?

Le sonrió. Esa conversación la ayudaba a olvidar los nervios.

—Me has descubierto. No soy Molly Drake. En realidad, soy Nicole Kidman tratando de escapar de los *paparazzi*.

—Mmm, no me refería a ese tipo de películas.

—Entonces, ¿a qué…? —se quedó boquiabierta. Alec le preguntaba si trabajaba en vídeos para adultos. Al principio se sintió insultada por que él pudiera llegar a pensar que era una estrella porno. Debería conocerla mejor. O quizá no. No había hablado de sí misma, lo cual había dejado espacio para todo tipo de especulaciones. Al parecer, Josh y Alec la consideraban lo bastante sexy como para actuar en esas películas. Eso la fascinó—. Dijiste que no tenía que contestar, ¿verdad?

—Claro que no, pero…

—Entonces no voy a hacerlo —observó cómo el rubor que le había teñido las orejas se extendía a toda su cara. Miró su regazo y descubrió que la imagen de ella como estrella X también surtía un efecto considerable ahí.

—Es afirmativo —la voz le sonó estrangulada.

—No he dicho eso —la conversación le mantenía la mente alejada de la ansiedad de la cita con Benjamín.

—Sí, pero no contestar es lo mismo que si hubieras respondido.

—No necesariamente —se preguntó qué haría él si apoyara una mano en su muslo, pero no quería que tuvieran un accidente.

—Ojalá no te lo hubiera preguntado —tragó saliva—. Pensé que dirías que no.

—Eso no resulta gracioso.

—Oh, ¿en realidad no trabajas en esa industria pero quieres que piense que sí?

Divertida, siguió sonriéndole.

—¿Tú qué crees?

Él aferró el volante con fuerza y clavó la vista delante.

—Que me he metido en problemas.

Capítulo 2

Alec necesitaba una ducha fría, pero como eso no era posible, ajustó con gesto casual el aire acondicionado para que soplara directamente sobre su regazo.

Aunque no estudiara Derecho, sabía que cualquiera que se negaba a contestar una pregunta casi con toda seguridad ocultaba algo. De modo que debía de ser una estrella de esas películas. Tampoco lo enorgullecía su reacción ante esa noticia.

Asimismo existía la posibilidad de que lo provocara. El concepto no mejoró en absoluto su condición. Una mujer dispuesta a bromear con algo así sería la clase de compañera de cama con la que siempre había soñado, alguien a quien le gustaba divertirse con el sexo en vez de tomárselo como un asunto grave. O bien era una estrella porno o bien una seductora bromista. Ambas posibilidades lo tenían tan excitado que apenas podía conducir.

Pero ella le pagaba para eso, de modo que era mejor que dejara de fantasear sobre su cuerpo desnudo o terminarían en un choque múltiple. La miró de reojo para tratar de decidir si bromeaba o no.

Ella simplemente sonrió, como si verlo retorcerse le proporcionara un gran placer. Desde luego, no se vestía como si hiciera ese tipo de películas. Sí, la falda tendía a ser corta, pero formaba parte de un traje de seda negra que parecía más sacado de *Glamour* que de *Playboy*.

Aunque una estrella porno tampoco tenía por qué ejercer de tal salvo cuando estaba ante las cámaras. El traje de Molly no le revelaba mucho aparte de que tenía buen gusto en, la ropa. No sabía qué pensar. Y con una gran parte de su sangre bajando al sur, tampoco le quedaba mucho poder en el cerebro.

De algún modo logró seguir las directrices de Molly y llevarla hasta la dirección correcta. Incluso recordó darle el número de su teléfono móvil para que pudiera llamarlo cuando terminara. Luego, como un idiota, se quedó sentado mirándola entrar en el edificio. Si los bocinazos y los insultos no lo hubieran sacado del trance, habría podido quedarse hasta que ella volviera a aparecer.

Se dirigió al aparcamiento más cercano y reclinó la cabeza con un suspiro. Jamás debería habérselo preguntado. En vez de satisfacer su curiosidad, se había vuelto más misteriosa y fascinante que nunca. El cerebro recalentado le zumbó con pensamientos de Molly, gatita sexual. Algo le dijo que en la siguiente hora iba a estudiar poco.

Molly estaba sentada en el sillón de piel roja en el despacho de Benjamín. Su manuscrito, unido por una cinta de goma, se hallaba en el escritorio. Su agente la miraba con las gafas de cristal grueso puestas. Tenía el pelo gris cuidadosamente peinado. No sonreía.

Mirándolo, llegó a la conclusión de que no quería hablar del manuscrito.

—Realmente parece primavera en la calle —comentó—. Ni siquiera necesité un abrigo. ¿Suele hacer esta temperatura en abril?

—Por lo general, no. Escucha, he leído tu manuscrito y…

—Jamás he pasado un verano entero en esta zona. Tengo ganas de pasear por la playa, comprar verduras de puestos en la calle, conseguir…

—Molly, lo siento.

Sintió como si le hubieran metido bloques enteros de hielo en el estómago.

—¿El libro, mmm, necesita retoques? —carraspeó—. No pasa nada. Puedo…

—Ojalá lograra creer que lo puedes arreglar.

—¡Claro que puedo arreglarlo! —lo miró fijamente—. Soy una escritora profesional, así que dime qué hace falta y lo realizaré —quizá se encontraba en una pesadilla y terminaría por despertar. Se pellizcó el brazo, pero nada cambió. Seguía sentada frente a un agente de aspecto muy triste a quien no le gustaba su libro.

—Doy por hecho que quieres que sea un libro encendido sobre una mujer que explora sus fantasías sexuales.

—Bueno, más o menos eso es lo que me proponía —y Benjamín no creía que hubiera tenido éxito. Tragó saliva. La vida no podía ser mucho más horrible que un hombre de mediana edad te dijera que, cuando se trataba de sexo, no lo habías conseguido. Los ojos azules de Benjamín se veían grandes y llenos de simpatía. Pero ella no quería simpatía. Quería figurar en la lista de grandes éxitos editoriales del *New York Times*.

—No es sexy —afirmó él.

Molly se encogió por dentro. Aunque se preguntó qué podía saber Benjamín, si llevaba casado desde la presidencia de Nixon. ¡No sería capaz de recordar qué significaba ser sexy!

Benjamín juntó las manos y adelantó el torso hacia ella.

—No creo que escribir sobre sexo sea tu punto fuerte. Las coquetas novelas de misterio que has estado escribiendo para Dana… ahí es donde debes volcar tu energía. Y no requieren ninguna escena de sexo.

—¡Estoy harta de esas novelas de misterio!

—Entonces quizá necesites un descanso. No has parado de entregar

libros para Dana. Si quieres, puedo alargarte el plazo del siguiente. Dana ya se ha ganado un hueco, de modo que podrías…

—Exacto —hasta ese momento, en que Benjamín parecía dispuesto a tirarlo a la papelera, Molly no se había dado cuenta de lo mucho que significaba para ella ese manuscrito—. Dana se ha ganado un hueco. No yo. Le estoy agradecida a ella, agradezco el dinero, pero quiero publicar algo con mi nombre.

Benjamín suspiró y se reclinó en su sillón.

—Entonces estás en un aprieto, porque no puede ser nada parecido a lo que escribes para ella. Tienes la cláusula de no competencia.

Molly señaló el manuscrito que había en la mesa.

—Eso no es parecido.

—No. Pero si esperabas dar el salto a otro género, me temo que no has tenido éxito.

Su corazón parecía un martillo neumático. Quería pensar que Benjamín no sabía de qué hablaba, pero tenía clientes que escribían libros ardientes. Era obvio que su agente consideraba que ella no encajaba entre esos autores.

—Reescribiré las escenas de amor.

—No sé si eso funcionará.

—Claro que sí. Yo creía que eran bastante sexys, pero al parecer me equivocaba. Lo arreglaré.

La observó durante largos segundos.

—No sé cómo decirte esto, de modo que es probable que lo diga mal, pero el manuscrito se lee como si la autora no tuviera mucha experiencia con el concepto de «aventura sexual».

Ella permaneció en un silencio aturdido.

—Por eso dudo de que puedas arreglarlo —añadió él con gentileza —. Te repito, mi consejo es que te ciñas a los misterios suaves. Seamos claros, Molly, eres una persona cautelosa, básicamente introvertida, algo que le sucede a muchos escritores. Este tipo de libro no es para ti. Los misterios tranquilos te sientan de maravilla.

Era inaceptable. Totalmente inaceptable. Resultaba irónico que Alec casi creyera que era una estrella porno mientras Benjamín la veía como una persona introvertida y sexualmente tímida. ¡No lo era! Simplemente… quizá era un poquito cauta cuando se trataba del sexo, pero distaba mucho de ser virgen.

En las circunstancias adecuadas, desde luego era capaz de olvidarse de la cautela y exprimir al máximo la vida. Sí, eso inspiraría mejores escenas sexuales, lo haría.

—Desde luego, la distribuiré si quieres —decía Benjamín—. Tú tienes la última palabra.

—No —se puso de pie y recogió la novela. La gomita que la sujetaba se rompió y tuvo que agarrar los papeles con ambas manos—. Aceptaré tu consejo.

Benjamín también se levantó.

—Molly, ¿sabes cuántos escritores matarían por estar en tus zapatos? Pocos pueden vivir de la literatura.

—Lo sé —guardó el manuscrito en el bolso. En cuanto llegara a casa, lo revisaría—. Agradezco la oportunidad que Dana me ha dado. Pero publicaré algo con mi propio nombre.

—Estoy seguro de que lo harás. Solo necesitas encontrar el vehículo adecuado.

Benjamín era lo bastante mayor como para ser su padre, y por desgracia empezaba a sonar como él.

—¡Solo necesito encontrar más sexo! —en cuanto soltó las palabras, se ruborizó. Pero era verdad.

Su agente pareció incómodo.

—Aguarda un momento, Molly. Ni por un momento pienses que estoy recomendándote…

—No lo pienso.

Siguió observándola inquieto.

—Las personas no pueden cambiar su personalidad básica, y si lo intentan, pueden meterse en serios problemas.

—Desde luego —con la salvedad de que su personalidad no era tan básica como creía Benjamín. Quizá necesitaba más conocimientos, pero le había encantado crear el libro, a pesar del resultado de aficionada. Era un diamante sexual en bruto. Y tenía algunas ideas de cómo pulirse.

Él sonrió aliviado.

—Me alegro de que no intentes nada temerario. Es un mundo peligroso, y debes moverte con cuidado.

—Exacto —no creía que Benjamín tuviera mucha idea del mundo que era, pero solo intentaba protegerla y resultaba tierno.

—Bueno, entonces —él juntó las manos—. ¿Quieres que cambie la fecha de entrega de agosto para que puedas descansar un poco?

—No, está bien —no quería que Dana sospechara que su «negra» se sentía insatisfecha con la situación. Cuando Molly era adolescente y había querido dejar las clases de teatro con el fin de escribir, Dana la había apoyado ante sus padres. Pretendía tratarla bien.

—Entonces, ¿te encuentras bien?

Tenía el aspecto de alguien que necesitase una reafirmación.

—Estoy bien —aseguró ella. Logró sonreír—. Gracias por leer el manuscrito.

—Algunas partes eran excelentes.

—Gracias —resistió el impulso de preguntarle cuáles. La cuestión no era que no supiera escribir, sino si era capaz de escribir escenas de sexo desinhibidas y descarnadas.

Se estrecharon las manos y se despidieron. Cuando Molly salía de su oficina, hurgó en el bolso en busca de la tarjeta con el teléfono móvil de Alec. Gracias a un amigo con una imaginación desbocada, creía que era una mujer que interpretaba escenas de sexo delante de una cámara. Era evidente que eso lo excitaba. Pensaba aprovechar esa información errónea.

* * *

Alec quedó sorprendido cuando Molly lo llamó antes de las doce y media. Si él hubiera tenido una cita de una hora con ella, habría empleado hasta el último de los sesenta minutos. Por algún motivo, su agente había dejado que se marchara temprano. Debía de tratarse de una mujer.

El tráfico era denso, aunque siempre lo era en Nueva York. Molly se hallaba de pie en la acera donde la había dejado, y no parecía muy contenta. Le había prometido hablarle de la reunión, de modo que averiguaría quién o qué le había causado esa expresión. No le gustaba verla desdichada y al instante le desagradó el agente.

Aparcó en doble fila y bajó para abrirle la puerta, pero ella entró antes de que pudiera rodear el coche. Molly era así, en absoluto interesada en que la trataran como a una diva. No sabía que a él le encantaba abrirle las puertas.

—Comamos en un hotel —dijo en cuanto él se sentó ante el volante.

—¿Cuál?

—Cualquiera. El más cercano. Invito yo. Tengo hambre.

—De acuerdo —dudaba que se tratara de una celebración, pero no pensaba discutir con ella. Si quería una bonita comida en el restaurante de un hotel, la tendría. Le habría gustado poder invitarla, pero con los precios de Nueva York, el almuerzo podía comerse una buena parte del dinero que tenía para pagar el alquiler. Nunca lo había molestado ser pobre hasta ese momento.

Le entregó el vehículo al aparcacoches del primer hotel que encontró, sin molestarse en mirar si era un Hilton, un Sheraton o algo por el estilo.

Cuando Alec se reunió con ella en la acera, recordó que llevaba la

camisa con el logo de su empresa, y encima manchada.

—Quizá deberías entrar sin mí —comentó—. No llevo la ropa adecuada.

Ella lo miró.

—Estás perfecto, pero si te preocupa, podemos ir a la cafetería del hotel en vez de al restaurante.

La siguió a través de las puertas giratorias.

—Depende de lo que quieras comer.

—Prefiero estar en la cafetería contigo que sola en el comedor. Pidamos un sándwich.

—De acuerdo —mientras atravesaban el vestíbulo, se vio en un gran espejo de pared. Con ella vestida con ropa elegante y él con el traje de chófer, parecía su chico objeto.

El camarero los llevó a una mesa y Alec apartó la silla de Molly.

—Gracias —le sonrió.

—Soy yo quien debería dártelas por ofrecerte a invitarme —se sentó, abrió el menú y miró los precios. Había algunos platos que entraban en su presupuesto—. ¿Sabes?, podría pagarme mi almuerzo. Eso tiene más sentido.

—No nos preocupemos ahora por eso —estuvo lista cuando el camarero se presentó a llenarles las copas con agua.

Mientras ella pedía una ensalada de pollo asado, Alec se decidió por un sándwich Reuben. Al quedarse solos, adelantó el torso.

—Dijiste que ibas a hablarme de la reunión con tu agente.

—Lo haré, pero no ahora —tenía los ojos verdes brillantes, las mejillas acaloradas. La expresión triste había desaparecido.

—Doy por hecho que no te dio buenas noticias.

—No, no lo hizo. Pero no pienso dejar que eso estropee nuestra comida. ¿Así que te gustan los sándwiches Reuben?

—Claro.

—A mí también, pero me apetecía algo un poco más ligero. Quizá me dejes probarlo.

—Mmm, desde luego —cada vez parecía más una cita.

—Hay algo especial en la combinación picante de la col y la carne, ¿verdad?

—Siempre me ha gustado.

—Y si te lo traen inmediatamente después de haberlo preparado, y sigue caliente, con el queso derretido… mmm, delicioso.

—Mmm —tenía la impresión de que esa charla no se ceñía exclusivamente a la comida. La entrepierna comenzaba a registrar matices sexuales. Molly ya había coqueteado con él antes, pero con una sensualidad ligera, sin intención de llegar a ninguna parte. Eso

parecía tener una dirección definida, aparte de que se sentía más encendido con cada momento que pasaba.

—¿Alec?

—¿Qué? —carraspeó.

—Apuesto que Red Carpet tiene una política en contra de salir con clientes.

El corazón comenzó a latirle más deprisa.

—Sí. Pero si te preocupa este almuerzo, no creo que cuente —fingió malinterpretar hacia dónde conducía la charla, para ver si ella iba en serio o solo estaba jugando.

—No me preocupaba eso. Estamos en Nueva York, no en Old Saybrook. Nadie nos verá comer juntos, le guste o no a tu empresa.

—Supongo que es verdad.

—Entonces, digamos que corrías un riesgo y decidías soslayar durante un rato la política de tu empresa. Digamos que tu cliente prometía no contar jamás nada a nadie —calló para mirarlo.

De no haber captado el leve temblor de la mano al levantar la copa de agua, habría pensado que estaba impertérrita. Él no. Nunca había estado tan nervioso.

—De acuerdo, aceptemos eso.

Molly pestañeó un poco y luego lo miró directamente a los ojos.

—No quiero que pierdas el trabajo por mi culpa.

—Deja que yo me preocupe de eso —el trabajo le importaba un pimiento. Cinco minutos antes habría pensado que era muy importante, pero cinco minutos atrás Molly no había estado frente a él, ruborizada, insinuando que quería algo más que el servicio de chófer.

—Es que te encuentro muy atractivo —dijo ella.

—Yo también —eso era ambiguo. Volvió a intentarlo—. Yo también te encuentro muy atractiva.

—Pero hay tantos problemas.

—Lo sé —a él no se le ocurría ninguno, pero sabía que existían, temporalmente erradicados por la tormenta de lujuria.

—Realmente no dispongo de tiempo para salir —agarró la copa de agua con ambas manos y bebió un trago.

—¿Por qué no? —era agradable saber que no salía con nadie.

—Intento avanzar en mi carrera.

«¿Haciendo películas X?». Pero no lo preguntó.

—En realidad, yo tampoco tengo tiempo para salir —comentó de forma automática, aunque se daba cuenta de que lo sacaría… para ella.

—Es lo que pensaba. Y luego está el hecho de que soy clienta de la

agencia.

—Cierto —y quizá había estado loco al dejar que eso se interpusiera entre ambos durante seis meses.

Molly giró la copa unos momentos en sus manos.

—Pero no significa que no haya pensado en ello.

—Yo también —Alec había pensado en ella durante el día, soñado con ella por la noche y no había dado ni un paso. Patético.

Pero ese era el momento en que más tiempo habían estado sentados frente a frente, en que realmente podía mirarla. Era un bombón, toda ella bucles rojizos dorados y piel blanca.

Nunca antes se había fijado en sus manos, pero en ese instante veía que mantenía las uñas cortas y libres de laca. Las estrellas de cine, cualquier estrella de cine, llevaban las uñas largas. Aunque podía ponerse postizas durante los rodajes. La vio llevarse la copa a los labios y beber. Estaba excitándose.

—De acuerdo —respiró hondo con gesto trémulo—; entonces, los dos estamos interesados.

—Desde luego.

—Y el destino ha hecho que hoy termináramos juntos en la ciudad.

—Sí —y George y Alma Federman, cuyo pinchazo había hecho que llegara tarde.

—Entonces, mmm, pensaba…

—¿Sí? —cortó con el corazón desbocado.

—Bueno, teniendo en cuenta todo… —calló y alzó la vista cuando el camarero regresó con la comida.

Alec ya no tenía hambre. Quería que siguiera hablando. El camarero pareció tardar una eternidad en servirles los platos. Finalmente volvieron a quedarse solos.

—¿Decías? —instó él.

—Creo que deberíamos comer —alzó el tenedor, pero la mano le seguía temblando.

—¿Es ésta la cita? ¿El almuerzo?

—Come tu sándwich. Antes de que decidamos qué vamos a hacer, deberíamos comer.

—De acuerdo —obediente, dio un mordisco al sándwich. Le chorreó jugo por los dedos y terminó por chupárselos. Alzó la vista y la descubrió observándolo con los labios entreabiertos y respiración agitada.

—¿Está bueno? —preguntó.

—Sí —cielos, era preciosa—. ¿Quieres un poco?

Molly asintió.

Extendió el sándwich y colocó la otra mano debajo para capturar

lo que pudiera caer. Cuando ella se inclinó para dar un mordisco, los labios le rozaron los dedos. Apenas fue capaz de contener un gemido.

Ella masticó y tragó.

—Está bueno.

—Puedes comerte el resto —«puedes tener lo que quieras». Alzó su plato para entregárselo.

—No. No, gracias. Tengo mi ensalada —empezó a comer otra vez como si alguien le hubiera dicho que hasta no acabar, no podría pedir el postre.

Alec decidió que lo mejor era imitarla, pero cuando se ocupaba de la segunda mitad del sándwich, consideró que era bueno encarar el tema del dinero.

—Me gusta tu idea de pasar el día en Nueva York, y ojalá pudiera llevarte a algún sitio agradable, quizá incluso a ver una obra de teatro en Broadway, pero no tengo mucho…

—Alec, yo cubriré los gastos de lo que hagamos.

—No me parece bien. Sé que estamos en un siglo nuevo, pero al menos quiero pagar mi parte.

—¿Cuándo tienes que devolver el coche?

—Esta noche. Edgar no lo necesita hasta mañana, y tengo acceso al aparcamiento, así que no hay una hora fija. Podemos quedarnos en la ciudad el tiempo que tú quieras.

Molly no había terminado la ensalada, pero apartó el plato.

—No quiero estar en la ciudad.

—Pero has dicho…

—Quiero… —hizo una pausa y bajó la voz—. Quiero una habitación.

Alec estuvo a punto de correrse en los pantalones.

Capítulo 3

Molly sentía el rostro acalorado, pero ya había dicho las palabras. No de forma elegante o seductora, pero sí con claridad.

Los ojos castaños de Alec se tornaron casi negros.

—Me estás haciendo una proposición —comentó con voz ronca.

—Sí —agarró el borde de la mesa mientras esperaba una respuesta.

—Sería un tonto si rechazara semejante proposición. Pero si estás pensando en este hotel, me temo que el precio va más allá de mis…

—Yo pagaré la habitación.

—No.

—Escúchame —alargó el brazo y le tomó la mano. Una vez emprendida la marcha por ese camino, no iba a dar marcha atrás—. Solicitar una habitación aquí parece la solución adecuada. Nadie tendrá por qué saberlo jamás.

Él le tomó la mano entre las suyas.

—Me sentiría como un gigoló, Molly. Créeme, me encanta que lo hayas pedido, pero sería como si me pagaras por tener sexo conmigo.

—¡No! —no quería que el ego de él se interpusiera en lo que tenía en mente—. Solo pagaré por la habitación para que podamos estar solos.

—Es lo mismo.

Tenía que reconocer que si pagaba, el equilibrio de poder estaría a su favor. Para una «introvertida cautelosa», como la había llamado Benjamín, asumir ese poder era dar un paso enorme. Necesitaba hacerlo con el fin de reclamar a la aventurera sexual que tenía enterrada en su interior.

Pero primero debía convencer a Alec de dejar de ser tan macho. Pensó en cómo lo manejaría si fuera uno de sus propios personajes. Con el fin de que cambiara de parecer, tendría que introducir información nueva. En la ficción funcionaba.

—He de comentarte una cosa —dijo.

—Adelante.

—Josh se equivoca. No soy una estrella porno. No trabajo en el cine.

—Desde luego podrías serlo —le apretó la mano con fuerza.

—Gracias. Pero las apariencias pueden engañar. Soy casi lo opuesto.

—¿Eres virgen? —él contuvo el aliento.

—No —no supo interpretar si el jadeo de él era de excitación o ansiedad—. ¿Eso te importaría?

—Molly, esas cosas siempre importan. Pero, para serte sincero, si hubieras pasado todo este tiempo sin sexo, me tendrías un poco preocupado.

—Bueno, tampoco voy a fingir que he tenido toneladas de experiencia.

—Está bien —sonrió.

—Por lo general, no soy tan lanzada ni atrevida.

Aflojó la mano lo suficiente como para poder acariciarle la palma con el dedo pulgar.

—Es lo que yo pensaba, pero cuando a Josh se le mete una idea en la cabeza, puede ser muy convincente.

El contacto de él era sutil, pero erótico al mismo tiempo. Había elegido deprisa pero bien. Alec le ampliaría los horizontes sexuales. El corazón se le desbocó al imaginar lo que podría aportar la tarde.

—La cuestión es que no… no creo que jamás haya alcanzado mi… mi pleno potencial, sexualmente hablando. Pero espero que, si el entorno es el apropiado y el hombre el adecuado, pueda aprender a dejarme llevar —lo vio tragar saliva. Continuó—: El entorno que siempre he imaginado es la habitación de un hotel lujoso, una vía de escape del mundo, donde no importe quiénes seamos.

—Como este lugar —comentó con voz llena de tensión.

—Exacto. Alec, llevo meses soñando contigo. Pasar unas horas en una habitación en este hotel, con un hombre como tú, será una fantasía hecha realidad.

Él respiró hondo.

—Eso es mucha presión. ¿Y si te decepciono?

—Me preocupa más decepcionarte yo a ti.

—No es posible.

—Claro que sí —se enfrentó a su peor temor—. Quizá esté equivocada acerca de mí. Quizá no sea capaz de dejarme llevar para desmelenarme y ser salvaje.

—¿Alguna vez has… mmm… tenido…?

—Sí. Todo funciona —y cada vez había quedado con la sensación de que debería ser más fácil, mejor y devastador—. Pero nunca me han… bueno… vuelto loca.

Él soltó un suspiro.

—Ahora sí que estoy intimidado. Bajo ningún concepto voy a prometerte que seré capaz de lograrlo.

—No te pido que lo hagas —tembló llena de expectación—. Solo te pido que lo intentes.

Mientras la miraba a los ojos, Alec se recordó respirar. Era excitante saber que lo deseaba tanto, aparte de aterrador, ya que la posibilidad del fracaso resultaba inmensa.

Se sentía lleno de adrenalina y sabía que jamás se perdonaría acobardarse. Pero seguían sin gustarle los arreglos financieros que rodeaban el episodio, aunque entendía el deseo de ella de estar en un hotel elegante. Durante unas horas pensaba fingir que era otra persona con el fin de poder desprenderse de sus inhibiciones. Era afortunado de que le hubiera pedido que la ayudara.

Eso colocaba un montón de presión en su capacidad de ejecución, pero tendría que superarlo. Lo alegraba saber que Molly no era una estrella del cine porno. Saber que era una mujer insatisfecha en busca de una experiencia culminante resultaba menos aterrador que pensar que para ganarse la vida creaba imágenes de éxtasis sexual.

Sin embargo, lo que lo sorprendía era descubrir el valor que era necesario para aceptar su plan. Respiró hondo.

—De acuerdo —convino—. Estoy dispuesto a intentarlo.

Las mejillas de ella se encendieron y la sonrisa le tembló en las comisuras de los labios.

—Bien.

—Con la condición de que me dejes pagar a mí el almuerzo.

—Eso es una tontería.

—Para mí no —también le pagaría el precio de la habitación. Si ello significaba tener que recurrir a los ahorros para la matrícula de la universidad del año próximo, que así fuera.

—De acuerdo. Mientras pagas, iré al vestíbulo a registrar la habitación.

Asintió y le soltó la mano. De hecho, prefería no estar presente cuando ella sacara la tarjeta de crédito oro para pagar.

—¿Luego volverás aquí?

—Sí, pero solo para dejarte el número de la habitación. Después subiré sola a la habitación y tú podrás seguirme.

—¿Por cómo voy vestido? —sus inseguridades volvieron a golpearlo.

—Oh, no. Me encanta cómo vas vestido. Pero alguien tiene que comprar preservativos.

—Oh —sintió que se ruborizaba y lo odió—. Lo sabía —pero lo había olvidado por completo, y era un hombre que jamás olvidaba eso. Su cerebro no funcionaba bien en ese momento.

—Nos vemos en un rato —Molly recogió el bolso y abandonó la cafetería.

Estaba de espaldas a la salida, de modo que no podía verla

marcharse. Mientras bebía agua, esperó parecer relajado y normal, como si para él fuera natural vivir escenas de esas. Pero como no era así, se dijo que lo mejor era planificar un poco.

Primero le compraría una rosa. Era un detalle bonito. Cuando entrara en la habitación, sé le acercaría despacio y se la ofrecería. La miraría detenidamente a los ojos y luego la besaría. La clave estaba en la lentitud y en potenciar la tensión de forma gradual. Eso podía hacerlo.

De pronto recordó que tenía que pagar. Captó la atención del camarero y le indicó con la mano que quería la cuenta.

Sacó la cartera y contó los billetes para cerciorarse de que tenía suficiente dinero para los preservativos y la rosa.

—Aquí tiene, señor —el camarero dejó una carpeta de piel junto al plato de Alec.

Éste introdujo la tarjeta de crédito en el interior y se la entregó al camarero.

—¿Dónde hay una floristería?

—En el mismo vestíbulo, a la izquierda.

Los planes de Alec iban cobrando forma. Después de un beso prolongado, le quitaría la rosa, la dejaría en alguna parte y comenzaría a desnudarla. Quizá ella ya estuviera desnuda y en la cama cuando llegara a la habitación. Eso podría dificultarle un poco la seducción. Pero arrancarse la ropa y saltar a la cama carecía de clase.

Esperaba no quedar como un idiota. Para empezar, hacía meses que no practicaba el sexo. E incluso entonces había sido algo breve, porque a Sharon no le había apetecido adaptarse a su agenda exigente. Y la química no había sido fantástica, de modo que la dejó marchar sin discutir.

Pero la química con Molly se disparaba. Si tenía en consideración lo mucho que la deseaba y el tiempo que llevaba como célibe, podía encontrarse con un problema de control. Esperaba que no. Ese era otro ingrediente clave si quería ponerle el mundo patas arriba. Sí, era esencial… Se sobresaltó al oír la voz de ella por encima del hombro.

—Tengo la llave —musitó. Luego entró en su campo de visión y se plantó con gesto vacilante junto a la mesa.

—¿Y ahora? —Alec se puso de pie.

—No quiero montar una escena dándote la llave.

—Entonces espera hasta que salgamos de la cafetería.

El camarero llegó con la tarjeta y cuando Alec miró el resguardo tuvo que recordar cómo se llamaba.

—Es demasiado caro —indicó Molly—. Deja que pague yo.

—No es demasiado caro. Solo decidía qué propina dejarle.

—La dejaré yo —rebuscó en el bolso.

Él le tomó la muñeca.

—No, no lo harás. Deja que salve parte de mi orgullo masculino.

—De verdad que no es mi intención insultarte —lo miró llena de comprensión—. Lo que pasa es que se trata de mi idea, por lo que creo que debería…

—He tenido esta idea desde el primer día que te conocí.

—¿Sí? —abrió mucho los ojos.

—¿No lo notaste?

—Pensé que te mostrabas agradable para recibir mejores propinas.

—Te habría llevado a todas partes gratis. Hablando de eso, ¿qué sucederá a partir de hoy? No veo cómo voy a poder seguir siendo tu chófer, ¿tú? —«a menos que terminemos cada viaje desnudos en la parte de atrás», concluyó mentalmente.

—No… no había pensado en eso —pareció sobresaltada.

—Quizá deberías —aunque estaba dispuesto a cambiar una tarde haciendo el amor con Molly por futuros meses de llevarla a donde quisiera ir, la iba a echar de menos. Pero no veía cómo podrían volver a ser clienta y chófer. Al ver que permanecía de pie, confusa y en silencio, la tomó del brazo y la guio fuera de la cafetería—. Tal vez necesitemos sentarnos en el vestíbulo para hablar de ello. No es demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Sí, lo es. Te he pedido que tuvieras sexo conmigo. No podemos fingir que jamás ha tenido lugar.

—Tendremos muchas más posibilidades de fingir si no subimos. Pero si seguimos adelante, ya nada volverá a ser como antes.

Lo miró con una expresión adorablemente atribulada.

—¿Quieres dar marcha atrás?

—Yo…

—¡Señor!

Alec se volvió para ver al camarero que se dirigía hacia ellos. Sintió un nudo en el estómago al imaginar que habían rechazado su tarjeta de crédito por excederse del límite.

—Olvidó la tarjeta —explicó.

Era solvente, pero había logrado quedar como un idiota delante de la mujer a la que quería impresionar con su ecuanimidad.

—Gracias —aceptó la tarjeta y la guardó en el bolsillo del pantalón.

—Menos mal que lo descubrieron ahora —comentó Molly cuando se quedaron solos.

—No puedo creer que la dejara. Debes de pensar que soy…

—Que estás nervioso. Como yo.

—Podría ser —la miró a los ojos—. Estamos ante un paso importante.

—¿Quieres meditarlo mejor?

—Molly, lo quiero todo. Quiero esta tarde y también seguir siendo tu chófer —«y tu amante».

Ella asintió.

—Yo también. Es lo mismo que quiero yo.

—Pero no es realista —en ese momento, Alec supo cuál era su elección. Allí mismo en el vestíbulo, estuvo tentado a meter los dedos en el pelo suave y acercarla para poder besarle los labios—. Tú estás al mando. Eres quien debe elegir —«elige hacer el amor conmigo hasta que no podamos ver nada. El mañana ya cuidará de sí mismo».

—Entonces elijo esta tarde —ella lo miró a los ojos también.

—¿Estás segura? —quiso saber con pulso desbocado.

—Quiero averiguar en quién me convierto cuando… cuando me abraces.

—Oh, Molly —el cerebro se le nubló, inmovilizado por esa imagen.

—Voy a subir ahora. Te veré dentro de un rato.

Molly había empezado anhelando una tarde de sexo salvaje con Alec para poder mejorar su técnica narrativa. Y en algún punto del camino, su motivación se había transformado en otra cosa. En ese momento no solo quería hacerlo por su escritura, sino también por ella misma.

Merecía saber de qué era capaz sexualmente, y creía que Alec era el hombre que podía enseñárselo.

Eso no significaba que se sintiera segura mientras subía en el ascensor hasta la novena planta y localizaba la habitación por un pasillo alfombrado. Al crecer en una atmósfera desinhibida, había protegido su alma sensible llevando sus propias inhibiciones como si fueran una armadura. La idea de quitársela la aterraba.

También había pasado toda la vida siendo reconocida como la hija de una celebridad. Costaba desprenderse de esa sensación, e imaginaba que cualquiera que la viera sabría de inmediato lo que planeaba hacer esa tarde. Por suerte no se cruzó con nadie.

Y ahí estaba, con la tarjeta en la mano, de pie ante una puerta que daba a un mundo nuevo. Experimentó el impulso de salir corriendo. Pero entonces perdería la oportunidad perfecta de convertirse en la mujer que se asomaba desde las páginas de su libro, una mujer que quería algo más que sexo mediocre.

Si no hubiera seguido adelante con su plan, podría estar condenada

a escribir misterios inocuos para Dana Kyle toda la eternidad. Peor aún, habría estropeado la oportunidad de averiguar cómo era Alec en la intimidad, después de incontables horas de imaginarlo. Quizá nunca encontrara a otro hombre que avivara sus fantasías de esa manera. Sin haberla tocado, la había inspirado a escribir una novela. En cuanto hicieran el amor, quizá nunca parara de teclear.

Irguió lo hombros, introdujo la tarjeta en la ranura y abrió la puerta. La habitación estaba amueblada con muebles de madera oscura y pseudoantigüedades. Una cama con dosel exhibía un cobertor lujoso y unos muelles que elevaban el colchón hasta la altura de… la entrepierna. Con los latidos desbocados, cerró la puerta.

La habitación parecía demasiado remilgada para ser el escenario de una seducción salvaje. Se dirigió a la cama y apartó el cobertor. Así estaba mejor. Luego, cerró las cortinas y encendió una lámpara en un rincón, en el otro extremo de la cama. Habría luz, pero ningún resplandor.

Se quitó los zapatos, se levantó la falda y se bajó las medias. No había nada menos sexy que unos pantys. Los guardó en el bolso. Dios, temblaba como una hoja. Respiró hondo varias veces. No le funcionó.

«Piensa, Molly. Piensa». ¿Qué más podía hacer para prepararse? ¿Quitarse todo y meterse en la cama? No, quería averiguar si Alec sabía cómo desnudar a una mujer. Su fantasía incluía a un hombre capaz de navegar entre botones y cremalleras con delicadeza, al tiempo que dejaba perfectamente claro que preferiría arrancarle la ropa.

Quizá debería darle un poco de ventaja inicial en el proceso. Al menos los zapatos y los pantys ya habían desaparecido. Se estudió en el espejo. La chaqueta del traje de seda tenía que llevarse cerrada y debajo lucía un sujetador realmente aburrido.

Al elegirlo esa mañana, se había decidido por la comodidad. Había esperado pasar el día en un tren, no retozando en una habitación de hotel con Alec. Quizá si se desnudara en parte, resultaría provocativo. Experimentó soltándose el primer botón, y luego el siguiente. Al final se abrió todos. Pero no sirvió para nada. Debajo de la seda negra quedaba ese estúpido y soso sujetador.

Podía desprenderse de él. Fue al cuarto de baño y cerró la puerta con el cerrojo. No quería que Alec entrara mientras se hallaba en el proceso de modificar su atuendo.

Regresó a la habitación en menos de un minuto y guardó la prenda en el bolso junto a los pantys. En ese momento el espejo mostraba a una mujer descalza vestida con una falda de seda negra y una chaqueta a medio abrochar. Cuando se movía, solo se le veía piel y la

insinuación del valle entre los pechos.

Pero iba demasiado bien peinada. Se desordenó un poco el pelo. Bien. Delante del espejo, se arqueó y agitó la cabeza. Luego, frunció los labios y movió las pestañas. No estaba mal. Sonrió con expresión seductora a la mujer que tenía en el espejo y emitió un sonido ronroneante. Iba a ser una chica mala, muy mala.

Oyó el clic de la puerta.

Se alejó del espejo y con movimientos frenéticos se arregló de nuevo el pelo. Después, se abotonó la chaqueta hasta el cuello y buscó los zapatos.

Tenía puesto uno y daba saltos buscando el otro cuando Alec abrió la puerta con una rosa en la mano. ¿De verdad lo había invitado esa tarde a hacerle el amor? No se imaginaba haciendo jamás algo así.

Pero ahí estaba, y prácticamente le había prometido que una habitación elegante de hotel y el hombre de sus fantasías le harían perder las inhibiciones. ¿En qué había estado pensando?

La habitación comenzó a darle vueltas. Con un zapato en la mano, trastabilló hacia la cama y se dejó caer en ella mientras se afanaba por respirar.

—¿Molly?

—Oh, Alec. Creo… creo que me voy a desmayar.

Capítulo 4

Alec cerró la puerta con el pie y corrió a su lado. Soltó la rosa y la ayudó a sentarse bien sobre el colchón enorme. Los pies le colgaron sobre la alfombra.

—De acuerdo, ahora pon la cabeza entre las rodillas —le bajó la cabeza. Su cabello era aún más sedoso de lo que había imaginado—. Respira hondo —ella jadeó en busca de aire—. Por la nariz. Lleva el oxígeno a tu cerebro.

—¿Cómo… cómo sabes eso?

—Estudié Medicina un par de semestres —se sintió aliviado cuando su respiración se tornó acompasada—. Te pondrás bien.

—Lo… lo sé. Pero no puedo… creer esto —los hombros comenzaron a temblarle.

—Molly, no llores —le acarició el pelo—. Todo el mundo experimenta un ataque de pánico alguna vez. No es algo de lo que haya que avergonzarse.

—No lloro —no pudo contener las risitas al alzar la cara para mirarlo.

—No te vas a poner histérica, ¿verdad?

—Quizá —le sonrió.

—Apuesto que no te sentaría mal un poco de agua —fue a girar para ir al cuarto de baño.

Ella apoyó una mano en su brazo.

—No pasa nada. Me encuentro bien.

—¿Estás segura? —la miró a la cara.

—Es que… —empezó a reír otra vez.

—¿Qué?

—Bueno, no esperaba terminar con la cabeza entre las rodillas —le sonrió, entreabrió los labios y se ruborizó—. Pensé que lo más probable era que la tuya…

Alec gimió y se lanzó a besarla, desvanecidos todos sus cuidadosos planes. Al fin besaba a Molly y la vida no podía ser mejor. Su boca tenía un sabor a aguardiente de cereza… dulce, intenso, adictivo. La quería desnuda y tumbada boca arriba en la cama.

Ella parecía querer lo mismo. Le pasó lo dedos por el pelo y le dejó hacer lo que quiso con su boca.

Vagamente recordó un plan más pausado, en el que no le quitaba la ropa de inmediato, pero en ese momento no parecía haber nada más importante que sacarla del traje que llevaba puesto. Pero se encontraba en un ángulo incómodo para los botones. Ella lo

comprendió y trató de ayudarlo. En la frenética maraña de dedos, un botón se soltó y cayó al suelo.

Él se retiró de inmediato, sintiéndose torpe.

—Maldita sea, Molly. No era mi intención…

—¿A quién le importa? —con respiración entrecortada, bajó la vista a la pechera de su chaqueta y terminó de soltarse otros dos botones. Cuando terminó con todos, alzó la cara con expresión de triunfo—. ¡Ya!

Cuando las solapas se abrieron, Alec esperó ver aparecer un sujetador delicado. Tardó unos segundos en darse cuenta de que no había nada. Era toda piel blanca y sombras tentadoras más allá de la seda. Tragó saliva.

—No llevas su…

—No —apoyó las manos en la cama y lo miró sonrojada.

El deseo le tensó los músculos e interfirió con su respiración.

—¿Has estado así… todo el día?

—¿Tú qué crees? —le sonrió.

La cabeza no conseguía ir más allá de lo que había debajo de la tela.

—Creo que eres increíble. Y llena de sorpresas.

—Gracias —los ojos verdes le brillaron—. Y por si estás interesado, la chaqueta está desabrochada —añadió con voz suave.

—Oh, estoy interesado —respondió con voz ronca. Tembló al imaginar que pasaba las manos por debajo de la tela. Luego, recordó la rosa que le había llevado y que había dejado caer al suelo. Era ese momento o nunca para la flor. Con la chaqueta de ella abierta, no imaginaba un instante mejor para dársela—. Yo, mmm, te he traído una rosa —la recogió de la alfombra.

—Eres muy dulce —alargó la mano.

—Espera. Quédate como estabas antes.

Desconcertada, volvió a apoyar las manos en el colchón.

—¿Así?

—Así. Y deja que… te seduzca. Un poco.

Los nervios de Molly aún hormigueaban por el beso. Se hallaba preparada para empezar a quitarse ropa y probar el colchón. Pero no quería que ese encuentro fuera como los otros que había tenido, breve, levemente satisfactorio y olvidable. Quería que fuera algo inspirado.

Y lo era con Alec de pie ante ella, con una rosa en la mano. La flor empezaba a abrirse y los pétalos interiores aún formaban un nudo de

color. Molly se sentía como esa rosa, con el centro contraído por la promesa mientras un palpitar dulce la instaba a ir hacia el calor, a florecer por completo.

Él la recorrió con la mirada y su respiración se aceleró. Espero para ver qué haría a continuación. Primero, le pasó la flor aterciopelada por la mejilla. Siempre pensaría en él al oler una flor.

Después le pasó la rosa con suavidad hasta los labios, aún húmedos por el beso.

—Tienes una… boca perfecta —murmuró.

Los sonidos apagados del tráfico, amortiguados por las cortinas, incrementaron la deliciosa sensación de aislamiento. Allí a solas con Alec, podía imaginarse haciendo… cualquier cosa.

Al hablar, la voz le sonó baja y ronca.

—¿Perfecta para qué?

—Para… besar… —la voz se le quebró.

Se sentía osada. Después de todo, nunca lo sabría nadie. Clavó la vista en el bulto frontal de los pantalones de él.

—¿Y para qué más? —quiso saber.

—Oh, Molly.

—¿Pensabas…? —hizo una pausa al experimentar la imagen de bajarle la cremallera lentamente. Casi podía oír el paso de los dientes metálicos, sentir el suave algodón tenso contra el pene erecto—. ¿Pensabas que sería el único en seducir?

La rosa le tembló en la mano y cayó sobre el regazo de ella.

—Mmm…

—Porque yo espero… —titubeó adrede, probando su poder mientras se humedecía los labios —que esto sea un carril en ambas direcciones.

Él asintió, con la expresión de un hombre que hubiera chocado contra una puerta.

Lo único que había tenido que hacer era insinuar sexo oral para tenerlo por completo en sus manos. Le resultaba tan nuevo… Nunca le había hablado de esa manera a un hombre.

Pero eso parecía haberlo inmovilizado, y ella no quería una reacción así. Había iniciado algo con la rosa y quería averiguar cómo lo iba a terminar. Deslizó un poco hacia atrás las manos sobre el colchón, lo que permitió que la chaqueta se abriera un poco más.

—Pero tú puedes ser el primero.

—Me… —tragó saliva —me tienes en tus manos.

—Esa no es una mala idea.

—Molly —la expresión se tensó y sus pupilas se dilataron.

—De acuerdo. Me quedaré quieta. Pero no sabía que una charla

sexy podía ser tan divertida.

—Sigue así —un músculo se le contrajo en la mandíbula—, y habré terminado antes de empezar.

—¿Quieres decir que si continúo realizando comentarios sugerentes te…?

—Mmmm. Claro. De hecho, no estoy tan lejos de ese punto.

Pensar en él al borde de ese estallido también la aceleró. Pero no quería que una reacción tan adorable se desperdiciara.

—Eso no estaría bien.

—No.

—¿Qué tenías planeado para la rosa?

Sorprendido, Alec miró la flor que estaba sobre el regazo de Molly.

—Yo… yo iba a acariciarte con ella.

—Suena estupendo —el cuerpo le palpitó—. Muéstramelo.

Alzó la rosa por el tallo y la apoyó con suavidad sobre su cuello.

—Bueno, después de habértela pasado por la boca…

Molly respiró hondo y se obligó a quedarse quieta. La tentación era muy difícil de resistir una vez descubierto que resultaba tan fácil.

—Luego, iba a deslizaría por aquí hasta aquí —bajó la flor despacio por su cuello hasta la cintura elástica de la falda.

Los pétalos crearon una sensación agradable sobre su piel encendida. Experimentó un escalofrío de placer.

—¿Te gusta?

—Sí —respondió con respiración entrecortada—. ¿Y luego?

—Esto —empezó por su clavícula y volvió a trazar un camino descendente, introduciendo la rosa bajo la chaqueta para que le acariciara el nacimiento de un pecho.

No le había tocado el pezón, pero se puso rígido de todos modos cuando una descarga de placer bajó entre sus piernas.

—Y esto —murmuró, mientras pasaba el conjunto de pétalos justo sobre un pezón. Pero en vez de seguir, se quedó allí, moviéndolos sobre el pezón.

Ella gimió y cerró los ojos cuando el control de la seducción cambió a favor de Alec. Se hallaba tan absorta en la sensación del suave masaje de la rosa, que no se dio cuenta de que le había abierto la chaqueta hasta que el contacto aterciopelado dio paso al calor húmedo de su boca. El contraste fue eléctrico y la hizo jadear.

La ternura se convirtió en júbilo lujurioso a medida que él tomaba lo que quería sin vacilación.

Molly se arqueó hacia atrás, disfrutando de la sensación posesiva de sus manos, su lengua, sus dientes en los pechos. La mente se desconectó con una sobrecarga de placer. Se retorció debajo de Alec,

aceptando sin inhibiciones todo lo que él le ofrecía.

Y entonces Alec se retiró, dejándola húmeda y anhelando más. Abrió los ojos y lo vio apoyado en un codo; se dedicaba a mirarla. Después de tragar saliva, logró pronunciar su nombre.

—Tenía que verte —dijo él con voz hambrienta. Comenzó a acariciarle otra vez los pechos, reavivando el fuego—. Quería verte tumbada en la cama, con la chaqueta abierta, los pechos desnudos y palpitantes, la falda subida hasta el nacimiento de los muslos.

Al sentir la mirada de él sobre su cuerpo, el deseo la atravesó. En ningún momento Alec había dejado de acariciarle los pechos y masajearle los pezones. Experimentó el comienzo de un orgasmo, aún en lo más hondo de su interior, pero emergiendo con rapidez a la superficie.

—Estás tan caliente. El calor sale de ti en oleadas. La fragancia de una mujer excitada llena la habitación. Ya tienes las braguitas empapadas, ¿verdad?

—Quizá —fue la respuesta casi inaudible. La sangre le hervía. Y sabía lo que quería a continuación. Hablar requería un gran esfuerzo, pero logró soltar las palabras—. ¿Por… por qué no lo averiguas?

La mirada de él se tornó más intensa.

—Sabes que haré que te corras si te toco ahí.

—Oh, eso espero —observó su expresión intensa—. Pero ¿y tú? ¿Te causa demasiada tensión…?

—No me correré —sonrió con expresión lúgubre—. Siempre que mantengas la boca cerrada.

Era muy fácil realizar sugerencias osadas encerrada con él en la habitación.

—Si me besas, no podré hablar, ¿sabes?

—Es una buena idea —se inclinó sobre ella con fuego en los ojos —. Dios, cómo me gusta esa boca —y procedió a demostrárselo.

La besó con tanta pasión, que ella estuvo a punto de no darse cuenta de la mano que le subía la falda.

Mientras con la lengua le penetraba la boca, Alec trazó un dibujo en espiral sobre su muslo, más arriba con cada rotación. Ella olvidó respirar mientras la mano se acercaba al reborde elástico de las braguitas. La expectación casi amenazaba con provocarle un orgasmo.

La lentitud dio paso a la velocidad cuando le bajó las braguitas. Molly jadeó al sentir que la sondeaba con dedos ágiles. Dos caricias bastaron para que se arqueara en la cama, el grito de liberación amortiguado por la presión de los labios en su boca.

Alec se incorporó para concluir el trabajo con un ritmo constante que la dejó temblando y en busca de aire.

—Tuve que acelerar las cosas —murmuró él con dificultad—. Estoy a punto de estallar.

A ella le faltaba el aire y tenía el cerebro embotado, pero el anhelo sexual aún ocupaba un lugar preponderante en su lista. A pesar de un clímax excelente, todavía quería sentir su pene enterrado en ella. Los dedos estaban bien para una emergencia, pero quería lo real.

—Ponte… un preservativo —musitó—. Hazme el amor, Alec. Ahora.

No hizo falta que se lo pidiera dos veces. El colchón se levantó cuando se incorporó de la cama, y el sonido de celofán al romperse le indicó que tenía tanta prisa como ella. Al regresar, le subió la falda hasta la cintura y le sujetó los glúteos con ambas manos.

—Pon las piernas en torno a mí.

Lo hizo encantada. Con una embestida firme y un profundo gemido de satisfacción, la introdujo en el cielo. Quedó llena hasta el borde y lo adoró. Era todo lo que siempre había imaginado y más. No cabía duda de que Alec sabía cómo llevar a cabo una entrada.

—No muevas un músculo —pidió él con voz tensa y el cuerpo rígido—. Veamos cuánto podemos aguantar.

También ella quería quedarse un rato de esa manera. Aunque no fue fácil contenerse de darle la bienvenida. Jamás había recibido en su interior a un invitado tan bien dotado, y su comité de bienvenida estaba listo para empezar la fiesta.

Desde luego, esa no era la manera en que una mujer cautelosa e introvertida terminaba, con la chaqueta desabotonada, los pechos expuestos, la falda enrollada en torno a la cintura y el chófer entre sus muslos abiertos con el gran pene enterrado en lo más hondo de ella. Hasta le gustaba que él siguiera con la camisa de trabajo puesta, con el logo en el bolsillo.

Misión cumplida. Ya era oficialmente una chica mala.

Alec gimió.

—No puedo creer lo hermosa que estás.

—Tú también.

—Los hombres no son…

—Sí lo son —se le aceleraron los latidos cuando él le masajeó el trasero—. Deberías ver tu expresión. Como si algo te iluminara por dentro.

—Me siento así —tragó saliva—. Me siento como una batería recargable enchufada a su fuente de energía —se movió levemente—. Ah, Molly.

La llenaba tan completamente, que ella sintió ese ligero movimiento, y tembló, equilibrada al borde del éxtasis. Se humedeció

los labios.

—Interesante… comparación. La de la batería.

—Estuve… —cerró los ojos y apretó la mandíbula unos segundos —. Estuve… en la facultad de Ingeniería Eléctrica una temporada.

—Te creo —respiró hondo cuando él volvió a modificar su peso—. Me siento… electrificada.

—Yo también —volvió a abrir los ojos. Luego, gimió—. Molly, no puedo esperar. Tengo que… —le apretó los glúteos y comenzó a bombear con la respiración entrecortada—. Oh, sí… sí… sí.

Ella se aferró al edredón y aguantó. El hermoso equipamiento de él producía fricción en todos los sitios adecuados, y no tardó en perder el control con Alec. A medida que el placer se transmitía desde las raíces de su pelo hasta la punta de los dedos de los pies, lo instó a ir más deprisa, más fuerte, más hondo.

Él respondió. Jamás la habían embestido con un instrumento tan magnífico. Estalló mientras gritaba sus alabanzas, y de inmediato Alec la siguió, temblando sobre ella mientras gritaba su satisfacción. Luchando por respirar, sacó las manos de debajo de los glúteos de Molly, las apoyó en el colchón y se derrumbó sobre el costado de la cama.

—Ha sido… ha sido…

La sonrisa de ella se tornó más amplia, pero mantuvo los ojos cerrados, disfrutando aún de la imagen de él al penetrarla.

—Increíble. Mmm —se inclinó y le besó los labios sonrientes—. He de desaparecer un minuto. No te vayas.

—Ni lo soñaría.

Al retirarse él, Molly no pudo evitar emitir un leve sonido de decepción. Era tan agradable tenerlo dentro…

—Vuelve pronto.

—Me encantará —se desprendió de los zapatos, se quitó los pantalones y entró en el cuarto de baño.

Mientras oía correr el agua, Molly se estiró sobre las sábanas de satén, desvanecida toda sensación de recato. Se preguntó si habría aprendido a dejarse llevar sexualmente en cualquier circunstancia o solo con Alec.

Alzó el pie donde aún colgaba la braguita, la lanzó al aire y la capturó con la mano. También debería quitarse la chaqueta y la falda. Una hora atrás había estado preocupada por la condición en la que estaría su ropa cuando abandonara el hotel. En ese momento no le importaba.

Se sentó, se quitó la chaqueta y la arrojó sobre la mesita de noche. Luego, empujó el cobertor hasta el pie de la cama con los pies.

Comenzó a quitarse la falda en el momento en que Alec regresaba.

—Eh, no tan deprisa —rio él.

Se volvió para ver que también él se había decidido por la desnudez. La primera visión de Alec sin camisa quedaría en un lugar especial de su historia personal. Los pectorales estaban decorados con un vello suave y puntuados con unas tetillas del color de la leche chocolatada.

Tenía cintura y caderas estrechas. Y después de haber experimentado de forma personal su pene, sabía que era el modelo jumbo. Aun así, abrió mucho los ojos al verlo parcialmente excitado, cobijado contra un fondo de vello castaño oscuro y un impresionante juego de joyas. Tenía unos muslos…

—¿Has acabado? —preguntó él con suavidad.

—En absoluto —recordó que había estado a punto de quitarse la falda y que su aparición la había detenido. Casi había olvidado respirar durante el intenso estudio al que había sometido a su cuerpo —. ¿No quieres que me quite la falda?

—Claro que sí. Pero con tanto contoneo, podrías haber tenido la decencia de esperar hasta que pudiera mirar.

—Oh —los pechos le hormiguearon bajo la cálida mirada. Era evidente que aún tenía que aprender algunas cosas sobre ser una mujer salvaje—. De acuerdo. Creo que me quitaré la falda ahora.

—Muy bien.

Procedió a quitársela un centímetro por vez, cerciorándose de que sus pechos oscilaran con cada movimiento. Y en cada ocasión, el pene de Alec se sacudía.

—¿Disfrutas? —preguntó.

—Es evidente.

—Te diré lo que vamos a hacer —ya casi había terminado con la falda.

—¿Qué? —su erección necesitaba poco para alcanzar la plenitud, en una visión imponente.

—Cuando termine con esto, quizá haya algo más que pueda hacer por ti.

—¿Como qué? —él contuvo el aliento.

—Me parece recordar que dijiste que tenía una boca perfecta —lentamente, se pasó la lengua por los labios—. ¿Qué te parece si lo probamos?

Capítulo 5

Tal vez Molly no fuera una estrella del cine porno, pero Alec sentía como si hubiera aterrizado en una de esas películas. Su historia sexual había contenido una buena cantidad de excitación, pero nada comparado con eso… la habitación de un hotel caro, con una pelirroja magnífica desnuda en una cama enorme con dosel. Y esa misma pelirroja acababa de ofrecerse a realizarle una felación.

Los ojos verdes centellearon y Molly lo llamó con el dedo. Se dirigió hacia la cama, atraído como si ese dedo tuviera un sedal con el que lo hubiera enganchado. Y supo qué parte había pescado… esa que orgullosa guiaba el camino, ansiosa por recibir la atención de la boca llena y rosada.

Ninguna mujer le había anunciado jamás sus intenciones de esa manera. Desde luego, había tenido a mujeres delante de él, pero había sucedido durante el juego amoroso. Y si lo pensaba bien, el diálogo en general no había formado parte de su vida sexual. Había desconocido lo mucho que lo excitaría.

—¿Dónde me quieres? —sonó como si tuviera laringitis.

Ella se deslizó a un lado para hacerle sitio.

—Estirado en esta cama grande.

Tuvo la súbita imagen de estar atado de manos y pies a los cuatro postes que se elevaban como símbolos fálicos en los rincones de la cama.

—¿Solo… mmm… tumbado ahí?

Ella esbozó una sonrisa lenta con esa boca que no tardaría en enviarlo a la luna.

—Puede que no.

La idea sonaba sexy en teoría, pero en la realidad estaría desvalido. No sabía si sería capaz de aceptarlo.

—Estar tumbado ahí, solo, es una idea estupenda —explicó.

—Vamos, Alec —las mejillas se le sonrojaron aún más—. ¿Tienes una cama con dosel en casa?

—No.

—Yo tampoco. Nunca antes había practicado el sexo en una cama igual.

—Eso no significa que tengamos que…

—¿Por qué desperdiciar estos maravillosos postes?

—Además, no tienes nada con qué atar —notó el brillo en sus ojos —. ¿O sí?

—Es posible. Túmbate —se puso de pie por el otro lado de la cama

—. Y estírate.

Obedeció, más nervioso que nunca. Sin embargo, la excitación prohibida de lo que ella podía hacer a continuación le había puesto el pene tan rígido como un mástil. Quizá su cerebro intentara retenerlo, pero la libido lo empujaba directamente a las llamas.

Ella apareció en el borde de la cama con los pantys partidos por la mitad, la correa de su bolso y el cinturón de él.

Alec tragó saliva. Comenzó a sudar, pero su pene… al parecer a su pene le encantó toda la escena, ya que se estiró al máximo.

—¿Listo? —murmuró—. Das la impresión de estarlo.

—No lo sé —observó la equipación que ella sostenía en las manos.

—¿Es la primera vez?

—Bueno, yo no diría eso, exactamente. Quiero decir, ha habido algunas ocasiones en que… —hizo una pausa y suspiró—. Sí, es la primera vez.

—Para mí también —ella temblaba—. ¿Y si te prometo que luego podemos cambiar? ¿Te ayudaría?

«Oh, sí». Visualizarla atada a los cuatro postes de la cama le puso el cerebro en sobrecarga.

—Desde luego.

—Entonces, ése es el trato. Primero mi turno, luego el tuyo —lo miró a los ojos—. ¿De acuerdo?

Ella se humedeció el labio inferior. Alec no supo si lo hizo por accidente o adrede, para recordarle lo que había prometido hacerle en cuanto estuviera atado a la cama. En todo caso, mirarle el labio húmedo lo lanzó de cabeza al abismo.

—De acuerdo.

—Muy bien —respiró entrecortadamente—. Creo que deberías situarte en el centro de la cama.

Una vez comprometido, descubrió que la rendición podía ser muy excitante.

—Tú eres la jefa.

—Sí, lo soy —el tono adquirió más firmeza—. Ponte en el centro de la cama.

Él lo hizo.

Ella dejó todo sobre la cama y tomó solo una sección del panty.

—Dame una muñeca.

Alec extendió la mano izquierda y ella le pasó la media en torno a la muñeca con el ceño fruncido en concentración y luego le alzó el brazo hacia atrás para atarlo al poste de la cama. Para una mujer que afirmaba no haberlo hecho nunca, mostraba un elevado grado de destreza.

Después, recogió otra pieza y se dirigió a su pie izquierdo. Tras un rato, le quitó el cinturón del tobillo.

—Esto no sirve —musitó—. Aguarda un momento.

—Podrías olvidarte de los pies —le gustaba la idea.

—No. Si vamos a seguir adelante con esto, lo haremos bien —fue hasta donde tenía el bolso.

—Molly, nadie sabrá jamás si lo hicimos bien o mal. Ésa es la cuestión.

—Nosotros sí. Y tampoco obtendríamos el efecto completo —regresó y le rodeó el tobillo con algo blanco de algodón suave.

Alec alzó la cabeza para conseguir una visión mejor.

—No mires.

—¿Por qué? ¿Me estás atando con tu sujetador?

—Es muy soso —terminó de atarlo y recogió los otros dos elementos antes de rodear la cama.

—Cualquier cosa que te pongas sobre esos asombrosos pechos jamás podría clasificarse como «soso». Un obstáculo, desde luego, pero nunca soso —hablar le hacía olvidar que estaba a punto de tenerlo plenamente bajo su control—. Apuesto que en ti se ve sexy.

—No —le rodeó el otro tobillo con la correa de su bolso y lo fijó al poste—. Es cómodo, pero me hace parecer una antigua.

—Con esos pechos, te aseguro que no —sintió un nudo en el pecho cuando se acercó al cuarto poste. Nunca en la vida se había sentido tan vulnerable… ni excitado. No podía ocultar su reacción. Estaba plenamente a la vista.

—Tienes el pulso disparado —comentó ella cuando le tomó la muñeca.

Giró la cabeza para mirarla.

—Espera que llegue tu turno y lo entenderás.

Molly titubeó.

—¿Estás excitado o nervioso?

—Ambas cosas.

—Todavía puedo parar —la incertidumbre brilló en sus ojos—. Puedo desatarte.

—Como tú dijiste —carraspeó—, puede que tardemos tiempo en volver a disponer de una cama con dosel —era hora de volver a lanzarse al vacío—. Hazlo. Haz lo que quieras conmigo.

—De acuerdo. Lo haré —terminó de atarlo con la mitad del panty y se subió a la cama a su lado.

—Primero, bésame —un beso personalizaría el momento. No quería ser tratado como un objeto para diversión de ella. Quería que recordara que era su pene el que estaba excitando.

—Eso me gusta —se puso de rodillas al lado de él e inclinó la cabeza. El cabello cayó sobre las mejillas de Alec antes de que le rozara los labios con los suyos.

Instintivamente, él trató de tomarle la nuca con la mano, pero las ataduras lo frenaron. Tuvo que quedarse quieto y dejar que ella decidiera cómo se desarrollaría el beso. Alzó la cabeza con la intención de incrementar la presión de los labios, pero ella se apartó con una sonrisa.

—Échate. Aquí soy yo quien besa.

Con un gemido, bajó la cabeza a la almohada.

—Te has acostumbrado a estar al mando —volvió a inclinarse para mordisquearle el labio—. Pero la función de esto es que me traslades ese mando a mí. Soy yo quien aportará las ideas y tú has de ser el receptor dispuesto de lo que yo elija ofrecerte —le perfiló los labios con la lengua.

El pecho de Alec subía y bajaba pesadamente. Iba a ser un infierno… y el cielo.

—¿No puedo pedir cosas?

—Sí. Incluso puedes suplicar, si quieres. De hecho, creo que al final no podrás evitarlo.

Pensó que ese momento iba a llegar demasiado pronto. El pene le dolía y quería que al menos se lo tocara.

—Entonces, agárrame —murmuró.

Ella rio y frotó la boca sobre la de Alec.

—Eso sonó a orden. ¿No sabes cómo pedir con cortesía?

—Por favor, agarra mi pene, señorita Molly.

—En un minuto.

—Estoy en una terrible agonía —gimió.

—Odias esto, ¿verdad? —la lamió el hueco de la garganta.

—Odiarlo no —la lengua húmeda lo volvía loco con la insinuación de dónde podría posarla—. Sin embargo, tengo déficit de autocontrol.

—¿Déficit? —le lamió la clavícula—. Suenas como mi contable.

—Un semestre de Económicas.

—Eres un renacentista —empleó la lengua sobre la tetilla, pero mantuvo las manos a ambos lados de él.

—Molly —oyó la desesperación en la voz y no le importó—. Por favor, tócame ahí. Por favor, hazlo.

—En un minuto —le aprisionó la otra tetilla entre los dientes.

Los pezones de Molly le rozaron las costillas mientras descendía lentamente. El pene le palpitó. Cerró las manos con fuerza con la esperanza de que la presión le evitara el bochorno de correrse antes de que ella lo tocara.

Cuando Molly metió la lengua en su ombligo, Alec pensó que el agobio estaba a punto de acabar. Fue un iluso. Ella bajó hasta sus pies y le pasó la lengua por el empeine.

Comenzó a jadear.

—Solo… cierra los dedos en torno a mi pene… una vez. Solo una vez, por favor —entonces, si se corría, al menos podría achacarlo a su atención directa.

—En un minuto —se acomodó entre las piernas extendidas y le lamió el interior de la rodilla. Luego, subió despacio por los muslos.

Por ese entonces, Alec jadeaba y trataba de soltarse.

—Molly… ahora… Molly… necesito…

—¿Esto? —le rodeó el pene con dedos frescos.

Él gimió otra vez y apretó los dientes. Al fin estaba allí, pero no pensaba correrse todavía. No lo haría. Primero quería su boca.

Ella apretó los dedos en torno a la base de su lanza y eso ayudó. Después, comenzó a lamer la punta, y eso no ayudó nada. Cuando inició un lento masaje de los testículos, Alec comenzó a gemir. No pudo evitarlo, como tampoco retorcerse sobre la sábana.

Tras una eternidad en la que logró frenar el orgasmo, ella al fin deslizó la boca sobre él y comenzó a succionar con gentileza.

Respiró a través de dientes apretados. Era eso lo que había estado esperando. Era…

Ella se detuvo y se apartó.

Alec gritó su protesta.

—¿Quieres más?

Él gimió y tiró de las ataduras.

—Dilo, Alec.

—¡Más, maldita sea!

—De acuerdo —se inclinó y volvió a engullirlo, incrementando la succión.

Alec se tensó hacia arriba, deseándolo más que nada en el mundo.

—No pares.

Pero ella no le hizo caso. Yació allí, incapaz de hacer otra cosa que gemir mientras Molly desataba cada atadura.

—Y ahora —murmuró ella al regresar sobre él e inclinarse para hacerle cosquillas con el pelo—. Disfruta.

Lo introdujo todo lo que pudo en la boca, aumentó el ritmo y la presión. Con un grito de liberación, Alec tuvo un orgasmo tan espectacular que por un momento pensó que el corazón se le había parado. Pero en realidad latía como un tam tam en la selva mientras los espasmos del clímax lo sacudían una y otra vez. Luego, cayó sobre el colchón, consciente de que ella se había echado a su lado y apoyado

la mejilla en su pecho.

No supo el tiempo que transcurrió hasta que encontró las fuerzas para rodearla con el brazo. Pasó otro rato hasta que logró hablar.

—Ha sido salvaje —murmuró.

—Bien —respondió ella.

—Eso también.

Después, cerró los ojos y flotó en una bruma de satisfacción sensual tan completa que creyó que el cielo no podía ser mejor.

Molly decidió dejarlo dormir un rato. Podía mantener la habitación toda la noche si querían, y a los dos les iba a sentar bien un descanso antes de continuar la aventura.

En ese momento que lo tenía dormido a su lado y desaparecida momentáneamente la distracción, pensó en la entrevista con Benjamín y volvió a deprimirse. Quizá su agente no sabía de lo que hablaba. Un crítico siempre era muy subjetivo.

Benjamín la veía como a una escritora de misterios que no se ocupaba del sexo en sus libros. Quizá había leído el manuscrito con las expectativas equivocadas, y por eso había sido incapaz de verle los méritos. Tenía que volver a leerlo. Si aún le gustaba, quizá debiera buscarse otro agente. En vez de más experiencia sexual.

Pero no se arrepentía de lo que había hecho esa tarde. Sin las duras críticas de Benjamín, jamás se habría atrevido a sugerirle tanto a Alec.

Bueno, tenía el manuscrito en el bolso y Alec dormía. Podía repasarlo en ese momento y decidir por sí misma qué debía hacer. De hecho, quizá había sido demasiado ingenua para pensar que Benjamín podía verla como algo más que la escritora anónima que había detrás de Dana.

Esos libros le reportaban unos buenos ingresos, lo cual no lo animaría a estimularla a intentar otra cosa ni a querer que dejara de escribirlos.

Estaba impaciente por ponerse a leer otra vez el manuscrito. Probablemente era mucho mejor que lo que había dicho Benjamín. Lo que sucedía era que no quería que agitara la embarcación que los llevaba a Benjamín, Dana y ella.

Se apartó de Alec y se deslizó al suelo. Fue al armario del hotel, sacó la bata que colgaba en el interior y se la puso antes de recoger el manuscrito del bolso. Luego, se sentó en un sillón azul.

Primero analizó su elección de título. Quizá *Aventura en Manaos* no era lo bastante evocador. Se parecía demasiado a una de sus novelas

de misterio.

Quizá debería llamarla algo más sexy, como *Calor en la Selva*. Agarró el bolígrafo que había junto al bloc de notas del hotel y lo apuntó. Algo con «selva» en el título era más encendido que el nombre de una ciudad de la que mucha gente jamás habría oído hablar. Quería que les despertara una imagen de impulsos primitivos… como los que descubrió ella al atar a Alec a la cama.

Se quedó pensativa unos segundos. Se había divertido al succionarlo, y su pene era magnífico. Aún podía sentir el sabor… ¡Ya era suficiente! Tenía que leer un libro.

Dejó el bolígrafo, colocó el folio del título en la mesa que tenía al lado y empezó con el capítulo uno. Pasados diez minutos, dejó de leer y se reclinó con un suspiro. Quería creer que era bueno, pero se daba cuenta de que no. No dejaba de recordar la crítica de Benjamín. Tal vez tuviera razón. Quizá se leía como si hubiera sido escrito por una escritora de misterios introvertida y cautelosa.

La primera escena sexual parecía un poco… traída por los pelos. Cerró los ojos y recordó las palabras, los sonidos, las sensaciones de esa tarde. Eso sí era caliente.

—¿Molly?

Abrió los ojos y lo encontró de pie ante ella, con una toalla alrededor de la cintura. Era gracioso, pero también ella había sentido la necesidad de cubrirse. Era interesante pensar que esa aventura sexual también para él representaba el primer paseo por el lado salvaje.

—¿Qué haces? —preguntó Alec. Molly bajó la vista al manuscrito. Le había prometido hablarle de la reunión con Benjamín, con la tonta esperanza de que tendría buenas noticias. Pero no habían sido buenas. Revelarle sus inseguridades acerca del libro sería más arduo que desnudarse.

No tenía por qué ofrecerle una respuesta sincera. Podía fingir que se trataba de un proyecto en el que había estado trabajando, mostrarse imprecisa y guardarlo otra vez en el bolso. O podía contarle lo que realmente había sucedido.

Lo miró. Lo había invitado a tener sexo con ella, a explorar durante horas fantasías mutuas en el hotel. Antes de que se marcharan, Alec sabría cosas de ella que nadie más siquiera había imaginado. Cosas privadas, íntimas. Carnales.

Hablarle de su proyecto literario y de los temores que le inspiraba no debía ser duro comparado con eso. Pero lo era.

Capítulo 6

En un instante, Molly tomó la decisión.

—Escribí este libro —extendió los folios.

—¿Escribiste un libro entero?

Sonrió. Ni imaginaba que había escrito varios para mayor gloria de la carrera editorial de Dana.

—Sí, un libro entero. La reunión de hoy era con mi agente, para que me contara qué le había parecido —decidió acabar rápidamente con esa parte—. No le gustó.

—Oh, Molly —se puso de rodillas y apoyó las manos en sus hombros—. No es más que la opinión de una persona. No deberías dejar que te molestara. Apuesto que es un gran libro.

El apoyo instantáneo que le ofreció le provocó un nudo en la garganta.

—No sé si es bueno o no. Benjamín…

—¿Es tu agente?

—Sí, y él…

—Te ha fastidiado la confianza en ti misma, eso es lo que ha hecho. Creo que necesitas un nuevo agente.

Rio, ridículamente complacida por su lealtad, aunque no tuviera ni la más mínima idea de lo que hablaba.

—Pero también podría tener razón.

—Apuesto que no —le masajeó los hombros a través de la bata—. ¿De qué trata el libro?

—De sexo.

Alec parpadeó.

—¿Te refieres a una especie de guía?

—No, a una novela muy erótica.

—Oh —enarcó las cejas—. ¿Y a Benjamín no le gustó? Lo más probable es que sea gay.

—No, no lo es —ella sonrió—, aunque a las personas gay también les gustan los libros sexys, ¿lo sabías? —la sonrisa se desvaneció—. Dijo… dijo que daba la impresión de que la autora no tenía suficiente experiencia para escribir de sexo.

Al comprender lo que implicaban esas palabras, Alec abrió mucho los ojos.

—¿Es el motivo de esta tarde?

Molly titubeó, pero decidió que lo mejor era que conociera la verdad.

—Espero que no te moleste, pero, en parte.

—No sé si me siento molesto o halagado. Aún estoy asimilando la información.

—Por favor, no te irrites. Comenzó como una reacción a lo que dijo Benjamin, pero en cuanto aceptaste, comprendí lo mucho que te deseaba, que deseaba esto. Me alegro de que Benjamin dijera lo que dijo, si ello me dio el valor para pedírtelo —le acarició la mejilla—. He disfrutado de cada segundo contigo, Alec. Cuando estábamos en la cama, olvidé por completo el libro. Sin importar lo que pase, siempre agradeceré este día.

—Yo también —le tomó la mano y se la giró para besarle la palma —. Y no estoy molesto. ¿Cómo podría estarlo después de haber experimentado el mejor sexo de mi vida?

—Gracias.

—Es la verdad. Pero me niego a creer que tu libro es malo. Deja que lo lea.

Se llevó las páginas al pecho.

—Oh, no creo que sea…

—Vamos, Molly. He estado muchos años en la universidad. Aparte de todo lo demás, también asistí a clases de Lengua.

—Eso es lo que me tiene intrigada —comentó, aprovechando el momento para cambiar de tema—. ¿A cuántas facultades has ido?

—Mmm, creo que cinco. No podemos contar Zoología.

—Veamos, Medicina, Económicas, Arquitectura, Ingeniería y ahora Derecho. Es toda una lista, Alec.

—Sí —sonrió—. Pero esta vez voy a convertirme en abogado. Es una promesa.

—¿Es el fin de la búsqueda?

—Sí —apretó la mandíbula—. Tengo treinta y un años y es hora de dejar de dar vueltas y decidirme por algo. Será Derecho.

—Creo que serás un abogado temible —no tuvo problemas en imaginarlo ante un jurado.

—Gracias, pero creo que nos hemos desviado. Hablábamos de tu carrera como autora —alargó la mano hacia el manuscrito—. Deja que lea el libro.

—¿Ahora? —lo apartó de su alcance—. ¿No preferirías hacer otra cosa con tu tiempo?

—Soy un lector rápido. Es lo que pasa cuando has dedicado casi toda tu vida a estudiar.

—Alec, este libro tiene trescientas ochenta y cuatro páginas.

—Leeré uno o dos capítulos. Eso me bastará para confirmar que el viejo Benny se equivoca.

Molly lo miró, sabiendo que necesitaba otra opinión.

—Si te dejo leer un par de capítulos, ¿me prometes ofrecerme tu reacción sincera?

—Lo prometo.

Era mucho más aterrador que pedirle que se fuera con ella a la cama. Con el corazón desbocado, sacó los dos primeros capítulos y se los entregó.

Él los aceptó y se adelantó para besarla.

—Gracias por confiar en mí —murmuró.

—Siempre lo he hecho —comentó sin pensar. Pero era verdad. Había confiado en él para que la llevara a lugares sin poner en peligro su vida, y había confiado en él para que la llevara a la cama sin poner en peligro su corazón. De hecho, podía ser la única persona, aparte de Benjamín, a quien se atrevería a mostrarle el libro.

Alec se acomodó en el sillón que había frente al de Molly y la miró.

—He de mencionarte que cuando termine de leer y hayamos hablado de tu libro, será tu turno en la cama. Sin importar que necesites o no una experiencia extra.

En los últimos diez años, Alec apenas había leído algo que no fuera un libro de texto, de modo que estaba ansioso por descubrir qué había escrito Molly. Le envidiaba la libertad de hacer lo que le apeteciera. Quizá tenía un fideicomiso del que vivía mientras estaba sentada en la cabaña y escribía. Si él pudiera hacer lo que quisiera sin preocuparse por acabar una carrera…

La respuesta que centelleó en su mente lo dejó atónito. Si no tuviera que preocuparse por salir adelante en el mundo, probablemente seguiría conduciendo para el servicio de limusinas. Su padre, decidido a que su hijo no fuera un obrero como él, odiaría oír eso.

Pero no lo oiría, porque después de tantos años y gastos, pensaba acabar una profesión lucrativa. Veía con claridad las ventajas de ser abogado. Por una vez, estaría en la misma liga que mujeres como Molly. Qué pena que le faltara tanto para graduarse.

Pero en ese momento necesitaba concentrarse en la novela de Molly. Escribía bien, por lo que al principio estuvo listo para decirle que ese tal Benjamín necesitaba una puesta a punto intelectual. Pero entonces llegó a la primera escena de sexo.

Parecía… incómoda. No podía imaginar a un hombre realizando esos avances con una mujer, y la reacción de ella tampoco parecía real. La conversación antes del sexo estaba muy bien, pero ninguna

mujer hablaba con frases completas mientras experimentaba un orgasmo enloquecedor. La heroína de Molly sí. Y también su héroe. Empleaban una gramática perfecta.

Además, se mostraban demasiado corteses el uno con el otro. Él preguntaba antes de hacerle nada, y las preguntas contenían pocas palabras obscenas. Quizá nadie le había hablado de esa manera a Molly Drake.

Él podría. Sintió que el pene se le movía. Era evidente que Molly necesitaba ahondar en sus investigaciones y él era el asistente más dispuesto a ayudarla.

Dejó los folios en la mesa y alzó la vista. Ella lo observaba con expresión ansiosa.

—Eres una buena escritora —afirmó.

Aunque no había añadido la palabra «pero», era evidente que Molly había captado la salvedad en la declaración, porque su expresión no cambió.

—¿Qué más?

—No te preocupes —se puso de pie—. Sé que podemos arreglarlo, Molly.

—¿A ti tampoco te gustaron las escenas de sexo? —gimió.

—Sonaban un poco… demasiado formales.

—Maldita sea —cerró los ojos—. No es lo que quiero. Quiero que sean lujuriosas y desinhibidas.

—Lo sé —se acercó—. Esto es lo que vamos a hacer. Tú y yo nos vamos a prometer ser lujuriosos y desinhibidos el uno con el otro. Luego, podrás tomar notas. O podríamos recurrir a una grabadora. Eso incluso podría ser mejor, porque…

—Aguarda un momento —lo miró sonrojada—. Agradezco lo que dices, pero en primer lugar, aquí no tenemos una grabadora, y en segundo lugar… —frunció el ceño—. He olvidado qué iba en segundo lugar. ¿Una grabadora? —se ruborizó más—. ¿Sabes lo que estás sugiriendo?

Alec la agarró por la solapa de la bata y se la acercó.

—Sugiero que realices una investigación de campo del tema. Créeme, después de diez años en la universidad, soy el rey de la investigación. El modo más rápido para conseguir que tus personajes se comporten como personas de verdad es grabar a personas de verdad haciéndolo. Quizá podríamos alquilar…

—¡No seas ridículo! No puedo imaginarme colocando una cámara en mi habitación para luego practicar el sexo delante de ella —el brillo en sus ojos indicaba algo diferente.

Él se inclinó y le dio un beso en los labios.

—Creo que ya lo estás imaginando, y te excita.

—No.

Separó las solapas de la bata y contempló los pezones, erectos como gomas de borrar en los extremos de unos lápices. Jugueteó con ellos.

Molly tragó saliva.

—Puede que la idea de grabarnos me excite, pero la realidad me aterraría.

—¿Por qué? —le soltó el cinturón de la bata, que se abrió por completo.

—Eres hermosa. Estarías fantástica en una cinta.

—¡Estaría avergonzada!

—No si solo las vieras tú. Los vídeos serían de tu propiedad y yo ni siquiera les echaría un vistazo —le coronó los pechos con las manos—. A menos que te convenciera de que me dejaras verlos, lo que sin duda intentaría hacer —le acarició los pezones con los dedos pulgares—. Piensa en los recursos de que dispondrías, Molly. Serías capaz de describir cómo estamos, cómo sonamos, qué decimos.

—Podría… alquilar alguna cinta porno —musitó con aliento entrecortado.

—No es lo mismo. Eso está escrito de antemano y así suena. Esto sería lo real.

—Pero… ¿y… —se apoyó en sus manos y le pasó la lengua por los labios— y tu trabajo? Si alguien se entera de que tienes una relación conmigo…

—Deja que yo me preocupe de eso —era un proyecto por el que bien valía romper las reglas—. Escribes muy bien. En cuanto mejores el sonido del sexo, tendrás un *bestseller*.

Molly sintió que se humedecía por la excitación; los ojos se le nublaron por la lujuria.

—¿Y tus… estudios?

—Deja que también me preocupe yo de eso. Ya encontraré tiempo para estudiar —no dormiría, si con ello convertía en realidad ese proyecto.

—Oh, Alec, no sé.

—Yo sí —le quitó la bata y la alzó en brazos—. Está arreglado. Y ahora tenemos una cita con la cama. Es una pena que no dispongamos de la cámara, pero luego escribiremos todos los detalles que podamos recordar.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y le sonrió.

—¿No quieres tomar notas durante?

—No puedo —la besó y la depositó en el centro de la cama—.

Estaré demasiado ocupado haciendo que llegues al orgasmo.

La siguiente media hora, Molly no tuvo tiempo ni inclinación de pensar en su libro. Descubrió que Alec poseía un gran talento para usar la lengua, y que ella era, en contra de su anterior creencia, multiorgásmica. Cuando Alec le soltó las ataduras y la penetró, deliraba de placer y estaba convencida de que ya no le quedaba ningún orgasmo guardado. Se equivocaba.

Hicieron temblar los postes de la cama y la habitación reverberó con sus gritos, hasta que al final se derrumbaron, sudorosos y satisfechos, el uno contra el otro. Cuando Alec abandonó la cama unos momentos más tarde, Molly se puso boca abajo y cerró los ojos.

—No —dijo él, despertándola a besos—. No hay tiempo para eso.

Lo miró a través de párpados pesados.

—No aguanto otra ronda, sin importar lo mucho que lo intentes. Al menos no hasta que haya descansado.

—No te pido otra —acomodó dos almohadas contra el cabecero y apoyó el bloc de notas sobre la rodilla doblada—. Solo dime lo que recuerdas de lo que acabamos de hacer.

—Tuve orgasmos hasta que no pude ver más.

—Eso está bien —apuntó en el bloc—. ¿Qué sensación te produjo?

—Buena. Buena —volvió a cerrar los ojos—. Buenas noches.

—«Buena» no es lo bastante descriptivo —la movió con suavidad de un hombro—. Vamos. Eres escritora. Necesito algo mejor.

—En este momento, mi cerebro es como harina de avena frita, Alec. No puedo pensar en descripciones.

—Eh, eso me gusta —apuntó—. Harina de avena frita. A propósito, ¿sabes prepararla?

—Sí. Luego le viertes sirope. ¿Puedo irme a dormir ya?

—Sirope. Lo dejaré al margen. Aún ni siquiera hemos hablado de lo que podríamos echarnos encima, de las cosas que podríamos lamernos.

A pesar de sí misma, comenzó a sentir un hormigueo. Siempre había querido echar nata batida sobre el pene de un nombre. Y además sería una gran imagen… Un momento. ¿De verdad estaba pensando en seguir adelante con la idea de Alec del vídeo? No. Se quedaría paralizada nada más encender la cámara.

—¿Recuerdas lo que te dije cuando te susurraba cosas al oído y te provocaba con los dedos?

El hormigueo entre las piernas se acentuó.

—Sí.

—¿Qué?

—Me dijiste que ibas a… —no pudo decirlo en voz alta. Se puso boca arriba y alargó la mano—. Dame el boli y el papel.

—¿No vas a decírmelo?

—No. Te lo escribiré —comenzó a plasmar todas las cosas que le había prometido hacerle. Hasta al escribirlas se ruborizaba.

—Creo que sería bueno que aprendieras a decirlas en voz alta.

—Puede que lo haga, pero aún no. Al menos las escribo —le devolvió el papel y el bolígrafo—. ¿Qué te parece?

—Se acerca mucho —respondió tras estudiar el papel—. Buena memoria.

En realidad, no necesitaba escribirlo, pero si eso lo hacía feliz, lo escribiría. Entonces notó que leer las palabras le producía un efecto especial.

—Te estás excitando, Alec.

—Sí —la miró—. De leer lo que escribiste. Si pusieras algo así en tu libro…

—Si pusiera algo así, a Benjamín le daría un ataque al corazón —no pudo evitar sonreír.

—Pero apuesto que intentaría colocarlo, incluso desde la cama del hospital.

—Es posible.

—Ahora hemos de añadir todo lo que dijiste durante el episodio de sumisión.

—¿Dije cosas?

—Oh, sí. No fuiste tan gráfica como yo, pero espero que aprendas a serlo. Veamos, en un momento, cuando jugaba con tus otras partes excelentes, me amenazaste con daños físicos si no ponía de inmediato la cabeza entre tus piernas. Quiero estar seguro de escribirlo tal como fue.

—¡No te amenacé!

—Sí lo hiciste —sonrió—. Y luego gemiste mucho cuando al fin llegué al sitio que querías. Pocas frases completas, pero muchas del estilo de «deprisa», «más fuerte», «no pares». Cosas por el estilo. Y no parabas de jadear.

—Recuerdo estar a punto de gritar, pero no que te dijera lo que tenías que hacer.

—Oh, y la tercera vez gritaste: «¡Me corro! ¡Otra vez! ¡Increíble!»

Se retorció. Había sido increíble, y lo más increíble era que lo deseara otra vez.

—¿Ves lo que puede hacer una descripción real del sexo? —musitó, dejando el papel y el bolígrafo para tumbarse junto a ella—.

Haz que tus lectores se sientan de esa manera y te garantizo que venderás tu libro.

Se puso de costado y cerró los dedos en torno a su erección.

—Ahora mismo, poco me importa el libro.

—¿Sí? ¿Y qué te importa?

—Averiguar de dónde procederá mi siguiente orgasmo.

Él le sonrió.

—¿Y qué te gustaría que hiciera, Molly?

Titubeó. Una cosa era escribir algunas palabras, y otra tener el valor de expresarlas.

—Suéltate. Dilo. Si yo puedo hacerlo, tú también.

Había una primera vez para todo. La recorrió una oleada de calor cuando se adelantó y le susurró al oído la petición explícita.

Alec la puso boca arriba y agarró otro preservativo.

—Me encantará.

Capítulo 7

Como Alec sabía que esa noche no iba a ser el fin de su tiempo con Molly, no le importó tanto cuando aceptaron dejar el hotel. Tuvo que reconocer que debían devolver el coche antes de que alguien notara que estaba fuera. Aunque mantener su trabajo era menos importante que practicar el sexo con Molly para que pudiera escribir un libro mejor, bien podía hacer un esfuerzo por mantener el trabajo y tontear con ella.

Mientras se vestía, Molly hizo un trabajo espléndido para arreglar su traje, incluido coser el botón con unos elementos de costura que encontró en el cuarto de baño, para luego plancharlo con la plancha y la tabla que había en el armario.

En cuanto estuvieron vestidos, Molly recurrió a la video facturación para no tener que ir a la recepción a las dos de la mañana. Podían dejar el hotel como si fueran a tomar un refrigerio tardío y no volver más.

Se dijo que probablemente estaba bien que se marcharan. Esa noche se había sorprendido a sí mismo poniéndose firme cinco veces, pero tarde o temprano alcanzaría su límite y quería dejarlo mientras aún tuviera fuerzas, mientras Molly lo considerara un semental.

—Creo que ya está —indicó ella.

—En lo referente a esta habitación —Alec no quería ninguna insinuación de algo definitivo—. Hemos de pasar a cosas mayores y mejores.

Molly se acercó para arreglarle el cuello de la camisa.

—Sigo pensando que te estás arriesgando demasiado, Alec. Si alguien se entera de lo nuestro y te despiden… Jamás me lo perdonaría.

—Nadie se va a enterar.

—Espero que no, porque…

—Ven aquí —la tomó en brazos para darle un beso íntimo y prolongado que los dejó sin respiración—. Y ahora repíteme que no quieres que te ayude con tus escenas de sexo.

Ella respiró con gesto trémulo.

—Si me besas de esa manera sin parar, o mejor aún, si me mantienes constantemente en la cama, jamás tendré que preocuparme de nada.

—No está mal la idea. Una maratón del sexo hasta que los dos lo perfeccionemos. Apuesto a que tendrías mucho material sobre el que escribir.

—Y tú dejarías la facultad de Derecho y perderías el trabajo. No.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—Un poco.

De pronto, Alec se moría de hambre, con el estómago atenazado por la necesidad de ingerir algo sólido. Probablemente a ella le sucedía lo mismo.

—De camino a casa compraremos una hamburguesa.

—De acuerdo. Vámonos —pidió ella con voz ronca—. Mientras aún podamos salir por esa puerta.

Alec le abrió la puerta. Antes de seguirla, echó un último vistazo a la cama arrugada, a las toallas en el suelo del cuarto de baño, a la papelera que contenía varios preservativos usados. Quizá algún día llevara a Molly de vuelta a ese hotel.

O quizá no. Cuando llegara a ser abogado y tuviera algo de dinero en la cartera, lo más probable era que ella hubiera encontrado a otra persona. Si alcanzaba el éxito editorial, lo olvidaría. Al ayudarla a mejorar ese libro, tal vez le abriera la puerta para que se marchara definitivamente de su vida.

Cerró. De todos modos iba a ayudarla, porque siempre se le había dado bien ayudar a las personas, y porque el sexo era asombroso, y porque… porque Molly le importaba mucho más de lo que era bueno para él.

Al bajar en el ascensor, no dejaron de mirarse y sonreírse, como dos personas con un secreto.

—¿Estoy bien? —preguntó ella a medida que se acercaban a la planta baja.

—Si te refieres a si parece que has pasado la tarde y la noche retozando conmigo, no lo creo —casi deseó que sí. No le importaría que la gente creyera que, por el momento, era su chica—. Si te refieres a tu aspecto en general, estás fantástica, como siempre.

—Gracias. Tú también.

Bajó la vista al logo de la empresa en el bolsillo de la camisa, que aún tenía una mancha de cuando le cambió la rueda a aquella pareja mayor.

—He de reconocerte que está a la moda.

—Pareces mi chico objeto.

Alec rio.

—Eso pensé cuando entramos en el hotel. ¿Te gusta esa fantasía?

—Mmm.

Al mirarla a los ojos, empezó a excitarse. Carraspeó.

—Será mejor que borres esa expresión de la cara antes de que lleguemos al vestíbulo, si no quieres que los demás adivinen qué

hemos estado haciendo.

—¿Sabes?, he decidido que no me importa lo que puedan pensar.

—Bien. Pero hay otra cosa en juego. Si no dejas de mirarme de esa manera, corres el riesgo de que te tumbe en uno de esos sofás mullidos e intente desnudarte.

—¿Lo harías? —abrió mucho los ojos. Sonaba más excitada que asustada.

—Maldita sea, Molly —suspiró—, tendremos suerte si llegamos a casa sin parar en el camino a echar uno rápido.

—¡Lo mismo que pensaba yo! —exclamó—. ¿Crees que me he convertido en una ninfómana?

Rio y le dio un beso rápido en la boca.

—Creo que te relajas por primera vez en la vida, y te gusta tanto que no quieres parar de hacerlo. Lo más probable es que te calmes dentro de poco.

No debía olvidar eso. Se había encontrado con Molly en el momento adecuado, lo cual, a ojos de ella, hacía que pareciera más importante que lo que realmente era. Se trataba del florecer de Molly. Él representaba un medio, no un fin en sí mismo. Ese pensamiento deprimente bastó para calmarlo.

Decidió que lo que tenía que hacer era pensar en Molly de la misma manera. También ella podía representar un medio para él. Al participar en su aventura, escapaban de lo corriente, y luego seguirían sus respectivos caminos con una idea expandida del potencial sexual que tenían.

Eso sonaba a algo sacado de uno de sus libros de texto de psicología. Y no servía para nada. Si disfrutaba de un sexo glorioso con Molly por el tiempo que fuera que estuvieran juntos, iba a sufrir cuando ella decidiera ponerle fin. De eso no le cabía la menor duda.

La miró mientras atravesaban el vestíbulo. Ella movía el cuerpo con una gracia fluida que no había notado antes.

El sexo fantástico le sentaba bien, y quería quedarse a su lado el tiempo que pudiera. Si terminaba herido, habría valido la pena.

Molly no pensaba realmente que se estuviera volviendo una ninfómana, pero la inquietaba un poco su respuesta a Alec. Jamás había disfrutado de tanto sexo en tan poco tiempo. Y de camino a casa, quería más. Esa lujuria increíble tenía el poder de hacerle olvidar todo.

Cuando avanzaban por la carretera, cada uno comiendo una hamburguesa jugosa, se volvió y vio a Alec mordiendo la suya. En lo

único en lo que fue capaz de pensar fue en lo que le había hecho después de atarla a la cama. Estaba segura de que algunas cosas eran ilegales en unos Estados. Y todo le había encantado. Quería más. En ese instante.

Cruzó las piernas y apretó los muslos para mitigar la palpitación. Alec tenía que devolver el coche, y como se desviaran para hacerlo en el asiento de atrás, desconocía lo que podrían tardar en completar el viaje.

—Estás silenciosa —comentó él—. ¿Sucede algo?

—No.

—¿Piensas en el sexo?

—Hay otros temas en los que puedo pensar.

—Pensabas en el sexo —rio y se llevó a la boca el último bocado de la hamburguesa.

—No exclusivamente.

Alec masticó y tragó antes de dar un sorbo al refresco que tenía en el hueco para las bebidas.

—Yo sí. Te imaginaba desnuda en el asiento de piel de atrás.

—Para, Alec. No vamos a aparcar en ninguna parte para tener sexo. Es definitivo.

—¿Por qué no?

—Porque cuando hacemos eso nos olvidamos completamente del tiempo, y hemos de devolver el coche. Tú mismo lo dijiste.

—De acuerdo, solo estarás semidesnuda. Solo nos detendremos para uno rápido. ¿Lo has hecho alguna vez?

—No adrede.

—Ya te entiendo. Rápido para él y miserable para ti. No dejaré que eso suceda.

A Molly no le cabía ninguna duda. Si él podía ofrecerle dos orgasmos contra el único suyo, lo haría.

—¿Sabes lo que creo? Que no somos capaces de uno rápido.

—Claro que sí —se desvió hacia el carril de salida de la carretera.

—¡Alec! No fue un desafío. Vuelve al carril central —ya tenía los pantys mojados de solo pensar en uno rápido.

—Cinco minutos extra. Cinco minutos no son nada.

—¡Coqueteas con el despido!

—Coqueteo contigo —le acarició un muslo—. Te prometo que será rápido. Mientras busco un sitio tranquilo, puedes quitarte los zapatos y los pantys. Ah, y creo que guardamos la caja de preservativos en tu bolso, así que…

—Estás loco. Absolutamente loco.

—Y tú necesitas ideas para escribir —giró en el desvío de salida y

entró en un camino de dos carriles—. Quítate los pantys, Molly.

—Supongo que si no lo hago, terminarás por hacerlo tú.

—Sí, pero de ese modo tardaremos bastante más. Si te preocupa el tiempo, será mejor que lo hagas.

Molly obedeció y se echó contra el respaldo para bajarse los pantys.

Alec respiró hondo.

—No me digas que no quieres hacerlo. Seguro que estás empapada.

—Y me asusta. Jamás he sido así.

—Yo tampoco, cariño —se metió en el aparcamiento de un pequeño puesto de fruta de carretera, cerrado porque aún no había comenzado la temporada. Aparcó detrás del puesto.

—Perfecto. ¿Tienes el preservativo? —Molly se lo entregó—. Excelente —abrió los seguros de las puertas—. Me reuniré contigo en el asiento de atrás.

Molly abrió la puerta de su lado y bajó a una alfombra de hierba nueva que le hizo cosquillas en los pies. El aire era fresco, pero con una fragancia dulce, como de flores.

La puerta de atrás de su lado se abrió.

—Eh, no hay tiempo para mirar las estrellas —indicó Alec—. Tenemos asuntos urgentes aquí dentro.

Riendo, entró.

—Es la faceta más fina del romance.

—No, se llama «eficacia sexual».

—Muy gracioso —los ojos se le adaptaron a la oscuridad y pudo verlo en el extremo opuesto del coche. Ya se había abierto los pantalones y se ponía el preservativo sobre una erección muy firme.

—¿Cómo te has puesto duro tan rápidamente?

—Es el poder que tienes sobre mí, Molly. Y ahora sé una buena chica y ven a sentarte en mi regazo. Tengo algo para ti.

—Ya veo. ¿Estás seguro de que va a funcionar?

—Haremos que funcione. Levántate la falda y ven aquí.

Se subió la falda hasta la cintura, sin importarle que volviera a arrugarse.

—Oh, Molly, cómo me encanta verte con la falda así. ¿Lo harás para el vídeo?

—Sigo sin creer que vayamos a hacer ese vídeo.

—Yo sí —la tomó por las caderas—. Y ahora siéntate a horcajadas sobre mí. El tiempo vuela.

Molly se equilibró sujetándose a sus hombros y puso una rodilla entre la cadera de Alec y el apoyabrazos y el otro pie en el suelo.

—Mmm. Ven a mí, mi Molly —él la guio al sitio exacto.

Contuvo el aliento ante las palabras posesivas. Tocaban un anhelo secreto que había arraigado, el deseo de transformar en algo más que temporal esa aventura. Luego, ya nada importó salvo la sensación de la punta del pene deslizándose con precisión en su interior. Aún tenía el poder de marearla con impulsos que apenas era capaz de controlar. Con los ojos cerrados, bajó hasta recibirlo del todo.

—Es tan grato —murmuró él mientras con los dedos le masajeaba los glúteos.

—Somos unos depravados —musitó ella, mirándolo en la luz tenue.

Alec sonrió.

—Sí. ¿No te encanta?

—Sí —se retorció sobre él.

—Oh, Molly.

—Querías que fuera rápido, ¿verdad?

—Sí, pero yo también hice algunas promesas. Quédate quieta un segundo.

Molly volvió a retorcerse.

—Tenemos que acabar. Yo… —gimió suavemente cuando Alec introdujo la mano por debajo de la parte frontal de la falda y con el nudillo frotaba en el punto exacto en que sabía que necesitaba esa presión extra.

—Ven —murmuró—. Ven mientras estás ahí, y te aseguro que me llevarás contigo.

La contracción comenzó, impulsada por el ritmo constante del nudillo. Aspiró aire.

—¿Y si no… te llevo… conmigo?

—Haré que te corras de nuevo y comprobaré si funciona la segunda vez.

Ella cerró los ojos. El instinto tomó el mando mientras movía las caderas en un círculo cerrado y lento, sin perder en ningún momento el contacto con la caricia erótica de la mano de Alec.

—Santo cielo —él comenzó a respirar a mayor velocidad—. No dejes de mover las caderas.

—Lo mismo… te digo —y entonces alcanzó el clímax, gritando mientras le clavaba los dedos en los hombros.

—Ahhh… sí…. ¡sí! —se elevó, entrando por completo en Molly mientras los espasmos lo sacudían.

Ella apoyó la frente sobre la de Alec mientras los dos se afanaban por respirar.

—Entonces… ¿esta es tu… idea de un…rápido?

—Mmmm —él le masajeó el trasero al tiempo que carraspeaba—.

¿Te gusta?

—Está bien.

—¿Solo bien? —la pellizcó.

—¡Ooooh! —la sorprendió la electricidad de ese pellizco—. ¡Quiero decir, ayyy!

—Ya es demasiado tarde. Oí tu «ooooh» y sé que la próxima vez podría gustarte que te pellizcara un poco. ¿Te gustan los mordiscos? Podrían ser divertidos.

—¡Olvídalo! —intentó apartarse. Descubría fantasías prohibidas demasiado deprisa para su gusto.

Él la inmovilizó.

—Creo que deberíamos quedarnos aquí un rato más. Las cosas empiezan a ponerse interesantes.

—No nos vamos a quedar nada —le tomó el rostro entre las manos —. Ahora déjame ir y enfilemos este coche hacia su dirección natural. Podemos hablar de esas otras cosas… luego.

—¿Lo prometes?

Le acarició las mejillas y lo miró a los ojos.

—Alec, ¿adónde me estás llevando?

—A casa, según tú.

—No, me refiero…

—Sé a qué te refieres —cortó con gentileza—. Y no te llevo a ninguna parte a la que no quieras ir. Y sin importar dónde sea, recuerda que estaré a tu lado. Yo también estoy explorando, e iremos despacio. No hay nada que temer.

Lo observó largo rato. «Salvo perder mi corazón».

—Tienes razón. No hay nada que temer.

Capítulo 8

La trasladó de vuelta a la cabaña en Old Saybrook, a pesar de que Molly intentó convencerlo de que dejara el coche en el aparcamiento de New Haven y la llevara en su todoterreno para ganar tiempo. Aunque su jefe, Nick Edgars, no estaría a la una de la mañana, las cámaras de vigilancia se hallarían activadas. Si alguna vez Edgars se lo preguntaba, ya se le ocurriría alguna historia para explicar que llegara tan tarde. Pero lo que nunca podría explicar era que una pelirroja espléndida bajara de la limusina y se subiera a su todoterreno.

Acompañó a Molly a la entrada de la cabaña y le dio un beso. Luego, tuvo que decirle lo maravilloso que había sido el día, lo que condujo a más besos mientras ella le explicaba lo mucho que había significado el tiempo pasado juntos. Siguieron más besos y caricias, y si ella no lo hubiera apartado con gentileza, habría entrado.

—Vete a casa —musitó Molly antes de abrir—. Los dos necesitamos dormir y tú debes entregar el coche.

Alec se metió las manos en los bolsillos para evitar volver a acercarla.

—Odio cuando tienes razón.

—Buenas noches, Alec.

—¡Espera! —apoyó una mano en la puerta antes de que pudiera cerrarla—. No hemos puesto una hora para… mmm… —«volver a tener sexo»— vernos otra vez.

—Oh —titubeó—. Supongo que eso depende de ti. Eres tú quien tiene el horario cargado.

—Mañana por la tarde está bien.

—¿Sí? —frunció el ceño—. ¿Mañana no es miércoles?

—Sí, ¿por qué?

—Creía que los miércoles tenías clases todo el día. Por eso establecí mi cita con Benjamín el martes, porque sé que por lo general estás libre para llevarme.

—Por lo general, los miércoles por la tarde estoy en clase —se encogió de hombros—, pero las de mañana son de repaso.

—Qué casualidad —lo miró con suspicacia.

—¡En serio! No pasa nada. De todos modos, pensaba saltarme esas dos clases. Mañana tengo un trayecto a las seis, pero la tarde libre.

—Lo que significa que podrías dedicarla a estudiar, o a ir a la biblioteca de Derecho, o…

—O a investigar en tu dormitorio —la miró a los ojos—. Soy un chico mayor. Puedo controlar mi programa de clases. Pero si has

cambiado de parecer acerca de volver a verme, ésa es otra historia —contuvo el aliento y rezó para que no fuera eso.

—Sabes que quiero que nos volvamos a ver —él suspiró aliviado—. Pero no quiero poner en peligro tus estudios.

—Inspirarás mis estudios —afirmó—. Tendré un motivo para hacer todo más deprisa y mejor con el fin de disponer de más tiempo contigo.

—Más te vale que eso sea verdad.

—Lo será. ¿Te parece bien mañana a eso de la una del mediodía?

—Mmm, claro —musitó con un leve jadeo.

A Alec le gustó comprobar que la afectaba de esa manera.

—¿Hay algún sitio en la ciudad donde puedas alquilar equipo de vídeo o quieres que yo me ocupe de eso? —la entrepierna se le contrajo.

—¿Quieres que sea mañana? —Molly tragó saliva—. Quizá deberíamos esperar un poco.

—Te diré lo que haremos: alquilaré una cámara y un trípode, y si no quieres que los usemos, perfecto.

—No —afirmó él con decisión—. Si alguien tiene que hacerlo, seré yo quien se encargue de la cámara. Es para mi libro.

—Sí —le guiñó un ojo—. Puedes deducirlo en la declaración de la renta.

—Oh. Supongo que tienes razón. Grabarnos es una gran idea. Apuesto que potenciará tus escenas de sexo.

—Te creo. Lo que pasa…

—No pienses en ello. Consigue el equipo y piensa que lo vas a utilizar para grabar el crepúsculo en la playa —le dio otro beso suave —. Nos vemos a la una.

Concentrado en los pensamientos sobre Molly, llegó a la puerta de seguridad automática de Red Carpet antes de darse cuenta. Al activar el código y entrar el vehículo, vio que Josh salía de una limusina blanca. Su compañero lo vio y lo saludó con la mano.

Iba a tener que hablar con Josh antes de marcharse, y de inmediato hizo inventario de lo que quería revelar. Confiaba en él. Eran amigos desde el instituto, aparte de que había conseguido ese trabajo gracias a su recomendación. Josh había insistido en que pusiera el cerebro en marcha y sacara al fin un título en algo. Podría ver a Molly como una complicación para ese objetivo.

Cuando terminó de aparcar en su sitio y cerró la limusina, Josh se acercaba. Aunque eran más de las dos de la mañana, su amigo exhibía un andar vivo y una sonrisa. Llevaba la corbata del uniforme suelta y la gorra hacia atrás.

—Es tarde, universitario —comentó—. ¿Edgars te encomendó un trayecto de última hora?

—No —lanzó la llave al aire y volvió a capturarla, en un gesto destinado a mostrar indiferencia—. Cuando esta mañana iba a recoger a Molly, me detuve a ayudar a una pareja mayor a cambiar una rueda. Como no iba a dar tiempo de llegar al tren, la llevé directamente a la ciudad.

—¿Sí? —los ojos grises de Josh no pasaron nada por alto—. Debió de ser todo un viaje.

—Mmm, bueno…

—Creo que eso que tienes en la manga es carmín, amigo.

Alec acercó la manga derecha para poder ver de qué hablaba Josh. Ahí no había nada.

—La otra —indicó su amigo—. Eso lo hace interesante. Podría entender que ella se hubiera inclinado y por accidente te hubiera manchado la manga derecha mientras tú conducías. Pero al tratarse de la izquierda, hace que especule en otras causas.

Alec no tuvo que mirar la otra manga para recordar el punto exacto en que Molly lo había marcado. Sin duda el carmín había terminado en la manga durante el episodio en el coche. Con la luz tenue, ninguno de los dos se había dado cuenta.

—¿Se puede aventurar que estás quebrantando algunas reglas? —preguntó Josh.

—Probablemente sea mejor que no te cuente nada. De ese modo, si Edgars lo averigua, podrás decir con sinceridad que no sabías lo que pasaba —quizá terminara por ser un buen abogado, después de todo.

—Bromeas, ¿verdad? Edgars me importa un bledo. ¿Es o no una estrella porno?

—No —respondió con renuencia—. Decididamente no.

—¿Estás seguro? Porque casi podría jurar que es igual que la protagonista de *Resbaladiza cuando estoy mojada*. Quizá no quiera contártelo.

Alec pensó en el temor que le inspiraba grabar un vídeo casero.

—Te puedo asegurar que no es la protagonista de *Resbaladiza cuando estoy mojada*.

—Entonces, ¿qué me dices de todos esos viajes a Los Ángeles? ¿Para qué va todo el tiempo, si no es para grabar pelis porno?

—Bueno, ella… —de pronto se dio cuenta de que, aparte de los estímulos sexuales, conocía poco de Molly, y no sabía para qué diablos volaba a Los Ángeles un par de veces al mes.

—No lo sabes, ¿verdad? —adivinó Josh.

—No tocamos ese tema, pero estoy seguro de que tiene sus

motivos.

—Oh, y yo también. Como quizá un novio en California.

—¡No es eso! —se puso rígido por la idea. Molly no era la clase de mujer que lo utilizara para practicar sexo mientras estaba en Connecticut y luego regresaba al lado de un novio rico pero sexualmente aburrido.

—Por tu reacción, diría que Molly Drake y tú os habéis hecho muy amigos.

Alec no quería hablar de eso.

—Es escritora. Voy a ayudarla con su libro.

—¿Su libro? —rio Josh—. ¿Y cuándo lo vas a hacer? Tienes una agenda tan apretada, que apenas dispones de tiempo para afeitarte por la mañana. Alec, Alec, Alec —movió la cabeza—. Reconozco que Molly es preciosa, y no te culpo por tratar de conseguir un poco, pero prométeme que no tirarás por la ventana un semestre de trabajo duro en la universidad. No otra vez.

—No lo haré —parecía que nadie tenía fe en su capacidad de llevar múltiples tareas—. No pretendo sacrificarme.

—Siempre dices lo mismo, pero luego terminas por hacerlo. Solo por esta vez, sé como yo. Busca ser el primero.

—¡Lo hago! —era una vieja discusión que no paraba de renovarse.

—Y un cuerno. Eres un caso perdido. Primero paras para ayudar a una pareja mayor. Luego, no pudiste dejar que Molly llegara tarde y te ofreciste a llevarla a la ciudad, dedicándole un tiempo adicional que no tienes. Comprendo la agitación, ya que últimamente has vivido como un monje, pero desde luego, no tienes que ayudarla a escribir un libro, por el amor del cielo.

Alec decidió no explicarle que al ayudarla a escribir se beneficiaba tanto ella como él.

—Oye, ¿tienes algún trayecto para el jueves por la noche?

—Aún no. Hasta ahora solo tengo programado un viaje al aeropuerto por la mañana. ¿Por qué?

—Edgars me tiene apuntado para esa cena de cumpleaños. Me preguntaba si podías ocuparte tú.

—¿Para que puedas estudiar? —Josh lo observó.

—Estudiaré por el día. Pero necesito…

—Sé exactamente lo que necesitas, semental. Y a mí no me vendrá mal el ingreso extra, pero lo mismo te sucede a ti. ¿Podrás permitirte el ritmo de esa mujer?

—Tengo ahorros.

—Para la matrícula del año próximo, ¿me equivoco?

Alec se frotó la nuca.

—De acuerdo. Escucha, no sé cuánto tiempo va a durar este rollo con Molly, pero apuesto que será corto y muy dulce. Este verano, cuando no tenga clases y Molly ya no esté, podré trabajar más y recuperar lo que pierda ahora —miró a su amigo—. Te juro que si estuvieras en mi lugar, harías exactamente lo mismo.

—Lo dudo. Pero me ocuparé de tu cumpleaños del jueves por la noche.

—Te lo agradezco, Josh —le sonrió—. Bueno, he de ir a casa a estudiar un poco.

Josh suspiró.

—Anda, dame las llaves del coche, que las guardaré por ti. Tú vete a casa antes de que te derrumbes.

—Gracias —rio entre dientes y se las entregó. Luego se dirigió a su todo terreno.

—E intenta quitártela de la cabeza rápidamente, ¿quieres? —dijo Josh a su espalda—. Me pones muy nervioso.

—Trataré —fue su respuesta.

Pero mientras conducía por las calles silenciosas en dirección a su apartamento pequeño, no dejó de pensar ni un momento en Molly. Una pregunta más apropiada era si sería capaz de quitársela de la cabeza.

Mientras Molly regresaba a casa desde la tienda, pensó que nunca se había sentido más viva. Ese día iba a descubrir si era una mujer salvaje o un ratón asustado. Mientras alquilaba el equipo de vídeo había intentado engañarse contándole al dependiente los supuestos planes para la cámara y el trípode. Había ideado una historia sobre una cinta de cumpleaños para sus padres, que realmente cumplían años con un espacio de una semana, aunque en agosto.

Decidió que si conseguía seguir adelante, sería un regalo estupendo para sí misma. A la luz del día, dudaba de que pudiera hacerlo; sin embargo, la idea le daba mucha más intensidad a su mundo.

O quizá era lo que había escrito esa mañana lo que la tenía tan entusiasmada. Se había sentido inspirada para escribir una escena nueva para su libro, y consideraba que era muy ardiente. Estaba impaciente por que Alec la leyera.

O tal vez era el propio Alec quien la hacía sentir que podía saltar por encima de rascacielos. Como amante, era diez veces mejor que lo que había imaginado. Pero la preocupaba que pudiera perderse sus clases. No debería haberlo dejado que la convenciera de que se vieran ese día, pero… lo deseaba. Desesperadamente.

En cuanto llegara, debería pedirle que se sentara y le contara lo que tenía que hacer para aprobar ese semestre con buenas notas. Quizá pudiera ayudarlo de alguna manera. Pero lo primero era cerciorarse de que estar con él no pusiera en peligro sus estudios.

De vuelta en la cabaña, depositó la caja con el equipo sobre el suelo de roble y fue a preparar el dormitorio. Cambió de sábanas tres veces antes de decidir que las de color cascara de huevo eran las que mejor se fotografiaban.

Con ello en mente, eliminó de las mesillas todos los elementos personales. Luego, cerró las cortinas y encendió las lámparas dobles. No estaba mal. Si colocaban el trípode a la derecha de la cama, delante de la ventana, la luz sería casi perfecta.

Entonces gimió. Como si de verdad fuera a terminar en esa cama con Alec, grabada bajo cualquier tipo de luz. No podía hacerlo. No podía.

Sonó el teléfono y corrió a contestar. Si Alec quería cancelar la cita, devolvería el equipo de vídeo esa misma tarde.

Pero era Dana, no Alec.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo va el nuevo libro? —preguntó de inmediato.

—¡Mmm, estupendo, estupendo! —todavía no había escrito ni una página de la novela nueva—. ¿Cómo va todo, Dana?

—Cariño, he conocido a un hombre nuevo.

—Suena prometedor —aunque no albergaba muchas esperanzas. Dana conocía y rechazaba a hombres desde que la conocía. Su verdadero amor, un actor en alza en los sesenta, había muerto en un accidente de buceo. Eso hacía más de treinta años, pero Dana todavía mantenía su foto en la mesilla de noche. Nadie llegaría a estar a su altura.

—Jim es un encanto. Pero como ya sabes, soy muy selectiva.

—Debes serlo —Molly rio—. Puedes elegir al hombre que quieras, ¿por qué no ibas a discriminar?

—Es lo mismo que digo yo. Por el momento, Jim está bien. Hay que vivir el instante. Al menos eso es lo que dicen los gurús. Oye, no te he llamado para hablarte de mi vida amorosa. Llamo porque he tenido una idea magnífica. Creo que la asesina debería ser la doncella, Sophie, y no el agente inmobiliario.

—¿Sophie? —pensó en el personaje que había cuidado libro tras libro. La graciosa e irreverente Sophie no podía ser la asesina. No encajaría con su personaje, y además, tendría que desaparecer de todos los libros futuros. Adoraba a Sophie.

—¡Nadie lo imaginaría! —Dana rio feliz—. ¡Es brillante!

—Mmm, estoy de acuerdo, nadie adivinaría que Sophie…

—Titubeas. ¿Vas tan avanzada en la novela que ya no puedes realizar el cambio?

—No, pero…

—Excelente. Veo que va a ser necesario convencerte. ¿Cuándo podrás venir para que intercambiemos ideas con unos Martinis secos?

—Bueno, de hecho…

—Esta semana no me viene bien, pero la próxima la tengo libre.

—Dana, tal vez tenga que escribir unas cuantas páginas más antes de que nos encontremos —imaginó la sesión maratoniana a la que debería someterse antes de que pudiera producir algo para que Dana lo viera.

—No, no quiero que escribas nada más hasta que nos veamos cara a cara. Además… oh, es perfecto… ayer hablé con tu madre y me dijo que tu padre volverá de Irlanda este fin de semana. Cybil me preguntó si creía que irías a casa pronto. Tu padre ha de volar a Nueva Zelanda en dos semanas.

No vio escapatoria. Dana insistiría hasta que realizara el viaje, y hacía meses que no veía a su padre.

—De acuerdo.

—Te reservaré un billete para el lunes, ¿qué te parece?

—Martes —respondió automáticamente. Siempre viajaba los martes, los jueves o los fines de semana, porque esos eran los días en que Alec no tenía clase.

—Martes, entonces. ¿El servicio de coches que contraté para ti sigue funcionando?

Molly contempló la caja con el equipo de vídeo.

—Hasta ahora sí.

—Bien. Me alegra que no corras riesgos para conducir en territorio desconocido. Bueno, piensa en lo de Sophie. Es la asesina perfecta. He de irme, tengo una cita con la manicura en diez minutos. Adiós, cariño.

—Adiós, Dana —colgó y respiró hondo.

Por eso tenía que vender un libro propio, un libro en el cual poseyera un control completo sobre lo que hacían y decían los personajes. Convencería a Dana de olvidarse de convertir en asesina a Sophie en el nuevo libro, pero quizá tuviera que transigir con otro elemento de la trama, y entonces debería salvar un obstáculo más.

Alec parecía pensar que grabarse en escenas sexuales le aportaría ideas únicas para las escenas de su libro. Quizá tuviera razón. En ese caso, sería una tonta en permitir que sus inhibiciones se interpusieran en su carrera como escritora.

Tomada la decisión, fue hasta la caja, la recogió y la llevó al dormitorio. Si iban a hacer ese vídeo, bien podían realizar un trabajo competente. De los dos, era ella la que poseía los conocimientos necesarios para que así fuera.

Capítulo 9

Hasta el momento, el día de Alec no había sido gran cosa, aunque estaba a punto de mejorar. Se hallaba a minutos de la casa de Molly. Sin embargo, llegar hasta ese punto había sido complicado.

En algún momento pasadas las cuatro de la mañana, se había quedado dormido mientras trataba de estudiar. Había llegado tarde a clase. Luego, había empeorado ese error quedándose dormido en el aula. El profesor lo había despertado después de que todos se hubieran ido. Si esperaba aprobar, iba a tener que sacar un sobresaliente en el examen final.

Mientras tanto, y gracias al descanso inesperado, estaba plenamente despierto y listo para pasar tiempo con Molly. Se preguntó si habría alquilado el equipo de vídeo. En caso afirmativo, tal vez tendría que dedicar un tiempo a convencerla de usarlo.

La ruta hacia su casa era familiar, pero le resultó extraño aparcar su vehículo en vez de la limusina delante de la cabaña. Quizá tendría que haber lavado el todoterreno.

Después de la facultad, había dispuesto de tiempo para regresar al apartamento, darse una ducha y afeitarse antes de salir hacia la casa de Molly.

Decidir qué ponerse también había sido un ejercicio interesante. Ella nunca lo había visto con otra cosa que no fuera el uniforme de Red Carpet. Su guardarropa no era amplio, pero la camisa verde bosque y los pantalones caqui que llevaba le gustaban; aunque no esperaba tenerlos puestos mucho tiempo, la primera impresión era importante.

Cuando llamó al timbre, se sentía bastante excitado. Sin importar lo que decía Josh, cualquier hombre que eligiera estudiar por encima de estar desnudo con una mujer como Molly era idiota o gay. Bajo ningún concepto lamentaba la decisión tomada.

—¡Está abierto! —indicó ella desde el interior de la casa.

El corazón le latió más deprisa al abrir y entrar en el coqueto salón. Sabía que había heredado la cabaña de su abuela, y el lugar parecía como si lo hubiera decorado una abuela. Decidió no pensar en esta durante las próximas horas.

—Estoy aquí, Alec —indicó ella otra vez.

No le cupo ninguna duda de que se hallaba en el dormitorio. Quizá estaba preparando el equipo. Se dirigió ansioso en esa dirección. O tal vez…

Quizá lo tenía todo listo. Se detuvo ante la puerta y tragó saliva. Al

parecer no iba a hacer falta convencerla.

Había quitado todo de la cama menos la sábana bajera y las almohadas apoyadas en el cabecero de nogal. La suave sábana de color marfil era un fondo perfecto para Molly Drake, la diosa sexual.

Sonriente, estaba reclinada sobre las almohadas, con el pelo rojo suelto sobre los hombros. El sujetador y las braguitas eran de un color verde menta. El satén y el corte se combinaban para resaltar el cuerpo más voluptuoso que jamás había tenido la suerte de devorar con la vista.

Ella señaló la ventana.

—La cámara está grabando.

Giró la vista hacia una cámara montada en un trípode a la derecha de la cama y delante de la ventana cubierta. Si no se la hubiera señalado, nunca la habría notado. Lo tenía completamente hipnotizado la visión de ella esperándolo, los pechos vibrantes con cada respiración.

—Ven junto a la cama mientras te desvistes —pidió con voz trémula, aunque parecía muy segura de lo que quería—. Deseo que eso quede grabado.

No había esperado que la habitación tuviera tanta luz. Si no hubiera estado tan ansioso por reunirse con Molly, quizá hubiera sentido un poco de miedo escénico.

—Esa camisa te sienta bien —comentó ella—. Pero quiero que te la quites.

Respiró hondo y pensó un momento en lo que iba a hacer. Luego, se quitó los zapatos y los calcetines antes de acercarse al lado izquierdo de la cama, donde estaría en el campo de la cámara.

—Por el modo en que lo has preparado todo, casi tiene un aire… profesional.

—Conozco un poco… de cine —comentó con cautela.

—¿Estudiabas cine en Los Ángeles? —se levantó la camisa de los pantalones y comenzó a desabotonarla, listo para acabar de una vez con esa parte y poder empezar con lo bueno.

—No.

—¿Aspirante a estrella?

—No, bajo ningún concepto. Ve más despacio, ¿de acuerdo?

Se detuvo en mitad de la hilera de los botones.

—¿Por qué?

—Porque es más sexy. Porque entonces… —carraspeó—. Entonces tendré que esperar un poco antes de verte desnudo —musitó—. Tendré tiempo de frustrarme.

Él sintió una oleada de calor.

—Nunca… nunca intenté un… —desconocía la palabra adecuada que describiera cuando un hombre se desnudaba para una mujer.

—Un *striptease* —concluyó Molly con voz insegura—. Está bien. Yo tampoco le he pedido nunca a un hombre que lo hiciera.

—Bien —rezó para no parecer un tonto—. Entonces no sabrás si lo hago mal.

—No creo que pudieras —murmuró con mirada encendida.

De pronto tuvo una idea que le quitaría parte de la presión.

—Quizá deberías indicarme cómo quieres que me quite la ropa.

—De acuerdo —lo miró a los ojos, antes de inspeccionarlo de arriba abajo para detenerse unos momentos en su entrepierna—. Creo que deberías empezar con el reloj.

—¿El reloj? —había olvidado que llevaba puesto uno—. De acuerdo —no lo entendía, pero mientras obedecía, comprendió que no importaba qué se quitara, porque cada artículo los acercaría a un sexo increíble. La tensión crepitó entre ellos cuando dejó el reloj sobre la mesilla—. ¿Y ahora?

—Desabróchate otro botón de la camisa.

Obedeció.

—Y ahora el siguiente. Hazlo muy despacio.

Uno a uno, se soltó los botones con dedos un poco temblorosos. Cuando al fin la camisa quedó abierta, se dio cuenta de que sudaba.

—Ahora quítatela, pero de forma gradual.

Siguió las órdenes mientras la mirada de Molly se centraba en su torso. Ella se humedeció los labios con la lengua y las tetillas de Alec se contrajeron. La camisa cayó a sus pies a su espalda.

—Ahora desabróchate el cinturón.

Estaba decidido a hacerlo sin mirar. Después de todo, iba a quedar grabado en cinta. Menos mal que Molly había querido lentitud, porque aflojarse la hebilla le llevó una eternidad.

—Quítate el cinturón y pásamelo.

Se le resecó la boca. Ella pensaba en más juegos de sumisión y estaba dispuesto a complacerla, pero no sabía cómo lo iban a llevar adelante.

—No tienes una cama con dosel.

—No lo quiero para eso. Dámelo y te mostraré mis intenciones.

Mientras ella se lo quitaba, llegó a la conclusión de que le iba a provocar un ataque al corazón. Ningún corazón podía latir tan deprisa, y además le costaba respirar. Se inclinó y depositó el cinturón en la mano extendida de Molly.

—Gracias —en sus ojos verdes ardía una llama—. Un cinturón suave. Tampoco muy ancho. Bonito —lo enroscó y se lo pasó por el

sujetador que le cubría los pechos.

Alec tembló al observarla pasarse el cuero por la unión de los senos.

—¿Y ahora… qué?

—Empieza a desabrocharte los pantalones —abrió la mano y el cinturón se desenroscó y cayó entre sus muslos.

Alec hurgó en el botón de la cintura sin quitar la vista del cinturón. Empezaba a tener una idea de lo que planeaba Molly. La vio deslizar el extremo del cinturón debajo de su muslo y tirar del cuero incrustado entre sus piernas. Paralizado, no hizo otra cosa que mirarla mientras se lo subía y bajaba lentamente sobre el triángulo verde que cubría la fuente de su placer.

—No te estás desnudando —murmuró.

Tragó saliva y con cuidado bajó la cremallera más allá del tenso pene. No cabía duda de que se lo estaba pasando en grande con el cinturón. El color de sus mejillas se avivó y la respiración se le aceleró.

—Deja que los pantalones caigan al suelo.

Las monedas que llevaba en el bolsillo aterrizaron sobre el parqué con un leve tintineo.

—Y ahora los calzoncillos.

Se los bajó, con la atención centrada en el cinturón que se movía suavemente entre las piernas de Molly.

—¿Vas… vas a hacerte…?

—Sí —susurró ella—. Y eres un hombre con suerte, porque mirarás cómo lo hago.

Alec gimió y cerró las manos a los costados. Ninguna mujer le había ofrecido jamás algo así, y él nunca lo había pedido. Pero lo había deseado. Y en ese momento…

Ella apretó el cinturón con más fuerza y cerró los ojos.

—Cuando estés listo… hay preservativos… en el… cajón.

Estaba listo, desde luego, pero la emoción de verla masturbarse eclipsaba todo lo demás. Molly le ofrecía un espectáculo y él era un público extremadamente agradecido.

Ella hizo a un lado el trozo de satén verde empapado y el cuero entró en contacto directo con su núcleo de calor. Se arqueó un poco y tensó aún más el cinturón. Luego, lo deslizó adelante y atrás mientras Alec se erguía junto a la cama, el cuerpo tenso y la respiración entrecortada.

Entonces, con un gemido ronco, alzó las caderas y tensó todavía más el cinturón. Unas fricciones rápidas, un grito breve y tembló atrapada en el clímax. Lentamente se hundió de vuelta en el colchón y

jadeó en busca de aire.

—Ahora —susurró.

Ésa única palabra lo hizo entrar en acción. Loco por tenerla, giró y abrió el cajón, que sacó del todo para que cayera en el suelo. Se inclinó y recogió el paquete de preservativos. Lo rompió por la mitad y extrajo uno mientras los demás volaban por el aire. Tardó unos segundos en abrirlo y enrollarse el látex sobre la erección.

Molly seguía gimiendo por el orgasmo cuando se situó junto a ella en la cama. El cinturón se reunió con el resto de sus cosas en el suelo. Las braguitas, abiertas ya, no representaron barrera alguna para su pene mientras le separaba los muslos, apoyaba las manos a ambos lados de los hombros de ella y la penetraba por completo.

—Oh, Alec —jadeó, mirándolo a los ojos—. Lo hice.

—No bromees —bombeó de forma rítmica, sabiendo que apenas le quedaban unos segundos para alcanzar el orgasmo—. Estás tan caliente. Me has destrozado el control.

Ella le aferró los glúteos y se elevó a su encuentro.

—Eso está bien.

Luchó por contener la marea que estaba a punto de engullirlo.

Pero ella no lo ayudaba. Lo rodeó con las piernas y lo instó a continuar.

—Córrete para mí, Alec. Quiero observarte perderlo como tú me has observado a mí.

No quería satisfacer ese ruego, pero cuando Molly movió las caderas en la siguiente embestida, fue su perdición. Con un grito ahogado, se enterró dentro del calor de ella y se entregó a lo inevitable. Qué sensación gloriosa cuando el cuerpo de ella absorbió sus espasmos salvajes.

Al descender poco a poco de esa increíble altura, la miró a los ojos y suspiró con pesar.

—Quería que tú…

—Lo haré —alzó la cabeza de la almohada y le dio un beso suave —. Muchas veces. Disponemos de toda la tarde… y de horas de cinta.

Molly había quitado el despertador de la mesilla y no fue hasta darse cuenta de lo largas que se habían vuelto las sombras cuando pensó en la hora. Tendida en los brazos de Alec, relajada y satisfecha, de pronto recordó que él tenía un trayecto que cubrir.

Se sentó y miró en busca del reloj.

—¿Qué hora es?

Alec abrió unos ojos somnolientos.

—No creo que todavía debamos cambiar la cinta.

—¡Alec, tu trayecto! Esta noche tienes que estar en otra parte, y he perdido la noción de la…

—¡Ay! —Alec se sentó y recogió su reloj de pulsera de la mesilla—. Oh, Dios mío. He de irme.

—¿Llegarás tarde?

—No si muevo el trasero —saltó de la cama y comenzó a ponerse la ropa—. Maldita sea. Quería ver al menos una parte del vídeo antes de irme.

—No recuerdo haber dicho que pudieras —sonrió.

—Oh, Molly.

Tuvo que reír ante el tono de niño decepcionado que puso.

—Aunque supongo que si eres bueno, te dejaré. Te diré lo que voy a hacer. Lo miraré esta noche y entonces decidiré si te autorizo.

La miró sorprendido.

—¿Quieres decir que de verdad vas a mirarlo sin mí?

—¿No se suponía que era mi investigación?

—Lo es —se puso la camisa en los pantalones y se los abrochó—. Pero aunque es así cómo empezó, la cuestión es…

—Que te estás convirtiendo en un chico salvaje y te gusta.

—Sí —le sonrió mientras se subía la cremallera—. Sí, me gusta. Y creo que los dos deberíamos estar presentes para ver la cinta por primera vez. Si estamos horribles, sufriremos juntos. Es justo.

—Quizá, pero no sé cuándo podrás regresar, y no me imagino con la cinta aquí y sin echarle un vistazo. Es pedir mucho.

Él reflexionó en las opciones que tenía.

—Volveré esta noche, al finalizar mi trayecto.

Molly lo anhelaba por encima de todas las cosas, pero no creía que fuera una buena idea.

—Necesitas dormir y tiempo para estudiar. Estoy convencida de que ya vas con retraso en ambas cosas.

—Escucha, puedo estudiar mientras espero que esta gente acabe de cenar. Y mañana no tengo clase ni encargos de trabajo. Vendré esta noche, miraremos la cinta y luego me iré a casa a recuperar algo de sueño y a estudiar un poco más. ¿Te parece bien? ¿No tocarás la cinta hasta que venga?

—¿Y cuándo será?

—No más tarde de medianoche.

—Supongo que en este tiempo podría escribir un poco —tenía la sensación de que los dedos volarían sobre el teclado—. Quería enseñarte lo que escribí esta mañana.

—Dámelo ahora. Puedo leerlo esta noche.

Ella negó con la cabeza.

—Se supone que debes estudiar, no leer mi manuscrito.

—No creo que hayas escrito tanto. Vamos, deja que le eche un vistazo. Diez minutos de leer tu libro no marcará tanta diferencia.

Molly tuvo que aceptar que seis páginas de material no requerirían mucho tiempo.

—De acuerdo, iré a buscarlas —se levantó de la cama, desnuda. Al pasar por delante de Alec de camino al vestíbulo, contoneó las caderas. La gratificó oírlo contener el aliento. Le gustaba saber que la seguía—. Tengo las hojas aquí —las recogió de la mesita de centro.

A su espalda, Alec gimió. Molly se volvió como si no tuviera ni idea de lo que sucedía. Miró el bulto que tenía detrás de la cremallera y sonrió.

—Lo has hecho adrede.

—¿Qué? —pestañeó.

—Eres una gatita sexual —se pasó una mano por la cara—. Si pudiera encontrar a alguien que me relevara, lo haría. Y entonces exploraría las posibilidades de que volvieras a agacharte de esa manera.

El cuerpo de Molly se contrajo de placer. No le costó imaginar la escena y su erotismo la encendió otra vez.

—Te gustaría, ¿verdad, Molly? —añadió él con voz ronca.

—Llegarás tarde —le entregó los folios—. Vete, Alec. Nos veremos pronto —se dirigió al dormitorio.

Un momento más tarde, lo oyó marcharse. Miró la cama arrugada, vacía, y la cámara que no habían llegado a apagar. No podía evitar ser una hija de Hollywood. Riendo, se subió al colchón.

—Fin —dijo, con una amplia sonrisa dedicada a Alec.

Seguía sonriendo cuando la apagó y fue a darse una ducha. Estaba pasando el momento de su vida y no quería ir a Los Ángeles la semana siguiente.

Capítulo 10

Escribir otra escena de amor para su libro la ayudó a distraerse, pero cada vez que tomaba un descanso, recordaba que él tenía seis hojas de su manuscrito y la dominaban los nervios.

Estaba convencida de que esas seis hojas eran mejores que todo lo que había escrito hasta ese momento, pero si Alec no lo consideraba de esa manera, sería un golpe devastador. Pasadas las once de la noche, sonó el teléfono y contestó con presteza.

—Me encantaría realizar una llamada obscena. ¿Te interesa?

Se suponía que tenía que reír, pero solo le interesaba la reacción de él a su libro.

—Mmm, ¿has leído las páginas que te di?

—Por eso recibes la llamada obscena. Lo que has escrito me excitó tanto, que pensé en aliviarme a mí mismo en el interior de la limusina.

—¿De verdad? ¡Hurra! —rio—. ¡Es maravilloso!

—Para ti es fácil decirlo. No estás sentada al volante de una limusina cara con tus partes íntimas en un estado de elevada ansiedad.

—Oh, Alec, lo siento.

—No lo parece.

—Sí. De verdad. Pero me encanta la reacción que has tenido con mi escena. ¿Hablabas en serio con lo de… aliviarte allí mismo? —tembló al pensarlo.

—Por desgracia, no. Mis clientes podrían salir en cualquier momento. He de empezar a leer mi libro de ley familiar si quiero estar en condiciones de bajar a abrirles la puerta.

—Te deseo —Molly se pasó la lengua por los labios—. Te deseo mucho.

—No digas eso por teléfono, Molly —gimió.

—Nunca antes lo había hecho.

—Éste no es el momento de empezar.

—Sí, pero quería probar qué se sentía al hablar de cosas sexys por teléfono. Ha sido divertido.

—Para ti, quizá. Pero muy frustrante para mí.

—Eh, ¿no se suponía que iba a ser una llamada obscena? Hasta ahora no me has dicho nada verde, Alec.

—Quisiera lamerte toda.

Casi pudo sentir su lengua ardiente.

—No está mal para empezar.

—Pero no podré hasta que no lleve a esta gente a su casa. Ya

hemos pasado por tres clubes nocturnos, y me temo que les queda alguno más.

—Es una pena.

—Lo sé.

—En algún momento tendrán que irse a casa.

—Lo harán. Mañana trabajan, pero aun así, es medianoche pasada. ¿Todavía te parece bien que vaya a verte?

—Puedes… una y otra y otra vez.

—Para, Molly. No es gracioso. Deberías ver cómo me tiran los pantalones.

—Lo que necesitas es mover las caderas —sonrió.

—Lo que necesito es colgar. Pero aquí estoy, torturándome porque me encanta oír tu voz.

—¿Te gusta? —era el tipo de comentario que haría un novio de verdad. A pesar de los obstáculos, también empezaba a pensar en él de esa manera. Quizá si tuviera cuidado de no interferir en sus estudios, tendrían una posibilidad.

—Sí, me encanta —sonó un poco sobresaltado por reconocerlo—. Es una voz estupenda. Musical. ¿Cantas?

—Solo en la ducha.

—Recuerdo algunas otras cosas que te gusta hacer en la ducha.

—¿Y ahora quién es el que busca problemas? —se preguntó si había vuelto adrede al tema del sexo para evitar ponerse demasiado emocional.

—Tú eres la mala influencia, tú y esas seis páginas que me hiciste leer.

—¡No es verdad! Tú insististe en…

—Eh —Alec rio entre dientes—. Lo sé. Solo te provocaba.

—Oh.

El sonido de la risa tocó un lugar protegido de su corazón, del que en un principio había intentado mantener fuera la aventura sexual. Una mujer salvaje de verdad habría sido capaz de entregarse a una aventura sin sentirse atada. Al parecer ella no era lo bastante salvaje, porque no podía imaginar dejar a Alec en cuanto tuviera la experiencia necesaria para escribir un libro mejor.

—¿Molly? ¿Sigues ahí?

—Hmmm.

—Te has quedado muy callada de repente. ¿Te está entrando sueño? Si te sientes muy cansada, quizá no debería ir. No quiero…

—No tengo sueño —y la consideración que mostraba él aumentaba la sensación de intimidad emocional. También Alec debía de percibir lo que sucedía; sin embargo, tampoco daba marcha atrás—. Además,

no podría dormir sin mirar la cinta.

—Yo tampoco. Ahí vienen mis clientes. Iré cuando pueda, ¿de acuerdo?

—Te estaré esperando.

—Cuento con ello. Adiós, Molly —colgó antes de que pudiera decir otra cosa.

Alec funcionaba por pura adrenalina cuando aparcó el todoterreno delante de la casa de Molly a la una de la mañana. Aún llevaba el uniforme de chófer, aunque había dejado la gorra en el asiento del coche. Al ir hacia la puerta de entrada con el manuscrito en una mano, se aflojó la corbata con la otra y luego se soltó el botón del cuello.

Ella abrió luciendo una bata blanca de satén y descalza. El cinturón alrededor de la cintura le tensaba la tela sobre los pechos. Al instante el cansancio lo abandonó.

—Hola —musitó Molly, y retrocedió para dejarlo pasar.

La sensación de bienvenida fue tan fuerte que no pudo hablar, ni siquiera para devolverle el simple saludo. En cuanto la puerta se cerró, la tomó en brazos. Santo cielo, cuánto la había echado de menos. Le cubrió el rostro de besos y se impregnó de su fragancia a jabón y champú. Si Molly pudiera esperarlo todas las noches… no, no podía pensar algo así. Le besó el cuello.

—Hueles maravillosamente.

Molly moldeó el cuerpo al de Alec mientras le quitaba la chaqueta.

—Me he duchado y lavado el pelo para mantenerme despierta.

Le soltó el cinturón y metió la mano debajo de la tela resbaladiza de la bata. Al coronarle el pecho desnudo, Alec gimió.

—Molly, necesito…

—Yo también —bajó la mano a su cremallera—. Para quitarnos la tensión.

—Después miraremos la cinta —introdujo la mano entre sus muslos y descubrió que no era el único con deseos constantes.

—Mmm, qué grato —murmuró ella con voz ronca al tiempo que movía las caderas para animar la exploración.

—Estás empapada.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Te encuentras tan preparado como yo?

—Más.

—Me alegra oírlo —sin quitarle la vista de los ojos, metió la mano en la bragueta abierta. Alec jadeó cuando encontró la abertura de los calzoncillos y cerró los dedos en torno a su erección—. Me encanta un

hombre con uniforme —con cuidado, liberó su pene.

Él cerró los ojos en éxtasis mientras Molly lo acariciaba con manos que habían aprendido cómo le gustaba.

—Deberíamos… deberíamos…

—Aquí lo tengo.

Abrió los ojos en el instante en que ella lo soltó y retrocedió un paso para poder sacar el preservativo del bolsillo de la bata.

—Puedes soltar esos folios —indicó ella mientras rompía el envoltorio y se acercaba para poder ponérselo—. Creo que vas a necesitar las dos manos para la siguiente parte.

—¿El sofá? —eso esperaba. No sería capaz de llegar al dormitorio.

—No.

—¿El suelo? —estaba desesperado.

—La mesilla de centro.

Las páginas se cayeron de sus dedos laxos y se diseminaron por la alfombra. A través de una neblina rojiza, la observó ir hacia la mesa de nogal.

Ella lo miró por encima del hombro.

—¿No vienes?

—Enseguida —redujo la distancia que los separaba en el instante en que Molly se inclinaba para apoyar las manos sobre la mesa y las rodillas en el borde. La excitación estuvo a punto de hacer que se desmayara.

Ella meneó el trasero cubierto con satén.

—Pues será mejor que trabajes deprisa.

Con respiración entrecortada, le alzó el material brillante con movimiento veloz. Revelar el trasero desnudo le provocó un gemido de placer. La necesidad le quemó las entrañas cuando apoyó las palmas de las manos en los glúteos, tanteó la humedad y la penetró.

Le había ofrecido una fantasía erótica que jamás había esperado hacer realidad… una mujer exuberante y dispuesta, desnuda bajo su bata de satén, ofreciéndose de la forma más primitiva a un hombre tan enloquecido por la lujuria que ni se había detenido a quitarse la ropa antes de poseerla. El momento era carnal y salvaje, un momento para embestidas veloces y gritos ansiosos mezclados con el golpear rítmico de los muslos contra el trasero.

Sintió que el clímax de Molly se acercaba. Al recordar aquel momento en el coche, le pellizcó el trasero, haciendo que se volviera loca. Mientras temblaba y gritaba, Alec continuó hasta alcanzar su devastador orgasmo. De algún modo, poco después tuvo la presencia de ánimo de llevarlos a los dos hasta la alfombra, donde se tumbaron en completo abandono. Mientras el corazón se le calmaba, le tomó la

mano y se la apretó con suavidad. Ella le devolvió el gesto.

Ése fue el primer instante en que supo que quería tenerla… para siempre.

Cuando estuvieron a punto de quedarse dormidos en la alfombra, Molly sugirió que dormitaran un poco en la cama antes de ponerse a ver el vídeo. Se sentía exhausta y no podía imaginar lo cansado que debería de estar Alec. «Es gracioso», pensó mientras se acurrucaba en la cama con él, «estamos demasiado ocupados practicando el sexo como para ver una película de nosotros practicando sexo».

No creía necesitar la película. El sexo desinhibido con él la había liberado para escribir escenas vividas e intensas que la excitaban y que al parecer surtían el mismo efecto en Alec. En cierto sentido, el objetivo de la sesión original en el hotel se había cumplido. Pero no quería que él lo supiera.

Despertó con el sol perfilando la ventana del dormitorio y el teléfono sonando. Saltó de la cama, agarró la bata y se la puso mientras se apresuraba a ir a contestar. Con un poco de suerte, no sería Dana. No quería tener que mentirle a Alec acerca de Dana, pero tampoco se sentía cómoda diciéndole la verdad. Dana tendría que darle el visto bueno antes de poder hacer algo así, y ni siquiera conocía a Alec.

Pero era el amigo de Alec, Josh.

—Lamento molestarte —se disculpó—. Pero necesito ponerme en contacto con Alec y no está en casa. Sé que a menudo conduce para ti los martes y los jueves, de modo que aunque hoy no figurabas en la agenda de Red Carpet, pensé que quizá podrías ayudarme a encontrarlo.

«Lo sabe». Estaba tan segura de eso como de su propio nombre.

—Mmm, hoy no tiene que llevarme a ninguna parte —dijo, repitiendo estúpidamente lo que Josh ya sabía mientras buscaba algo para decir.

—Lo imaginaba. Y él tampoco tiene programado nada hasta la noche, de manera que en esos casos suele dedicar el día a estudiar. Pero fui a buscarlo a la biblioteca de la facultad de Derecho y tampoco lo encontré allí.

Molly hizo una mueca por el tono de Josh. Era evidente que no aprobaba que Alec se saltara los estudios por estar con ella. En realidad, ella tampoco lo aprobaba. Cegada por el deseo, había permitido que sucediera, y quizá era positivo que Josh hubiera llamado.

—Me encantará transmitirle a Alec un mensaje en caso de que tenga noticias de él.

—¿Sí? Me pidió si podía hacerle el turno de esta noche, pero tengo un problema y no podré realizarlo. Si te llama, ¿podrías comunicárselo?

—Desde luego —ya sabía algo más. Alec, que siempre necesitaba dinero extra, cambiaba un trayecto, sin duda para poder pasar tiempo a su lado. Necesitaba establecer unas reglas sin pérdida de tiempo.

—Gracias. Si puede, debería ocuparse él del trayecto, ya que se trata de un cliente conocido por dejar buenas propinas, y estoy seguro de que el dinero le irá bien.

—Por supuesto. Gracias otra vez.

Después de una despedida cortés, Molly colgó y se dirigió de puntillas hasta la puerta de la habitación. No la sorprendía que Alec siguiera dormido. No le había pedido que se saltara las clases o descartara un encargo lucrativo por ella, pero ¿quién podía culparlo? Hacía tiempo que se estaba sacrificando y había estado maduro para la seducción. Sin embargo, no tenía intención de ser su Dalila.

Retrocedió y decidió dejarlo dormir. Ya hablarían en cuanto despertara.

—Eh —llamó él en voz baja cuando Molly salía al pasillo—. ¿Adónde vas?

La embargó la emoción por el sonido tierno de ese saludo. No estaba acostumbrada a que un hombre despertara en su cama; y tener a Alec allí la estimulaba de manera especial.

Dio media vuelta y entró.

Alec dobló una almohada detrás de la cabeza y le sonrió.

—Ven aquí.

—No —luchó contra el impulso de volver a meterse en la cama con él—. Ha llamado Josh.

—¿Aquí? —se despertó por completo.

—Llamó a tu apartamento y a la biblioteca primero. Luego, aquí para ver si sabía dónde podías estar.

Alec suspiró.

—Podemos confiar en él. Es uno de mis amigos más antiguos, y le insinué lo que sucedía entre nosotros. Espero que no te importe.

—Claro que no. No soy yo quien arriesga cosas. Y si Josh es tu amigo, no te delatará. Me pidió que te dijera que no puede ocuparse de tu encargo de esta noche.

Alec pareció un niño sorprendido con la mano en el bote de los caramelos.

—Oh.

—¿En qué pensabas dejando un buen trayecto para estar conmigo? Y no finjas que ésa no es la causa.

—Es la causa —se sinceró—. Pero no pasa nada por saltarme algún encargo. Puedo recuperar el dinero este verano, cuando no vaya a la facultad.

—Lo siento, pero no dejaré que te sacrifiques de esa manera para que podamos…

—¿Practicar un sexo increíble? —concluyó él con voz ronca—. Puede que esta noche tenga que trabajar, pero aún faltan horas —añadió con suavidad—. Vuelve a la cama, Molly. Es lo que ambos queremos y tú lo sabes.

—¡Esa no es la cuestión! —metió los puños en los bolsillos de la bata—. Tienes que dedicar tiempo a estudiar para recuperar las horas ya perdidas.

—No te preocupes por eso. Puedo…

—Me preocupa eso. Si he trastocado tanto tus planes como para poner en peligro tus notas, jamás me lo perdonaré.

Ceñudo, movió la cabeza con gesto impaciente.

—No lo has hecho, Molly. Si algo he aprendido en tantos años de universidad, es a estudiar. Soy muy eficiente.

—Te creo. Así que vete a casa y sé eficiente hoy. Me sentiré mucho mejor si haces eso. La culpa me está matando.

Pero Alec no cedió, y por la expresión de la boca, no parecía que planeara hacerlo.

—¿Y qué pasa con la cinta? Pensaba que íbamos a verla juntos.

—Te prometo no mirarla hasta que volvamos a quedar —le pondría los frenos a ese tren desbocado. La cinta podía esperar.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó él con expresión decidida.

—¿El viernes por la noche?

—Tengo trabajo. Y supongo que desaprobarías que intentara que alguien me lo hiciera.

—¿Tienes algún trayecto para el sábado? —su partida el martes se alzaba en el horizonte, pero aún no quería contárselo.

—El sábado por la mañana tengo que llevar a uno de los profesores al aeropuerto. Creo que eso es todo.

Ella respiró hondo.

—Entonces te contrataré para el sábado por la tarde y por la noche.

Los ojos de él se oscurecieron por el enfado.

—Maldita sea, Molly, no lo harás. Si no vas a verme otra vez hasta el sábado, intentaré sobrevivir. Aprovecharé el tiempo para ponerme al día con los estudios y sacar trabajo extra, si eso es lo que hace falta

para conseguir que seas feliz. Pero no vas a pagarme para que esté contigo el sábado.

—¿Por qué no? —alzó la barbilla—. ¿Y si tengo que hacer cosas? ¿Y si quiero ir de compras a Mystic? ¿Quieres que contrate los servicios de otro para que me lleve?

—De acuerdo, aceptemos que tienes que hacer todo eso, que lo dudo. Entonces te llevaré en mi coche —la atravesó con la mirada—. A menos que mi todoterreno no tenga categoría para ti.

La tenía atrapada. Algún día sería un buen abogado. Si insistía en contratarlo para conducir la limusina, parecería una esnob, a pesar de que su único deseo era ayudarlo en el trabajo.

—De acuerdo —aceptó al final—. Será estupendo.

Él relajó la expresión.

—Bien. Y ahora que hemos arreglado eso, ven aquí. Si he de dejarte sola hasta el sábado, quiero ofrecerte algo para que me recuerdes.

—Tengo miedo de ir. En cuanto empezamos, parece que somos incapaces de…

—Piensas que carezco de autocontrol cuando se refiere a ti, ¿verdad?

—Bueno, a juzgar por las pruebas presentadas hasta ahora, sí, es lo que pienso. Y no te creas que a mí me va mejor con respecto a ti. No es un juicio, sino una observación.

—Voy a demostrarte que te equivocas, Molly Drake. Quítate esa bata y ven aquí. Conseguiré que ambos nos sintamos realmente bien, y luego me largaré. Es una promesa.

Su fuerza de voluntad tenía un límite. Con el corazón desbocado, se acercó a la cama al tiempo que se quitaba el cinturón de la bata.

—Voy a confiar en ti esta vez.

—Puedes hacerlo siempre. Y voy a empezar a demostrártelo.

Capítulo 11

Dejar a Molly poco después de provocarle un orgasmo intenso no fue fácil, pero lo hizo. Su honor estaba en juego.

Pero cuando estaba a dos calles de su apartamento, asimiló la realidad de pasar los siguientes dos días sin ella. Golpeó el volante con frustración.

No había duda, estaba enamorándose de una mujer que tenía una vida misteriosa en Los Ángeles de la que no quería hablar y una infancia que no le apetecía tratar. Lo necesitaba para que la ayudara a escribir mejores escenas de sexo, aunque ya empezaba a conseguirlo, a juzgar por las seis hojas que había leído la noche anterior. Faltaba poco para que él quedara obsoleto.

Había tenido a Molly durante un tiempo, pero ella iba a seguir adelante. Lo dominó una sensación de urgencia que lo llevó a preocuparse de que esa separación de dos días hiciera que su frágil relación se quebrara.

En cuanto entró en su pequeño apartamento, sacó el teléfono móvil y la llamó.

—Solo quería que supieras que estoy en casa y a punto de ponerme a estudiar.

—Bien. Necesitas hacerlo —comentó ella con voz relajada, como una mujer bien satisfecha—. Te marchaste de inmediato. Apenas tuve tiempo de darte las gracias.

Empezó a excitarse con solo escuchar esa voz musical. Se puso a ir de un lado a otro del diminuto apartamento.

—¿Te gustó?

—Creo que lo sabes. Por suerte los vecinos están lejos, o también ellos lo habrían sabido.

—Oírte gritar de esa manera es maravilloso para mi ego —había tenido la satisfacción de saber que ella no había querido que se marchara cuando al fin decidió levantarse de la cama.

—No olvides comer —le recordó Molly—. Deberías haber dejado que te preparara algo.

—Comeré. Y si me hubiera quedado a desayunar, habríamos terminado pegados a la mesa de la cocina. Después de hacerte esa promesa, no me atreví a ponerme tanto a prueba.

—Me impresiona tu determinación.

—Gracias —quería estar tanto con ella que le dolía—. ¿Qué vas a hacer los próximos dos días? —no sabía si tenía derecho a preguntarlo, pero necesitaba saberlo.

—Escribiré.
—¿Crees que podrás hacerlo sin mirar la película?
—Sí —musitó—. Lo único que tengo que hacer es cerrar los ojos, y todo me vuelve.
—Lo mismo me pasa a mí —él ni siquiera tenía que cerrar los ojos. Aún podía sentir su contacto y probar su piel.
—Ese vídeo puede rematarnos.
—Pero mirémoslo de todos modos, el sábado.
—Sábado por la noche al cine —rio ella.
—Yo llevaré las palomitas —estaba tan enfrascado en la conversación, que se sobresaltó cuando sonó el timbre—. Molly, llaman a la puerta. Aguarda un segundo que…
—No, colgaré. Podríamos pasarnos la eternidad hablando, y tienes que trabajar.
—Pero…
—Adiós, Alec.
Con una suave maldición, Alec colgó y fue a abrir. Le resultó interesante la idea de que dijera que podían hablar sin parar. Casi sonaba como si le gustara por más motivos que el sexo.
Josh estaba al otro lado de la puerta.
—Bien. Te encuentro en casa.
—Y todo por tu culpa. Por tu llamada, me ha echado.
Josh entró sin aguardar una invitación.
—Imaginé que estabas allí cuando no pude localizarte.
Alec cerró con un suspiro.
—La hiciste sentir culpable, ¿verdad? Por apartarme del trabajo y de la facultad.
—Solo mencioné lo obvio, que despreciabas un montón de dinero al tratar de que otro cubriera tus encargos. No dije nada sobre la facultad.
—Maldita sea, Josh. ¿No podrías haber dejado un mensaje para que te llamara? Sé que crees que intentas ayudar, pero… —«aún podría estar en la cama con Molly»—. Puedo llevar yo solo esta situación.
—¿Eso crees? —Josh lo estudió con sus ojos grises—. Tenías tantas ganas de llegar a su casa, que ni te molestaste en quitarte el uniforme. Jamás te he visto llevarlo más tiempo del necesario. Creo que estás metido hasta el cuello, amigo.
—Quizá así es como me gusta.
—Vaya. Esto es peor de lo que pensaba. Hacía tiempo que no te veía tan territorial. ¿No dijiste que esta relación iba a ser corta y dulce?

—No quiero hablar de esto, Josh.

—De acuerdo —miró al techo—. Es tu funeral. Creo que me marcharé y te dejaré sufrir solo la ausencia. Quería preguntarte una cosa.

—Si es sobre Molly, creo que deberíamos dejar el tema.

—No es sobre Molly —parte del pavoneo desapareció de su postura —. Es sobre Pris.

Alec parpadeó.

—¿Pris? —hacía meses que Josh no hablaba de su antigua novia, desde que mencionara que iba a casarse. Había soltado la información como si le fuera indiferente, pero en ningún momento Alec se lo tragó —. ¿Qué pasa con ella?

—No sé por qué hace esto, pero ha contratado el servicio de limusinas de Red Carpet para que la lleve a la iglesia.

A él también le parecía extraño, pero intentó quitarle importancia.

—Quizá confía en que la empresa le ofrezca un buen servicio —se encogió de hombros.

—Sí, pero ¿por qué diablos tuvo que pedirme a mí de chófer?

Si no conociera a Josh de años, habría pasado por alto el dolor que se ocultaba detrás de la indignación.

—O busca venganza o tiene un sentido del humor retorcido.

—Sea lo que fuere, no quiero saber nada de ello. Te agradecería que te encargaras tú. No tenemos que comunicárselo a Edgars, porque entonces Pris podría enterarse y exigir mi presencia. Pero si apareces tú el día de la boda en mi lugar, ya no podrá hacer nada al respecto.

—¿Cuándo es?

—Dentro de una semana a partir del sábado.

Alec se preguntó dónde estaría con Molly en una semana. Quizá en ninguna parte. Tal vez hubieran terminado.

—Claro, cuenta con ello.

—Te lo agradezco de verdad, amigo. Y lamento no poder hacer tu trayecto de esta noche. Mi hermana llamó para decirme que mi sobrino va a recibir un premio en el colegio. Quiere que toda la familia esté presente.

—No pasa nada —seguía sin gustarle estar lejos de Molly, pero como no pusiera un poco de orden en su vida, se arriesgaba a perder el semestre—. Saluda a Suzanne y al resto de tu familia de mi parte.

—Lo haré —con un gesto de la mano, Josh abrió la puerta y se marchó.

Alec permaneció varios segundos con la vista clavada en la puerta cerrada. A menos que no conociera a Josh, su amigo aún quería a Pris. Pero cuando ella lo presionó el año anterior para que se casaran, él se

echó para atrás y ella quedó con el corazón roto. Quizá hacía eso para demostrar que ya lo había olvidado. Fueran cuales fueren sus motivos, no quería que le hiciera daño a su amigo.

Con un suspiro, fue a darse una ducha. Se quitó el uniforme y se metió en la bañera. Ver el jabón del hotel le produjo recuerdos de Molly. Se había abierto paso hasta su vida. La siguiente parada era su corazón.

Molly estaba atónita por lo mucho que echaba de menos a Alec. En cuanto se marchó de la cabaña, se sintió aislada de una parte importante de su ser. Encaró la situación como siempre había hecho cuando se sentía sola… se puso a escribir.

Por suerte para ella, tenía mucho que hacer. Aparte de retocar todas las escenas de sexo de la novela, debía encontrar un asesino diferente para la novela de misterio que se suponía le estaba escribiendo a Dana.

Después de discutir por cosas como esa durante varios libros, había aprendido que si descartaba su idea original y la contribución poco convincente de Dana, por lo general podía convencerla de aceptar una tercera alternativa. Que Dios la bendijera, pero tenía un ego que la mayoría de los artistas necesitaba para sobrevivir en Hollywood. Lo único que debía hacer era manipular ese ego.

Trabajar en la novela de misterio resultó más fácil que revisar las escenas de sexo. Tras un par de horas de amor encendido en las páginas de su novela, terminaba por anhelar un sexo aún más apasionado en las sábanas de su cama. Su termostato corporal estaba al máximo. Había conseguido justo lo que había solicitado, y en ese momento escribía escenas llenas de ardor. Y también escribía frustrada.

Cuando la presión se tornaba muy intensa, dejaba su libro y se concentraba en la trama de la novela de misterio hasta haberse calmado un poco. El viernes por la noche reconoció que podría tener un problema. Con el objetivo de escribir novelas sexys bajo su propio nombre en vez de novelas de misterio bajo el nombre de Dana, iba a terminar por estar permanentemente excitada.

Jamás había tomado en consideración que conseguir la experiencia para escribir tal como quería iba a activar un interruptor interior que en ese momento parecía siempre activado. O que el único hombre que podía apagar su fuego tendría muchas cosas acuciantes que hacer.

En cualquier caso, no podía dar marcha atrás, no podía borrar aquella tarde en el hotel, ni tampoco quería. En ese momento la vida

era más intensa, y eso le gustaba. Instintivamente, sabía que esa aventura la convertiría en una escritora mejor, aunque la enloqueciera y le partiera el corazón.

Cuando al fin llegó el sábado, esperó ansiosa, contando los minutos hasta que apareciera Alec. La falda corta y amplia tenía flores en honor de la primavera, y la blusa verde que llevaba era del color de las hojas nuevas. Hasta había añadido un sombrero de paja de ala ancha que decididamente anunciaba que iban a salir, no a quedarse en casa. Quizá no pareciera tan desesperadamente deseosa de su contacto como en realidad lo estaba.

A la una y media, el todoterreno negro se detuvo ante su casa. Con el corazón desbocado, recogió el bolso de paja y salió. Se encontraron en el centro del sendero de piedra.

Él la tomó por ambos brazos, los ojos ocultos detrás de unas gafas de sol, la expresión tensa.

—Dios, Molly, no te creerías cuánto te he echado de menos.

—Probablemente sí —tragó saliva. Se preguntó si no deberían entrar en la cabaña y dejar de fingir que eran seres civilizados. Él clavó la vista en su sombrero.

—Supongo que no bromeabas cuando decías que tenías cosas que hacer.

«Sí, bromeaba. Tómame ahora».

—No. Necesito ir a Mystic a buscar algunos regalos para mis padres —ésa era toda su excusa.

—De acuerdo, entonces —un músculo se le contrajo en la mandíbula—. Vamos —la condujo por el codo.

Le abrió la puerta y la ayudó a subir con la misma caballerosidad que empleaba con la limusina. Antes de cerrar le recordó que se pusiera el cinturón de seguridad.

Molly dejó el bolso en el suelo y el sombrero en el regazo. La tapicería gastada no tenía ni una mota de polvo. Se había tomado esas molestias por ella, por si era verdad que ese día tenía que llevarla a alguna parte. Se alegró de haber decidido ir de compras para que el esfuerzo de Alec no hubiera sido en balde.

Él se sentó detrás del volante y cerró a puerta de su lado.

—Quizá no debería hacerlo, pero lo necesito —se inclinó y la besó.

Perdida, Molly gimió y lo agarró de la cabeza para acercarlo.

Pero antes de que el beso pudiera convertirse en algo más, Alec se apartó, carraspeó y arrancó el coche. Al alejarse de la cabaña, la miró.

—Espero que aprecies que he tenido la disciplina de dejar de

besarte, aun cuando me gustaría arrancarte la ropa.

Todavía mareada por el beso, Molly luchó por respirar.

—Lo… he notado.

—Me he dejado la piel desde el jueves para poder disponer de tiempo libre hasta mañana. Lo único que me impulsó a continuar fue la posibilidad de estar contigo veinticuatro horas. Si a ti no te parece mal, eres mi recompensa por buena conducta.

—Me gustaría —la idea le parecía estupenda, a pesar de que sabía que ambos se estaban metiendo en aguas demasiado profundas al pasar tanto tiempo en compañía del otro. Pero quizá existía un modo en que pudieran hacer funcionar esa relación.

Él alargó el brazo y le tomó la mano.

—A mí también, Molly. Me gustaría… mucho.

Le encantó la sensación de su mano. No habían dedicado mucho tiempo a esos gestos, pero en ese momento parecía lo más natural del mundo que lo hicieran.

—Me encanta verte conducir este todoterreno tan masculino. He de reconocer que te sienta mucho mejor que una limusina.

—Gracias, supongo —sonrió—. Aquí estoy yo, tratando de mejorar y convertirme en un abogado que pueda comprar coches de lujo como afición, y tú me dices que parezco más idóneo al volante de un viejo todoterreno. Quizá no tenga hechura para la alta sociedad.

—Eso está demasiado sobrevalorado.

—Y tú lo sabes, ¿verdad, Molly? —la miró.

—Lo sé —ir en su coche, tomados de la mano, lo hacía merecedor al menos de eso—. Mi padre es director de cine. Owen Drake.

—Santo cielo —él le apretó la mano—. Ya no me extraña que supieras instalar una cámara de vídeo.

—Nunca me han enseñado, pero no puedes evitar asimilar cosas.

—No me cabe ninguna duda. Owen Drake. Vaya.

Entonces Molly decidió que, ya puestos, bien podía añadir el nombre de su madre.

—Quizá no conozcas a mi madre, pero es…

—Cybil O'Connor. *La Laguna Encantada* —la miró—. Ahora veo el parecido.

Molly suspiró.

—Supongo que *La Laguna Encantada* sigue estando en las listas de todo adolescente, ¿eh?

—Juro que nunca volveré a verla.

—Está bien. Estoy acostumbrada a tener una madre que hizo una de las escenas de desnudos favoritas de la historia de Hollywood —tuvo un pensamiento súbito—. Pero no le cuentes esto a Josh, ¿de

acuerdo? Intento mantenerlo en secreto. De hecho, no quiero que lo sepa nadie de la zona. Aquí trato de ser anónima.

—Lo entiendo —asintió—. Tu secreto está a salvo conmigo.

—Lo sabía.

Alec guardó silencio un rato, como si procesara lo que ella acababa de decirle.

—Es gracioso, pero uno de mis sueños era convertirme en abogado de la industria del espectáculo. Pensaba que sería estupendo mezclarme con las estrellas. Probablemente a ti te suene estúpido —añadió.

—En absoluto. Puede que te encante. Yo crecí en ese mundo, y ahora quiero intentar mantenerme lo más alejada de él que me sea posible.

—Supongo que lo entiendo. Eres una persona bastante reservada. Pero con tu capacidad literaria, sin duda tendrías los contactos para lograr vender un guion —guardó silencio unos momentos—. ¿Por eso vuelas constantemente a Los Ángeles? ¿Ya escribes guiones?

—No, no los escribo. Siempre he sabido que quería escribir novelas —quizá había cometido un error al hablarle de su padre. Tendría que haber imaginado que una revelación haría que quisiera saber más de ella. Esperó que le preguntara por qué volaba a Los Ángeles.

Pero Alec se llevó su mano a los labios y le besó los dedos con suavidad.

—Gracias por hablarme de tus padres, Molly.

No iba a interrogarla. Se le nublaron los ojos. La conocía lo suficiente como para saber que no se lo iba a contar, aunque se lo preguntara. Estaba respetando sus límites. Eso solo bastaría para hacer que se enamorara de él.

Capítulo 12

Alec fluctuó entre el regocijo y la desesperanza. Le encantaba que Molly hubiera confiado en él, pero no veía cómo podría llegar a salvar alguna vez el abismo entre un hombre criado en un barrio de clase media baja en Hartford y una mujer procedente de una de las familias reales de Hollywood.

Le había hecho un gran regalo hablándole de sus padres. Pero Owen Drake… Las grandes estrellas competían por el derecho a figurar en una de sus películas, porque era una apuesta segura para llevarse algún Oscar. Y no quería contárselo a Molly, pero tenía una edición de *La Laguna Encantada*. Era evidente que había heredado de Cybil O'Connor el pelo rojo y el cuerpo fabuloso.

—¿Así que nunca has querido actuar? —preguntó, considerando que era un terreno seguro moverse por los límites de lo que ella ya le había revelado.

—No, nunca. Mis padres se esforzaron en convertirme en una estrella, y de niña quise complacerlos, de modo que lo intenté. Y fallé. Soy demasiado introvertida. Vomitaba antes de cada prueba.

—Cuando grabamos esa cinta, diste la impresión de pasártelo bien —le acarició el dorso de la mano con el dedo pulgar.

—Me divertí —musitó—. Porque era solo para nosotros dos. No se me da tan mal el uno contra uno.

Alec rio entre dientes.

—Eres sobresaliente en el uno contra uno. Jamás he conocido a nadie mejor.

—Pero quiero que sepas que no soy… así por regla general. Me refiero con un hombre. Después de oír lo que tuvo que decir mi agente, hice un esfuerzo consciente de ser más… aventurera.

Alec experimentó oleadas de deseo. Se obligó a mantener la atención en el camino de dos direcciones que se curvaba a través de la campiña de Connecticut. Había decidido ir por una carretera comarcal para disfrutar de las vistas, pero lo único que le importaba era la mujer que tenía al lado.

—¿Me estás diciendo que he disfrutado de una faceta de Molly Drake nunca antes revelada?

—Exacto.

—Hace que me sienta especial —«y muy excitado». Seguiría a Molly a cualquier parte, pero si tuviera elección preferiría seguirla hasta el dormitorio y no por el interior de una tienda de regalos.

—Eres especial. Por eso supe que eras la persona apropiada con la

que emprender esta aventura. Yo… en cierto sentido, te usé como modelo para mi héroe.

—¿De verdad? —Alec sintió que el placer hacía que se ruborizara—. ¿Desde cuándo?

—Mmm… desde poco después de que empezaras a ser mi chófer.

—¿Llevas meses usándome como modelo para tu héroe?

—Espero que no te moleste, Alec —jugó con nerviosismo con el sombrero de paja que llevaba en el regazo—. Nadie lo sabrá jamás salvo tú, pero si la idea de que haya escrito esas escenas de sexo y de que básicamente te utilizara como mi prototipo te avergüenza, entonces…

—¿Bromeas? No estoy avergonzado. ¡Me siento enormemente halagado! —reflexionó en lo que Molly ya había escrito—. Para empezar, no soy tan atractivo.

Ella le sonrió.

—Sí que lo eres. Pero es muy tierno que no lo pienses. Y me encanta cómo te ruborizas. Te hace aún más tierno.

—Ahora sí que haces que me sonroje —que una mujer hermosa le hiciera cumplidos era algo a lo que podía acostumbrarse—. ¿Y se supone que tú eres la heroína del libro? —el tema lo fascinaba.

—Bueno… en realidad, no. Quiero decir, ella es más bonita, tiene más agallas y…

—No a las dos cosas. Solo es distinto el color de pelo. Tú tienes tanto valor como la que más, Molly. Y también eres hermosa.

—Alec, no tienes por qué decir eso.

La miró. El sol hacía que pareciera un cuadro de uno de los antiguos maestros de la pintura. Con pesar, volvió a centrarse en la conducción.

—Si dijera algo distinto, mentiría. Eres preciosa. No puedo creer que no te lo dijeran millones de hombres.

—Si alguien lo hiciera alguna vez, no podría confiar en que dijera la verdad. La gente me diría cualquier cosa si con ello creyera que la ayudaría a congraciarse con mi padre.

—Bueno, pues a mí me importa un bledo congraciarme con tu padre, así que puedes creerme. Eres asombrosa. Cuando hoy te vi salir de la cabaña, me sentí mareado.

—Es porque te sentías sexualmente necesitado —rio.

—Es posible, pero eso…

—Te habría parecido bonita sin importar nada.

—¿Por eso te gustaba yo? ¿Porque te sentías sexualmente necesitada?

—No, no es por eso —le sonrió—. También estaba sexualmente

necesitada, pero puedo ser objetiva. Eres un tipo macizo.

—Quizá no —le devolvió la sonrisa—. Quizá cuando hayas quedado absolutamente satisfecha después de numerosas sesiones en la cama, despiertes y descubras que soy más feo que Quasimodo.

—No lo creo. Yo… oh, ahí hay una librería de segunda mano. ¿Podríamos parar?

—Claro —tal vez encontrara algunas primeras ediciones raras para sus padres y pudieran acabar con el viaje a Mystic y regresar a la cabaña, de vuelta a la cama de Molly, a jugar a ser Adán y Eva sin las hojas.

La librería era una construcción baja con suficiente personalidad como para ser interesante y bastante pintura descascarillada como para indicarle que el negocio no era boyante. No había ningún coche aparcado en el exterior, pero el letrero indicaba que estaba abierto.

Después de pasar todo el jueves y el tiempo libre del viernes en la biblioteca de Derecho, no estaba particularmente interesado en hojear libros antiguos, pero podía entender que una escritora lo deseara. En ese punto, lo que Molly quisiera se lo daría. Esperaba que en poco tiempo lo deseara a él, desnudo.

Molly dejó el sombrero en el coche, pero recogió el bolso, explicando que jamás salía de una librería sin comprar algo.

—No soy capaz de resistirme a estos lugares —comentó al acercarse a la entrada.

«Ni yo a ti». Alec apoyó una mano en su espalda y la guio al interior.

—¿Por las ofertas?

—Por los tesoros ocultos que encuentras en sitios como éste —respondió ella por encima del hombro—. Y el olor a libros —respiró hondo—. Ahhh. Esto es el cielo.

A él le parecía mohoso, pero si a ella le gustaba, quizá sacaría unos libros de las estanterías y se los frotaría por detrás de las orejas.

Un hombre mayor con gafas gruesas, camisa rayada y pantalones que se sujetaban con unos tirantes rojos salió por una puerta que había a la izquierda y se situó detrás del mostrador viejo.

—Bueno, bueno. Pensaba que quizá iba a tener que cerrar temprano si no aparecía alguien, pero aquí están ustedes.

—Aquí estamos —corroboró Molly con voz llena de alegría.

El hombre se ajustó las gafas.

—Voy a adivinar que no son de esta zona.

—Ahora vivo aquí —explicó Molly—, pero soy de California.

—Por el modo en que habla, iba a mencionar algún lugar costero —el hombre asintió—. Los dejaré solos para que echen un vistazo —

indicó—. Me llamo George, de modo que si necesitan algo, llámenme. Estaré en el cuarto de atrás viendo *Matlock*.

Molly parpadeó sorprendida.

—Pero tiene estos…. —calló, como si tal vez no debiera hacer comentario alguno sobre la elección que hacía de sus pasatiempos.

—¿Libros? —concluyó con una risita—. Oh, los leo por la noche, después de cerrar. No puedo leer mientras la tienda está abierta, porque me concentro tanto en la historia que no oiría entrar a los clientes.

—Oh —Molly asintió—. Eso tiene sentido.

La conversación dejaba desconcertado a Alec. Nunca había estado tan enfrascado en un libro, aunque tampoco había tenido tiempo para leer por placer. Se preguntó si quizá se había perdido algo.

George fue a darse la vuelta para irse, pero se detuvo.

—A propósito, siendo usted de California, quizá le guste Dana Kyle. Acabo de recibir dos ejemplares de su último libro. Están en la pared del extremo, en el expositor. Cada vez escribe mejor.

—Mmm, gracias. Lo he leído.

Alec quedó sorprendido por el cambio que vio en Molly. Fue sutil, y cualquiera que no estuviera tan sintonizado como él con su manera de ser lo habría pasado por alto. Pero ya no estaba relajada.

—¿No cree que es su mejor libro hasta la fecha?

—Es posible —la mandíbula se le tensó levemente.

El hombre mayor sonrió.

—No suena como una fan entregada. Yo lo soy. Compro sus libros siempre en ediciones de tapa dura, y créame, no hago eso a menudo. Bueno, ya he hablado demasiado. Eche un vistazo y vea si encuentra algo sin lo cual no pueda vivir.

—Gracias —dijo Molly.

Y entonces, para sorpresa de Alec, se dirigió al expositor del extremo opuesto y recogió el libro de Dana Kyle que ya había leído. Fue a situarse a su lado. Tenía que haber una conexión personal que la impulsara a comportarse de esa manera.

—¿No te cae bien? —aventuró.

—No, de hecho, sí me gusta. Es una buena persona.

—Entonces son sus libros los que no te gustan.

Molly lo miró, el libro abierto en la mano.

—¿Qué te hace pensar eso?

—La falta de entusiasmo. Cuando algo te gusta, lo demuestras —sus ojos verdes contenían secretos.

—Me gustan sus libros. Pero no diría que me encantan.

—Yo tampoco lo diría. De hecho, no imagino por qué los lees,

teniendo en cuenta tu reacción casi indiferente.

—Digamos que tengo una cierta obligación.

—De modo que es una amiga personal —sintió que la distancia entre los dos se agrandaba. Primero descubría que era hija de un director famoso, y en ese momento se enteraba de que era amiga íntima de una actriz famosa que también era una escritora de éxito.

—Sí, lo es.

—Entonces, ¿no podría ayudarte a introducirte en el mundo literario? —nada más decirlo, la expresión de ella le indicó que se había extralimitado—. Lo siento. No es asunto mío. Desconozco cómo funcionan las cosas en Hollywood. No debería…

—Alec —apoyó la mano en su brazo y habló con suavidad—. Fue una pregunta lógica. Lo que pasa es que no puedo contestarla, ¿de acuerdo?

La miró a los ojos y pensó que era un necio por haber considerado alguna vez que podrían ser algo más que compañeros de cama. Hasta eso terminaría por agotarse en su momento y luego no volverían a verse. Solo le permitía acercarse hasta un punto, nada más.

Ella devolvió el libro a su sitio y lo tomó de la mano.

—No dejes que esto se interponga entre nosotros —tiró de él, lejos del sonido del televisor de George—. No permitas que estropee nuestro tiempo juntos.

Él tampoco lo deseaba. Quería ser el tipo de hombre que vivía para el momento, sin pensar en el mañana. De ese modo era como habían iniciado su relación y así debían continuarla.

Por desgracia, estaba enamorándose de ella, lo cual inducía a pensamientos de futuro… Y no sabía si sería capaz de bloquear esos pensamientos para concentrarse en el sexo excelente que disfrutaban en ese momento. Pero lo intentaría.

Le sonrió y dejó que lo llevara hasta quedar rodeados de estanterías con libros.

Parecía insegura.

—Ojalá pudiera contarte más, pero…

—Olvídalo —cambió la dinámica de la situación, y la pegó a él. Se hallaban en el corazón de la tienda, donde George no podría verlos ni oírlos—. Bésame, Molly.

De inmediato la preocupación se desvaneció del rostro de ella.

—¿Quieres hacerlo en la librería?

Le atenazó las manos a la espalda.

—Quiero hacerlo en cualquier parte donde no puedan sorprendernos. Y has dicho que te encantaba el olor que tenían estos libros antiguos. Quizá te encienda estar aquí atrás, rodeados de ellos.

—Tú me enciendes —se contoneó contra él, frotándose contra su erección. Luego, le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas—. Ven aquí.

Alec se inclinó y dejó que la boca de ella conectara con la suya. Como continuaran por ese camino, también él quedaría fascinado con el olor de los libros antiguos.

Con respiración entrecortada, le coronó el trasero con las manos y la pegó todo lo que pudo a él. Cuando empezaba a pensar que lo mejor era que se marcharan del local para adentrarse en un camino comarcal solitario, ella le bajó la cremallera.

Se separó para respirar.

—¿Molly?

—Te voy a convertir en un amante de los libros —murmuró al tiempo que le liberaba el pene del confinamiento de los calzoncillos.

—Escucha —jadeó—, el viejo George podría…

—Miré la hora cuando se fue al cuarto de atrás —explicó mientras continuaba acariciándolo—. A la serie aún le quedan quince minutos —se puso lentamente de rodillas—. Y esto no tardará tanto.

Se dijo que debería detenerla. Pero no iba a hacerlo. Pensaba quedarse allí de pie, temblando y acariciándole el pelo al tiempo que inhalaba la fragancia de los libros viejos… dominaba tan bien la lengua y la succión era…estupenda. Increíble, salvajemente… estupenda.

Entonces ya no supo dónde estaba y se perdió en el espacio mientras cerraba con fuerza las manos y luchaba por no gritar. Cielos… era increíble, indescriptible. Cuando ella volvió a guardarle el pene aún palpitante en los calzoncillos, se sintió tambaleante como una mesa de tres patas.

Incorporándose pegada a su cuerpo, Molly le tomó la cabeza entre las manos y le dio un beso prolongado y de sabor erótico. Él se agarró a ella como si le fuera la vida, temeroso de que si no lo hacía, podría desplomarse al suelo.

El beso profundo se transformó en un mordisqueo juguetón.

—¿Te gusta?

Él solo pudo emitir una risita débil. Ninguna mujer había intentado jamás algo así, y se preguntó cómo iba a poder vivir sin una mujer dispuesta a realizar unos juegos tan excitantes.

—¿Quieres comprar algunos libros? —susurró Molly.

—Quiero… comprar… toda la condenada tienda.

—No creo que George la tenga en venta —le besó el mentón y el cuello—. Le encanta esto.

—Y a mí.

Se puso de puntillas y le dio un beso en la nariz.

—Deberíamos comprar algunos libros, en serio. ¿Estarás bien si te suelto?

Alec abrió los ojos y respiró hondo.

—Eso creo. He de decir que este lugar huele de maravilla.

—Te lo dije —le dio un último beso en los labios y se apartó—. Empiezan las compras.

—Sí —se volvió hacia la estantería más próxima y comenzó a bajar libros polvorientos.

Ella lo miró y sonrió.

—Podrías elegir algo que en realidad vayas a leer. A menos que te interese especialmente ese tomo de la *Enciclopedia Británica*.

«Me interesas tú». Bajó la vista y se dio cuenta de que había bajado tres tomos de la enciclopedia. Volvió a ponerlos en su sitio.

—¿Qué tienes tú? —preguntó, acercándose con piernas flojas después del orgasmo que le había provocado.

—Un viejo ejemplar de *The Joy of Sex*.

—¡No compres eso!

—¿Por qué no? —le sonrió—. Tiene unas fotos estupendas. Mira.

—Ya veo, de acuerdo, y si vas al mostrador con ese libro, George sabrá que hay algo.

—Lo hubo —los ojos verdes le brillaron.

—Y si no nos largamos de aquí, lo habrá otra vez. Elijamos algunos libros y vayámonos.

—De acuerdo, toma —le puso *The Joy of Sex* en las manos—. Tú compra ese que yo llevaré estos —sacó tres libros más de la misma estantería.

Alec al final leyó la etiqueta en el anaquel de arriba: *Sexualidad Humana*.

—Molly, no puedo ir al mostrador…

—¿Por qué no? A ver. Dime, ¿hay una sola cosa mala con el sexo?

—No.

—Entonces, ¿por qué temer que alguien sepa que te gusta? Además, George incorporó estos libros a su tienda y creó una sección para ellos. ¿Crees que lo habría hecho si no esperara que alguien los comprara alguna vez?

Era cierto. Hojeó el libro. Tenía algunas fotos excelentes. Esa postura…

—Podemos mirarlo luego —le cerró el libro antes de que pudiera leer la descripción—. Vamos a casa.

Eso captó la atención de Alec.

—¿A casa? ¿Y qué me dices de Mystic?

—He perdido las ganas de comprar.

—Gracias a Dios —la tomó por el codo y la condujo a la parte frontal de la tienda—. ¿George? —llamó—. Queremos pagar e irnos.

—¿Han encontrado todo lo que querían? —preguntó el hombre mayor al salir de su refugio.

—Claro —Molly depositó el libro sobre el mostrador—. Yo me llevaré este.

—Es un clásico —lo acercó a la caja para poder abrir la tapa y ver el precio en el interior—. Ninguna pareja debería estar sin este libro.

Alec le quitó los libros a Molly y los depositó en el mostrador antes de que ella se diera cuenta de lo que hacía.

—Pero… —protestó.

—Te los regalo —le sonrió.

Ella pareció sofocada, pero no intentó disuadirlo.

—Más elecciones buenas —afirmó George. Añadió los libros de Molly y le dio el total a Alec.

Mientras éste pagaba, se sintió muy bien en varios sentidos. Era evidente que el episodio sexual en la parte de atrás del local lo había puesto de buen humor, pero tener las agallas de comprar esos libros también hacía que se sintiera triunfador. Y por último, pagarlos lo estimulaba.

—Aquí tienes, cariño —añadió la tierna palabra por un capricho, y descubrió que le gustaba. Al entregarle a Molly los libros, deseó que hubiera elegido algunos más. No eran tan caros, y habría parecido que le regalaba un montón de cosas.

—Gracias, Alec —la sonrisa que le ofreció fue trémula en las comisuras, como si el gesto la hubiera conmovido.

Era hora de volver a la cabaña para conmoverla de otras maneras. Le rodeó la cintura con el brazo.

—Vayámonos a casa.

Capítulo 13

De regreso a Old Saybrook, Molly reconoció para sus adentros que en esta ocasión estaba metida hasta el cuello. Delante del librero, Alec la había tratado como a su novia, y eso era lo que quería ser. Quería compartirlo todo con él, incluyendo su vida secreta como la escritora fantasma de Dana Kyle.

Pero no podía contárselo sin recibir el visto bueno de Dana. Cuando la viera la semana siguiente, le hablaría de Alec. No podrían tener una verdadera relación hasta que él lo supiera.

Mientras tanto, necesitaba lo que le estaba proporcionando ese día, mucha diversión y sexo. Trabajaba demasiado y eso era agotador. Además, el martes siguiente se marcharía durante varios días, así que ahí podría recuperar el tiempo atrasado.

No dejaba de esperar que surgiera el momento apropiado para mencionarlo, pero instintivamente sabía que eso podía causar problemas. Querría saber por qué se iba. Por suerte, su comportamiento creativo en la parte de atrás de la librería también parecía haberle desviado la mente del tema de sus padres.

—Bueno, ¿vamos a disfrutar del cine el sábado por la noche? —preguntó Alec a medida que se acercaban al desvío de Old Saybrook.

Molly pensó en todas las cosas que habían hecho delante de la cámara y se ruborizó. No estaba segura de poder ver el vídeo con Alec sin sentirse profundamente abochornada.

Él la miró y enarcó las cejas.

—¿Qué es esto? ¿Titubeos de una mujer que realizó sexo oral en la parte de atrás de una librería, de una mujer que me desafió a comprar libros de sexo en público sin inhibirme?

—¿Y si estamos ridículos en la cinta?

—¿Y si estamos calientes? ¿Y si nos inspira a hacer más?

Molly rio.

—No creo que necesitemos mucha inspiración: Además, tenemos estos libros.

—Vamos, Molly. No huyas ahora. Estoy loco por ver ese vídeo. Pidamos una pizza, recojámosla de camino a casa y cenemos delante del televisor mientras vemos la cinta.

—Si estamos ridículos, ¿podemos apagar?

Alec sonrió.

—Supongo que miraremos unos tres minutos antes de que empecemos a prescindir de lo grabado y pasemos al vivo. Yo no me preocuparía de eso.

—Oh —había intentado controlar sus impulsos todo el día, y la imagen de ambos practicando el sexo en el suelo mientras la película seguía en el televisor bastó para que sus necesidades afloraran a la superficie—. Quizá tengas razón.

—La tengo —sacó el teléfono móvil de su soporte en el salpicadero —. ¿Cuál es el número de tu pizzería favorita? —Molly se lo dio y marcó—. ¿Qué ingredientes quieres?

—Los clásicos.

—¿Lo ves?, sabía que estábamos hechos el uno para el otro.

Molly deseó que no dijera cosas así, comentarios que haría un novio. Quizá estaban hechos el uno para el otro… pero, si solo disfrutaban de momentos aislados siempre que podían capturarlos, ¿cómo iban a llegar a averiguarlo?

—Olvida lo que dije —indicó él después de cortar y guardar el teléfono en su sitio.

—¿Qué? —fingió no entender.

—Que estábamos hechos el uno para el otro. Bromeaba. Sé que esto es algo temporal, una relación para divertirnos.

Ojalá pudiera contradecirlo.

—Aún no estamos preparados para algo más.

—Tienes razón. No podría esperar que soportaras solo unas horas sueltas aquí y allá, por no mencionar mi presupuesto siempre decreciente.

Eso la molestó.

—Alec, el dinero no representa ningún problema. El tiempo sí, pero no el dinero.

—Es porque a ti te sobra.

Ahí estaba, el problema de «chica rica, chico pobre» con el que había tenido que luchar toda la vida. Salvo que en ese momento era suyo, y no por vivir de la fortuna de sus padres.

—Yo no diría que me sobra.

—Bueno, pues estás mejor que yo. Tienes una casa…

—Heredada de mi abuela.

—Y de algún modo logras llenar la nevera y contratar los servicios de una limusina sin tener un trabajo.

—Yo… —se contuvo de decir que no era ella quien pagaba el servicio de coches y que sí tenía un trabajo.

—Está bien. No te culpo por aceptar dinero de tus padres para poder trabajar en tu novela. Yo haría lo mismo si me encontrara en tu lugar.

Y si alguien me regalara una cabaña tan bonita como la tuya, desde luego viviría en ella. Solo digo que estás por delante de mí en la

curva de la riqueza.

—Y eso te molesta.

—No a corto plazo —respondió—. Pero a la larga podría.

—¡Pero no debería!

—Molly —la miró—, fui criado en un hogar obrero, y algunos de sus valores se me han quedado marcados. Soy sincero contigo. No sé si podría salir con una mujer rica a menos que yo también ganara dinero.

—Tienes el potencial de llegar a hacerlo.

—Sí, pero aún no lo hago —se detuvo delante de la pizzería—. Y dicho eso, a la pizza invito yo —bajó del vehículo—. Ahora vuelvo.

Irónicamente, su fiera independencia era una de las cosas que le habían gustado de él. Demasiados chicos la habían considerado como un contacto para ayudarlos a hacerse ricos.

Pero no había considerado que sus diferencias financieras se convertirían en una barrera sólida entre ellos. Él tardaría varios años en equiparar las ganancias que pudiera tener con sus ingresos como escritora fantasma, y acababa de decir que no quería nada permanente con una mujer que lo superara financieramente. Cuando llegaran a ser iguales en el plano económico, si es que alguna vez pasaba, podrían encontrarse a kilómetros de distancia, geográfica y mentalmente.

Lo vio salir de la pizzería con una caja plana y el corazón se le encogió al ver lo magnífico que era. Quería que esa conexión, sin importar la etiqueta que pudiera tener, continuara para siempre. Y en ese momento temía que no fuera así.

Cuando Alec abrió la puerta y le pasó la pizza caliente, el habitáculo se impregnó con el olor a cebolla, salsa de tomate y queso fundido. Un tipo macizo y una pizza recién hecha. Si a eso se le sumaba una vida juntos, no hacía falta nada más. Tenía todo lo que necesitaba.

—¡Me muero de hambre! —exclamó.

Alec arrancó y enfiló hacia la cabaña.

—Yo también.

—Antes de que te marches mañana —Molly carraspeó—, espero que tengas tiempo de leer mis escenas de amor revisadas. Creo que son mucho mejores. Apuesto que Benjamín también lo pensará. Y he de agradecértelo a ti.

—Sacaré el tiempo. Vas a alcanzar un gran éxito, Molly. Mayor que el de tu amiga Dana Kyle.

—Me contentaré con la mitad.

Volvía a mencionar a Dana. Probablemente con ello quería recordarle que aún había secretos entre ellos. Debía de sentirse

frustrado con su silencio. Pero no podía revelárselo hasta que viajara a California y lo aclarara con Dana.

Cuando se sentaron en el suelo con la pizza sobre la mesita de centro y el televisor listo para reproducir la cinta, Alec le dio un mordisco a una porción mientras esperaba que la nieve desapareciera de la pantalla. En unos minutos disfrutaría de la oportunidad de practicar un sexo sobresaliente; tan seguro estaba de eso, que había dejado unos preservativos junto a la pizza, lo que provocó la risa de Molly. No tenía sentido permitir que pensamientos densos sobre el amor y la eternidad estropearan esa estupenda velada.

—Muy bien —comentó ella cuando apareció la primera imagen—. Ésa soy yo, esperando que entres en el dormitorio —sacó una porción de pizza de la caja.

—Eres el sueño de cualquier hombre —Alec olvidó masticar al observarla tendida en la cama. Sin dilación, su pene comenzó a mostrar la felicidad que sentía.

—No debería haber cruzado las piernas. Parezco nerviosa —dio otro bocado.

—¿Lo estabas?

—Oh, sí. Mi corazón palpitaba desbocado. No oyes el tono agudo de mi voz al llamarte.

—No puedo prestar atención a tus pechos y a tu voz al mismo tiempo, y me interesan más tus pechos. Son muy fotogénicos.

—Gracias. Mmm, ahí llega el hombre del momento. Ahora sí que dialogamos.

—¿Qué diálogo? Yo te estoy mirando fijamente como un dibujo animado con los ojos desencajados. Doy la impresión de tener el coeficiente intelectual de un conejo —Molly rio, algo que él agradeció, ya que parecía tensa—. Cielos, me puse a interrogarte sobre tu experiencia cinematográfica. ¡Qué idiota!

Ella rio con más ganas.

—Mientras lo hacías, te ibas desnudando. Ahí estoy tratando de frenarte.

Alec observó la pantalla mientras la entrepierna comenzaba a palpitarle. Despacio, depositó la porción de pizza en la caja sin dejar de prestar atención a lo que Molly le hacía a su cinturón.

—No puedo creer que de verdad hiciera eso —murmuró ella.

—Mmm —fue lo mejor que pudo decir mientras se concentraba en

la pantalla y en el uso que Molly le había dado a su cinturón.

No se lo había dicho, pero había guardado ese cinturón en el cajón de los calcetines, con la intención de no volver a usarlo jamás. Lo reverenciaba más que su pelota de béisbol autografiada por Mike Piazza.

El cinturón iba adelante y atrás mientras Molly gemía. Él también lo hizo, en la pantalla y en el salón. Luego, ella alcanzó el orgasmo. Santo cielo.

—Alec… —apoyó una mano en su muslo.

No necesitó nada más. Apartó la mesita de centro, la tumbó sobre la alfombra y empezó a quitar ropa, de ella y suya. Los gritos salvajes del vídeo lo instaron a continuar. Tenía que poseerla en ese momento, en ese instante, o empezaría a farfullar como un demente.

—¡Deprisa! —ella jadeaba, evidentemente tan excitada como él.

—¡Lo intento!

Le arrancó las braguitas en el proceso de quitárselas. No le importó. Luego, de algún modo, logró abrirse la bragueta y colocarse el preservativo, mientras la Molly y el Alec de la pantalla seguían debatiéndose y jadeando. Como si eso no bastara para volverlo loco, la verdadera Molly se puso a emplear un lenguaje tan explícito como nunca antes la había oído y que lo encendió todavía más.

Cuando se situó encima de ella y la penetró hasta lo más hondo, se sentía como un maníaco sexual.

—¿Es esto lo que quieres? —gritó, embistiéndola con fuerza.

—¡Sí! ¡Así! ¡Oh, Alec, voy a correrme! Voy a correrme.

También él, con una celeridad que le hizo zumbar los oídos. Eso era vivir.

Molly sentía como si celebraran una orgía. La cinta siguió reproduciéndose mientras ellos se recuperaban de la primera sesión frenética. Se dieron una ducha caliente juntos. Cuando estuvieron listos para seguir mirando el vídeo, Molly enfundada en su bata de satén y Alec con una toalla a la cintura, sus contrapartidas grabadas ya estaban retorciéndose otra vez.

Al rato, hacían el amor en el sofá, acompañados por gemidos y jadeos paralelos procedentes del televisor.

—Sexo en estéreo —murmuró Alec mientras entraba y salía lentamente de ella.

—¿Estás mirando?

—No —alzó la cabeza y la miró a los ojos—. Prefiero contemplar lo verdadero. Pero escuchar es divertido.

Molly sintió que el orgasmo flotaba cerca.

—¿No crees que… deberíamos… apagarlo?

—¿Estás loca? —modificó el ángulo y encontró su punto G—. Dime que no te excita oírnos en lo mismo que hacemos ahora.

—Sí —aferró sus caderas y se alzó para darle más acceso—. No sé en qué clase de mujer me convierte eso, pero me excita.

—En mi clase de mujer —la miró a los ojos y bombeó a más velocidad—. Debería retirar eso —jadeó—. Pero no lo haré.

Tenía que dar tanto como recibía. Era justo.

—Entonces… deja que te diga… que tú eres… mi clase de hombre —sin dejar de jadear, continuó mirándolo.

—Molly, yo…

—No digas nada que no puedas retirar —lo detuvo antes de que confesara demasiado. Aún era demasiado pronto para declaraciones de amor.

El anhelo resplandeció en los ojos de Alec antes de desvanecerse. Con los labios apretados, incrementó la velocidad. Molly cerró los ojos y se entregó a la sensación pura mientras él los llevaba a ambos hasta el precipicio y sus gritos de liberación se mezclaban con los grabados.

Abrazándolo, Molly tembló en la estela de su clímax… y luchó contra el arrepentimiento.

Alec intentó que no le encantara dormir toda la noche junto a Molly. Intentó contener la oleada de júbilo que sintió al despertar en la cama de ella y la satisfacción que lo embargó mientras compartían el desayuno y el periódico del domingo.

El reloj pasó, pero hizo todo lo que estuvo a su alcance para soslayarlo. Ese día su enemigo era el tiempo. Después de todo, a nadie se le podía achacar querer demorarse en el paraíso.

Leyó las escenas de amor revisadas. Eran muy buenas, y al reflexionar sobre ello, se dio cuenta de que había cumplido con su cometido. En teoría, después de ese día era posible que ella ya no lo necesitara.

Pero se negaba a creer que lo dejaría tan pronto. Quizá ambos patinaban sobre hielo fino, tratando de disfrutar de lo que tenían sin dejar que pasara a más, pero debía creer que ella anhelaba continuar tanto como él. Después del tiempo pasado con Molly, sabía que no fingía la felicidad.

Pero al final no tuvo más elección que ponerse la ropa para marcharse.

—Tengo clase todo el día de mañana —indicó—. Ojalá pudiera

saltarme alguna, pero es mejor que no lo haga.

—No querría que lo hicieras.

Estaba tan adorable con la camiseta y los pantalones vaqueros cortos que se había puesto, que le costó imaginar que no la vería al día siguiente.

—Por desgracia, mañana por la noche tengo trabajo también. Aunque podría venir después, ya que tengo el martes libre. Tal vez podríamos celebrar un picnic en la playa. Tal vez…

—Alec, hay algo que tengo que decirte acerca del martes. Lo he postergado porque… no me gusta más de lo que va a gustarte a ti.

—¿Qué? —sintió un nudo en el estómago.

—He de ir a Los Ángeles.

—No lo vi en el organigrama de Red Carpet —tuvo el pensamiento irracional de que, al no haber estado allí, no sería real.

—Lo sé. Olvidé llamar. Fue una estupidez esperar hasta el último minuto, porque corría el riesgo de que no estuvieras disponible, y no quiero que nadie más me lleve al aeropuerto.

—Te llevaré —se sentía paralizado en el sitio donde se encontraba —. ¿Cuánto tiempo estarás ausente?

—Yo… —él cerró las manos delante de ella y los ojos se le llenaron de ansiedad—. No lo sé. Tendré que llamar para que… me recojan. Pero me aseguraré de que sea un día que no tengas clase.

La angustia de ella al final quebró el hechizo que habían proyectado sus palabras, y Alec se adelantó para tomarla en brazos.

—Molly, dime para qué vas a Los Ángeles —le acunó la cabeza contra el pecho y le acarició el pelo sedoso—. Veo que no deseas ir. Quizá haya algo que pueda hacer al respecto.

Ella lo abrazó con fuerza y no levantó la cabeza.

—No hay nada que puedas hacer. Y no puedo contarte por qué voy. Ojalá pudiera, pero no es así.

—Odio esto.

—Lo sé. Yo también.

—De acuerdo —con un suspiro, se obligó a soltarla—. Todavía puedo venir el lunes por la noche e ir a buscar la limusina el martes a primera hora.

—Tengo cosas que hacer, Alec —movió la cabeza—. Necesitaré este tiempo para acabar todo.

—Entonces te veré el martes. ¿A qué hora?

—A las ocho.

Asintió.

—Será mejor que llames, para que Edgars no sospeche nada. No es bueno que le diga que hiciste la reserva a través de mí.

—Llamaré en cuanto te vayas.

Le enmarcó la cara con las manos y le dio un beso prolongado e intenso. Al final, la soltó.

—Nos vemos el martes —dijo ella a su espalda.

—Sí —atravesó la puerta. Con que facilidad el paraíso podía convertirse en un infierno.

Capítulo 14

Molly permaneció con un nudo en la garganta mientras oía alejarse a Alec. Él pensaba que lo aislaba de una parte de su vida, y eso debía de resultarle horrible. Pero no veía otra manera de llevar la situación. No podía decir nada hasta que hablara con Dana en persona. Una llamada no bastaba.

Mientras tanto, tenía mucho que escribir si esperaba mostrarle a Dana varios capítulos de la nueva novela de misterio, en la que el jardinero supuestamente inofensivo era el verdadero asesino.

Pero el primer lugar de la agenda lo ocupaba llamar a Red Carpet para solicitar un chófer para el martes. Parecía que habían pasado semanas, y no días, desde la última vez que solicitó a Alec para que la llevara a la cita con su agente. En ese tiempo todo había cambiado.

Nunca antes había llamado a Red Carpet un domingo y se preguntó si tendrían un contestador automático. Para su sorpresa, respondió un hombre, y un segundo más tarde se dio cuenta de que la voz sonaba familiar.

—¿Josh? —dijo—. Soy Molly. No esperaba que respondieras tú.

—Algo se ha estropeado con nuestro servicio de buzón de voz, de modo que estamos haciendo rotaciones al teléfono. ¿En qué puedo servirte?

Le costó establecer su petición, ya que era probable que Josh supiera lo de Alec y ella y no lo aprobara.

—Me gustaría… mmm… necesito ir al aeropuerto el martes. El martes a las ocho de la mañana, por favor.

—Claro —respondió con amabilidad—. Supongo que solicitas los servicios de Alec, como de costumbre.

—Sí.

—¿Él lo sabe ya?

Molly titubeó, sin saber qué decir.

—Está bien, Molly —Josh sonó mucho más amable que la última vez—. No voy a delatar a uno de mis mejores amigos. Sé que probablemente crees que debería ocuparme de mis asuntos.

—No lo sé —repuso con sinceridad, menos segura de lo que le habría gustado—. Él me dice que lo tiene todo bajo control.

—Esperemos que así sea. Megan, una compañera suya de clase con quien me encontré hace unos días, no parece estar tan segura. Me pidió que le transmitiera que se pusiera las pilas, porque la semana próxima va a ser crítica. Tiene que entregar un trabajo, aparte de que lo examinarán para los finales. Estamos hablando de una clase, pero es

importante, la tiene que aprobar.

—Yo no seré una distracción la semana próxima porque estaré en California —decidió confiar en Josh—. De hecho, estaba pensando en que podría quedarme allí hasta el final del semestre.

Hubo una breve pausa.

—Sería una gran idea, Molly.

Josh sonaba tan paternal que Molly sintió la necesidad de defender a Alec.

—Por otro lado, estoy segura de que posee la disciplina para completar los trabajos de clase, aunque yo esté aquí.

Reinó una pausa aún más larga.

—Lo conoces desde hace seis meses, pero yo desde hace dieciocho años. No me malinterpretes, lo quiero como a un hermano. Pero si no decide qué hacer con su vida pronto… bueno, odiaría ver que alguien con ese potencial sigue dando tumbos como hasta ahora. Y yo solo soy un amigo. Sus padres están a punto de arrancarse los pelos.

Molly se sintió mal. Todo el mundo estaba preocupado por el futuro de Alec y ella solo le creaba una distracción que era evidente que no necesitaba.

—¿Acaso no se ha decidido por ser abogado?

—Es lo que él dice, pero ya he visto este patrón de conducta con anterioridad. Llega hasta el punto en el que al fin da la impresión de que va a acabar una carrera, y luego encuentra algún motivo para no brindarle toda su atención.

Cerró los ojos consternada.

—Ahora me está ayudando con mi libro.

—Exacto. Entiendo que vuestra relación tiene más elementos, pero su comportamiento los últimos días ha sido clásico, y odio quedarme quieto y ver cómo tira por la borda otra carrera prometedora.

Ella luchó contra la conclusión inevitable.

—Aún no lo ha hecho. Puede que te precipites en tus preocupaciones.

—Es posible, pero en el pasado, en cuanto perdía el entusiasmo, ya no regresaba al programa original. Da carpetazo y busca otra opción.

Ahí estaba. Ya no le quedaba mucha opción. Respiró hondo, preparándose para lo que se avecinaba.

—Puedo prometerte una cosa, Josh. Si da carpetazo a su carrera de Derecho, no tendrá nada que ver conmigo.

—Me alegra oír eso. Escucha, llaman por la otra línea. Ha sido un placer hablar contigo.

—Lo mismo digo —mintió antes de colgar. Nada en la conversación había sido agradable.

Tontamente había imaginado que podrían disfrutar juntos del verano, pero había sido un triste error. Si Alec dedicaba el verano a analizar sus escenas de sexo y a animarla a escribir, por no mencionar el sexo de verdad, ¿qué posibilidades había de que retomara sus estudios de Derecho?

Molly conocía la respuesta. Para convertirse en abogado, tendría que dedicar meses duros y de aburrimiento a estudiar. No sabía si lo haría, pero ella mantendría la promesa hecha a Josh. Si Alec abandonaba la facultad de Derecho, no sería por ella. No le haría eso al hombre al que amaba.

A Alec no le gustaba la idea de que Molly se fuera a Los Ángeles. De hecho, la odiaba. En ese momento la separación se le hacía casi insoportable.

Pero resistiría durante la ausencia y trabajaría como un condenado en sus estudios, para que al regresar pudieran disponer de más tiempo juntos. Le habría gustado que le hubiera dicho cuándo volvería. Durante el verano establecerían todas las pautas adecuadas para su relación. Después de todo, solo llevaban saliendo juntos unos días. No podía esperar que le contara todo en ese tiempo. Durante el verano construirían un mundo privado. No le cabía ninguna duda.

De modo que aunque no anhelaba verla partir ni quería llevarla esa mañana al aeropuerto, lo consideraba un paso necesario, un modo de marcar algunos días antes de que llegara su largo y caluroso verano.

Al subir al porche, Molly le abrió la puerta. Contuvo el aliento, aturdido como siempre ante lo hermosa que era. Ella llevaba unos pantalones negros que parecían cómodos y una blusa del mismo color, que mostraba su diminuta cintura y vientre liso.

—Pasa un minuto —se apartó de la puerta.

Él rio, más que encantado de complacerla.

—¿Es una buena idea? Puedes perder el avión.

Molly no le devolvió la sonrisa. Lo abrazó y le dio un beso prolongado y sentido.

Alec gimió y la pegó más a él, olvidando todo menos la necesidad de tenerla en brazos, de besarla, de hacerle el amor, sin importar cuáles pudieran ser las consecuencias.

—Tenemos… —al final ella se apartó de sus brazos —que irnos.

—¿Estás segura? Ese beso me pareció más recibimiento que despedida.

—Lo siento.

La miró detenidamente y se dio cuenta de que los ojos le brillaban. Estaba al borde de las lágrimas. Sintió el corazón en un puño. Decidió facilitarle las cosas.

—Eh, no te preocupes por mí. Me pondré a estudiar en cuanto despegues. Cuando regreses, lo tendré todo solucionado —no soportaba la idea de seguir mirándola a los ojos, de modo que buscó la maleta. La vio junto a la puerta—. Pongámonos en marcha —recogió la maleta de marca y la sacó, como había hecho innumerables veces en los últimos seis meses.

Salvo que en esa ocasión era diferente, ya que trasladaría a la mujer que amaba, una mujer que podía cambiar el color de su mundo con una sonrisa.

Pero ese día no le sonreía. Continuó conteniendo las lágrimas cuando la ayudó a subir al coche y guardó la maleta atrás. Al ponerse detrás del volante, la miró. Tenía las manos cerradas sobre el regazo y la mandíbula tensa.

—No pasa nada, Molly —le acarició la rodilla—. Será una separación breve.

Ella asintió, sin mirarlo ni hablar.

Arrancó y la llevó al aeropuerto sin que intercambiaran ni una palabra. Alec se sentía enormemente halagado de que dejarlo la perturbara tanto. Quizá todos sus sueños descabellados de construir una vida juntos no fueran tan descaminados.

Al acercarse al aeropuerto, decidió tantear las aguas.

—Este verano no tendré facultad —ninguna respuesta—. Tengo que trabajar para Red Carpet y ganar dinero, desde luego, pero eso no me ocupará todo el tiempo. Podríamos disfrutar de un buen verano, Molly. Pienso en cosas sencillas, como asar malvaviscos en la playa, pasear en el ferry, o tumbarnos en la arena a contemplar las estrellas. ¿Qué te parece?

Ella emitió un sonido raro, como si contuviera un sollozo. No había sido su intención que se sintiera peor, de modo que abandonó la táctica.

Aparcó el coche junto al bordillo de la acera y se quitó el cinturón de seguridad para poder bajar.

—Alec, espera.

—Molly, cariño, ¿qué sucede? —fue a tomarle el rostro entre las manos, pero ella se retiró. La miró fijamente, incapaz de creer que se hubiera apartado de él.

—Se acabó —respiró hondo—. Se terminó entre nosotros, Alec.

Se quedó atónito, esperando que el dolor lo golpeara. Pero se hallaba abotargado, incapaz de moverse o de hablar.

—Esto es un adiós —se soltó el cinturón de seguridad y llevó la mano a la puerta—. Si abres el maletero, podré sacar la maleta. No hace falta que bajes.

El sonido de la puerta al abrirse penetró la estática que dominaba su cabeza. La agarró por el brazo antes de que pudiera marcharse.

—No puedes hablar en serio —graznó, como si llevara una semana enfermo.

Ella lo miró con lágrimas en los ojos.

—Hablo en serio. Cuando vuelva, que no sé cuándo será, buscaré un nuevo servicio de coches. Lo siento, Alec, pero así es como tiene que ser.

—¡Tonterías! —le apretó el brazo—. ¡Sientes algo por mí! ¡Mírame y dime que no significo nada para ti!

—Significas mucho para mí.

—Entonces, por el amor de Dios, ¿por qué?

—Porque es lo mejor. Por favor, Alec, déjame ir.

—¿Lo mejor para quién? —en su agonía, soltó la única causa que se le ocurría—. ¿Hay alguien en Los Ángeles? —«¿alguien a quien necesites más que a mí?»

—No.

—Maldita sea, ¿por qué cuando vuelvas no podemos continuar desde donde lo dejamos? No puedo creer que me dejes porque ya sabes cómo escribir las escenas de sexo y ya soy prescindible. No eres esa clase de mujer.

—Gracias por eso —tragó saliva. Lo miró a los ojos—. Tienes que dejarme ir, Alec. Perderé el avión.

Él sentía la garganta en carne viva.

—¿No hay nada que pueda decir o hacer para que cambies de parecer? —Molly negó con un gesto de la cabeza—. Tal vez decidas algo distinto cuando llegues a California. Llámame. Hablaremos de esto —sonaba frenético, pero no era el momento de preocuparse de su orgullo.

—No cambiaré de idea. No albergues ninguna esperanza de que así sea. Eso solo hará que las cosas sean más difíciles.

—No podrían serlo.

—Alec… —con la mirada le suplicó que le soltara el brazo.

La soltó. Era evidente que en ese momento nada marcaría una diferencia, pero se negaba a creer que fuera el fin. Y después de lo felices que habían sido el sábado y el domingo, había descartado por completo de su mente la posibilidad de una separación.

Como un autómata, abrió el maletero y rodeó el vehículo antes que ella. Sacó la maleta, la apoyó sobre las ruedas y extrajo el asa retráctil.

Solo entonces se la entregó.

—Adiós, Alec —dijo Molly.

Alec rodeó la maleta, le tomó la barbilla con la mano y le dio un beso intenso, reclamando el derecho a la intimidad, sin importarle que a ella le gustara. Luego, la miró a los ojos.

—Éste no es el fin —murmuró. Dio media vuelta y regresó al lado del conductor de la limusina, subió y cerró la puerta.

Entonces sintió el impacto del dolor, mucho peor que lo que había imaginado. Durante un momento temió la humillación de vomitar. De algún modo logró arrancar el coche e introducirse en el tráfico sin atropellar a nadie.

Llegado el momento, el dolor se mitigaría y le permitiría volver a pensar. Tenía que creer eso o volverse loco. Aunque quizá ya estuviera loco, porque a pesar de todo lo que le decía que socialmente no le llegaba a la altura de los zapatos a Molly, estaba decidido a verla otra vez. Sin importar lo que ella hubiera dicho, no habían terminado.

Capítulo 15

Una vez de vuelta en la mansión de sus padres en Beverly Hills, Molly decidió que era mejor actriz de lo que había imaginado. Los había convencido de que aunque parecía deprimida, solo estaba agotada de su apretada agenda como escritora.

Tras una rara cena familiar en la que se sintió extrañamente nostálgica, se excusó y escapó a su antigua habitación antes de derrumbarse. Conocía a sus padres, y le suplicarían que volviera a vivir con ellos. No se sentía lo bastante fuerte como para librar esa batalla.

Aunque en ese momento estaba contenta de encontrarse en su dormitorio en vez de en la cabaña, sabía que terminaría por volver. No pensaba abandonar la preciosa cabaña que le había legado su abuela por unos recuerdos dolorosos. Había aprendido a aceptar que la abuela Nell ya no estaba, de modo que aceptaría que Alec tampoco iba a estar.

Había hecho lo más noble en lo referente a él. No había intentado tantas obras nobles en la vida, y la decepcionaba que esa la dejara tan abatida. Debería sentirse noble por el conocimiento de que Alec iba a poder alcanzar su pleno potencial.

Pero no dejaba de recordar la expresión que puso cuando le asestó el golpe. Lo había hecho sufrir, y aunque se suponía que era por su bien, odiaba pensar en el sufrimiento que experimentaría durante una temporada. No se merecía eso.

En cuanto a ella, necesitaba poner la mente en blanco para lograr dormir un poco. En ese momento parecía una meta inalcanzable, pero contaría las ovejas que hicieran falta. Al día siguiente había quedado para almorzar con Dana, y por ello necesitaba tener la mente despejada para convencerla de que el jardinero era el culpable.

Alec tenía el día libre. Lo pasó en la biblioteca jurídica, pero con los libros cerrados ante sí. Una vez más se hallaba en una encrucijada en su vida, y en esa ocasión iba a tomar la decisión adecuada, la que debería haber tomado mucho tiempo atrás. Cuando al fin esbozó el plan que para él tenía sentido, recogió los libros y regresó a su apartamento.

Estaba conectado a *Internet* en el momento en que aquella noche sonó el timbre. El viejo ordenador era tan lento, que podría haber ido a contestar antes de entrar en la página que buscaba.

Al otro lado de la puerta se hallaba Josh, con una caja de cerveza.

—He venido tan pronto como he podido —entró y se dirigió a la cocina—. Abramos un par de botellas y podrás contármelo. O podemos ver el partido por la tele sin que hablemos de ello. Lo que prefieras.

—Estaré contigo en un minuto. Deja que primero me ocupe de una cosa en el ordenador. Ábreme una cerveza, ¿quieres? —pretendía que Josh tuviera algo que beber antes de que decirle nada.

—Claro. Y me alegra verte ante el ordenador. Es un signo excelente.

Alec regresó ante la pantalla y comenzó a elegir. En un momento se llevó la mano al bolsillo de atrás del pantalón, sacó la tarjeta de crédito de la cartera e introdujo los números. Ya estaba todo. La impresora le emitió un recibo. Cerró la ventana de la agencia de viajes antes de que Josh se acercara con una cerveza en la mano.

Su amigo miró la tarjeta de crédito que había sobre la mesa.

—¿Vas a comprar algo?

—Sí —aceptó la cerveza que le entregó y se puso de pie—. Gracias.

—Por el futuro —chocó las botellas.

—Brindo por eso —bebió un buen trago y se relajó un poco—. Siéntate —señaló el sofá—. Lamento tener que dar marcha atrás sobre el trayecto del sábado en tu lugar, pero no creo que pueda.

—No pasa nada —Josh se sentó—. Se te viene encima una agenda dura. Además, quizá no deba dejar que Pris me tome por un cobarde. Y encima habrá damas de honor, ¿quién te dice que no termine con algunos teléfonos en la agenda?

—Es verdad —Alec supo que estaba completamente comprometido con Molly cuando esa idea lo dejó frío.

—¿Te apetece comer algo? —preguntó Josh—. No se me pasó por la cabeza hasta que aparqué, pero quizá debería haber traído una pizza. Seguro que no has comido nada en todo el día. Podemos pedir una por teléfono.

—No tengo hambre —se obligó a sentarse en un sillón frente a su amigo, aunque habría preferido caminar mientras hablaba.

—Es lo mejor, tío —comentó Josh—. Sé que ahora no lo piensas, pero es así.

Alec lo miró. Sospechaba que había hablado con Molly y que había influido en la decisión de ella. Sin duda, Josh se consideraba justificado. No pensaba crear más tensión enfrentándose a él.

—Lo principal es volver al camino emprendido. No dejes que esto te frene. El semestre ya casi ha acabado.

«Para mí ya está terminado». Pero antes de decirlo debía tratar

algo con Josh.

—Quiero hablarte del negocio de las limusinas.

—¿De ese que asesorarás legalmente? —Josh sonrió.

—Preferiría ayudarte a dirigirlo, Josh.

—¿Dirigirlo? No tendrás tiempo. Una cosa es el consejo legal, pero no podrás…

—Quiero ser tu socio. Claro está, si me aceptas. Ahora ando un poco escaso de efectivo, pero espero recuperarme antes de que vayas a firmar. Y si no, pediré un préstamo.

—No lo entiendo —Josh frunció el ceño—. No te imagino dirigiendo un bufete desde una limusina.

—No quiero ser abogado. Quiero llevar un servicio de coches, como tú.

Josh gimió y se echó para atrás en el sofá, a punto de tirar la cerveza.

—Jesús, Alec. Me rindo. De verdad, me rindo.

—Escúchame, Josh. Todos estos años de universidad…

—¡No, no me rindo, maldita sea! —se irguió y lo apuntó con un dedo—. ¡Eres el tipo más inteligente que conozco! ¡Y tus padres están muy orgullosos de ti! Si tu padre…

—Exacto. He ido a la universidad para tratar de encontrar una profesión que hiciera feliz a mi padre. Jamás me detuve a pensar en lo que me haría feliz a mí. ¿Y sabes lo que me encantaría?

—No tienes ni idea —puso los ojos en blanco—. Estás tan enganchado con esa mujer que no piensas con claridad.

—Eso no es verdad, Josh. Por primera vez en la vida pienso con claridad. He visto lo mucho que Molly ama escribir. He conocido a un hombre mayor dueño de una librería, que puede que sea pobre, pero por Dios que es feliz.

—Pobre pero feliz. Es un objetivo noble al que aspirar.

—¡Puede ser! Me encanta conducir. Me encanta conocer gente nueva, celebrar acontecimientos felices. ¿A cuántas personas felices conoce un abogado durante el día?

—Te metes en eso por el dinero —bufó Josh—, no para enaltecerte.

—Entonces es una causa equivocada. Quiero ser tu socio y ser propietario de una flota de limusinas. Podría irnos de miedo.

Josh movió lentamente la cabeza.

—Llevo años viendo cómo pasas de una cosa a otra, pero esta es la idea más estúpida que te he oído pronunciar jamás.

—¿Significa eso que no me quieres como socio? —podría establecer su propio negocio, desde luego, pero tener por socio a Josh

sería más divertido, y no tendrían que competir.

Josh se pasó una mano por la cara.

—No, no es eso. Si fueras un tipo del montón, sería un honor que fuéramos socios. Pero estabas predestinado a cosas más grandes.

—No se me ocurre nada más grande que desempeñar un trabajo que me gusta y ser socio de un buen amigo.

—Eso es muy bonito. Y estúpido. Escucha…

—No, escucha tú —respiró hondo—. Todos estos años he odiado la universidad. La odio tanto como tú, pero me he quedado porque pensaba que debía hacerlo, para complacer a mi padre. Como habrás notado, no he conseguido obligarme a acabar una carrera.

—Lo he notado.

—Verás, los padres de Molly querían que fuera una estrella de cine, pero ella se aferró a su sueño de ser escritora. Supongo que yo necesitaba escuchar esa clase de historia para hacer acopio del valor para buscar lo que de verdad deseo.

Josh bajó la vista a la botella de cerveza y le dio vueltas en las manos. Al final levantó la cara.

—Al menos finaliza el semestre. Luego, puedes pensártelo durante el verano. Es una decisión demasiado importante para tomar a la ligera.

—Es demasiado importante como para postergarla otro segundo. No puedo acabar el semestre, Josh. Me marcho mañana a California.

—No —respondió boquiabierto.

—Sí. Me voy en busca de Molly.

Al día siguiente al mediodía, una doncella condujo a Molly a la terraza de la casa que Dana tenía en Malibú. Más allá de la barandilla de madera, el océano Pacífico centelleaba bajo el sol. Junto a la barandilla, una mesa de hierro forjado cubierta por una gran sombrilla estaba preparada para el almuerzo. En el centro había un jarrón con rosas y su fragancia hostigó a Molly con el recuerdo de Alec al presentarle aquella única rosa…

—¡Molly, cariño!

Logró sonreír y aceptar el abrazo de Dana. Siempre olvidaba lo pequeña y frágil que era debajo de las múltiples capas de chifón que le encantaba llevar en casa. En la pantalla grande, Dana era una presencia que imponía, pero en persona ofrecía la impresión de que un viento fuerte podía arrastrarla.

—Estás preciosa, como siempre. Vamos a comer. Estoy muerta de hambre —la condujo a la mesa como si tuviera cinco años—. ¡Irma,

trae el almuerzo y los Martinis!

Cinco años tenía Molly la primera vez que había estado en esa terraza. En medio de un cóctel, Dana había sacado una baraja para ponerse a jugar a las cartas con su invitada más joven. Desde entonces, Molly había quedado entregada a ella.

—¿Cómo van las cosas en Connecticut? —preguntó Dana mientras la doncella servía ensalada de cangrejo y rodajas de melón.

Molly bebió un sorbo de Martini. Solo los bebía en la casa de Dana. Quizá fue por el Martini. Tal vez por el aroma de las rosas. Sea como fuere, sus defensas bajaron y soltó las palabras antes de poder detenerlas.

—He conocido a alguien.

—¿Sí? ¿Es maravilloso? Claro que lo es, o no le habrías dado la hora. ¿Cuándo voy a conocerlo?

Antes de poder poner orden, Molly soltó su desdichada historia. Dana emitió sonidos de simpatía y le acarició la espalda, hasta que Molly se detuvo y se secó los ojos con la servilleta de lino.

—No era mi intención soltarlo todo —miró a su amiga con ojos acuosos.

—He tenido suficiente experiencia en este campo, querida, como para poder comprender lo que es un corazón roto —le apretó la mano —. ¿Estás completamente segura con… Alec se llama? —Molly asintió —. —¿Estás completamente segura de que Alec no puede convertirse en abogado y estar relacionado contigo?

—Eso parece. Tiene historial de abandono de estudios cuando le surge algo más interesante.

Dana sonrió.

—No me cabe ninguna duda de que eres más interesante que cualquier libro de texto, pero, cariño, en mi experiencia, que es considerable, si un hombre quiere ser médico, o abogado o, y que el cielo nos ayude, actor, nada lo detendrá, ni siquiera una mujer hermosa. El amor distrae con más facilidad a las mujeres que a los hombres. Créeme.

—La lujuria —indicó Molly.

—¿Perdón?

—Él estaba distraído por la lujuria. No sé si el amor era un factor.

—Ah, pero contigo si lo era, ¿no? —Molly volvió a asentir—. De modo que realizaste el sacrificio definitivo. Me pregunto si él te lo permitirá.

—Es posible. Para empezar, me temo que cree que tengo a alguien en California.

—¿Y por qué iba a creerlo?

Molly suspiró.

—Porque nunca le conté por qué vengo tan a menudo aquí. De modo que lo más natural es suponer…

—Pues necesitas contarle la causa.

—¿Tú crees? —parpadeó—. Ni siquiera lo conoces. Hemos mantenido tan bien este secreto porque no lo sabe nadie más que tú, mis padres, Benjamín y yo. Creo que es arriesgado añadir a otra persona a la lista.

Dana suspiró y se reclinó contra la silla.

—Creo que es arriesgado mantener secretos con los seres a los que queremos. Me he estado preguntando si necesito contárselo a Jim —se sonrojó—. Quizá vivamos juntos, y ya no podré mantener la charada… pero me pregunto qué dirá.

Molly le apretó la mano.

—Cuéntale la verdad. Dile que trabajamos juntas en los libros.

—No, no lo hacemos y tú lo sabes —la miró—. Yo solo he fingido eso. Tú los escribes, Molly, yo solo incordio.

Algo en la expresión de Dana le dio valor.

—Dana, ¿qué pensarías si… si este fuera el último libro que hiciéramos?

El alivio invadió sus facciones. Pero de inmediato lo ocultó.

—No podría hacerte eso. Tienes una carrera en marcha.

—Quiero escribir con mi propio nombre. Creo que puedo hacerlo. No, sé que puedo.

—Oh, gracias al cielo. Tenía ganas de ponerle fin, en particular desde que apareció Jim, pero ha sido tan bueno para ti, y no quería quitarte la oportunidad de escribir para ganarte la vida —alzó la copa de Martini—. Por el retiro de Dana Kyle y la aparición de Molly Drake, una nueva estrella editorial en el firmamento.

—No me lo puedo creer. ¿Estás segura de que quieres acabar con la carrera de Dana Kyle?

—Sí. Cariño, algo tiene que funcionar para ti. Si no puede ser el amor, quizá, entonces, tu carrera. Brinda conmigo. Por tu éxito.

—De acuerdo —con una sonrisa, entrechocó los bordes de las copas—. Por el éxito.

El hogar de Owen Drake y Cybil O'Connor no figuraba en el mapa de las estrellas y sabía que tampoco aparecería en la guía telefónica. Al final, pensó en una solución. Entró en una floristería en Beverly Hills y pagó una cantidad obscena de dinero para enviarle flores a Molly Drake, hija de Owen Drake.

Le reconoció a la dependienta que desconocía dónde vivían los Drake, pero añadió una buena propina con el acuerdo de que ella lo sabría. La joven le prometió que las flores serían entregadas. Alec incluyó una nota en la que le exponía a Molly que iba a estar en la cafetería del Beverly Wilshire Hotel a las seis aquella tarde, si quería reunirse con él.

El resto de la tarde lo dedicó a pasear por Rodeo Drive, sin saber si existía la posibilidad de encontrarse con ella saliendo de una de las tiendas. No había duda al respecto, Molly vivía en un mundo completamente diferente en California. Pero había abandonado esa vida por la cabaña de su abuela en Old Saybrook.

A las cinco y media entró en la cafetería del hotel y pidió una cerveza de importación. Mientras la bebía, pensó en lo que tenía para ofrecerle a Molly. No mucho. Reflexionar en su cuadro financiero estuvo a punto de hacerle pagar la cerveza y marcharse. Pero no podía. Estaba harto de abandonar las cosas. Una vez decidido lo que necesitaba en su vida, Molly y la sociedad con Josh, iba en pos de ello, sin importar lo asustado que se sentía.

A las seis menos diez, llegó Molly, el rostro acalorado por la indignación. Pero el resto era maravilloso. Plantó el bolso en la mesa y se sentó en un taburete frente a él.

La amaba tanto que no fue capaz de pronunciar una sola palabra.

Pero ella sí.

—Exactamente, ¿qué crees que estás haciendo aquí? ¿Y tus exámenes? ¿Y tu trabajo? ¿Y…?

—¿Nosotros?

—Lo estás haciendo, ¿verdad? —temblaba de furia—. Dejas la carrera de Derecho por mí.

—No, no por ti —ella se quedó boquiabierta—. Molly, te amo, pero no dejo la abogacía por eso.

—¡Es así! Me estás usando como… —abrió mucho los ojos y tragó saliva—. Aguarda un momento. Repite… repite lo que acabas de decir.

—Te amo. Pero no es por eso que…

—¿Me amas? —los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Con todo mi corazón. Y tú me amas a mí.

—No. No, si va a estropear tu vida.

Finalmente, él cedió a la necesidad de tocarla. Le tomó la mano con ambas suyas. Ella utilizó la que le quedaba libre para secarse los ojos.

—Alec, vuelve a Connecticut. Eres muy inteligente, aún puedes salvar el semestre.

Le sonrió y le apretó la mano.

—Me estás dando la razón. Solo una mujer que de verdad ame a un hombre lo abandonaría, a pesar de quererlo tanto que la haga llorar.

—¡No soy buena para ti! —le quitó la servilleta y se limpió la nariz —. ¿No lo ves?

—Veo que eres perfecta para mí. Solo espero que después de que te cuente lo que he decidido hacer con mi vida, decidas que soy perfecto para ti.

—Serías tan buen abogado… —volvió a limpiarse la nariz—. Y has estudiado mucho para llegar hasta dónde estás. No soporto la idea de que lo dejes ahora.

—Quizá la soportes después de haberme escuchado —con precisión, le explicó todo, empezando por las esperanzas depositadas por sus padres en él desde la primaria hasta sus caóticos intentos de satisfacer esas esperanzas. Incluso mencionó a George, el librero feliz. Al terminar, calló, con el corazón desbocado, a la espera de su reacción.

—¿Qué piensa Josh?

—Que soy un idiota. Pero cuento con que tú lo entiendas. Tus padres también querían algo diferente para ti.

—Alec, sobre ese tema —le apretó la mano—, hay algo que quiero decirte sobre la causa que me traía tanto a California. Yo…

—No importa. Si es un novio, entonces tendrás que deshacerte de él. Porque vas a casarte conmigo. Soy el hombre adecuado para ti, siempre y cuando no te importe casarte con alguien que lleva a la gente de un lado a otro para…

Molly se lanzó sobre él y a punto estuvo de tirar la mesa y la cerveza al obligarlo a ponerse de pie.

—¡Te amo! —lo besó con tanto entusiasmo que Alec tuvo que aferrarse a algo para no caerse. Finalmente, Molly paró para respirar.

—Vaya, supongo que me amas.

Molly lo miró con adoración en los ojos.

—¿De verdad no quieres saber por qué hacía tantos viajes a Los Ángeles?

Quería, pero ella parecía estar feliz por el hecho de que la aceptara con sus pequeños secretos.

—Algún día. Cuando estés preparada para contármelo.

Molly resplandeció de felicidad.

—Así es como sé que me amas. Me aceptas, de cualquier manera.

—Te aceptaré de cualquier modo que pueda tenerte —se inclinó y volvió a besarla, para cerciorarse de que era real. Luego, la miró a los ojos—. ¿Y de verdad te parece bien que lo único que desee es querer

ser socio de Josh en el negocio de las limusinas?

—Más que bien —le tomó la cara entre ambas manos—. Y siempre que quieras, podrás llevar a Molly Masterson, la escritora.

La abrazó e imaginó todos los años que tenía por delante para amar a esa mujer asombrosa.

Epílogo

Un año después

Para una mujer extenuada, sudorosa e increíblemente escocida, Molly se sentía muy bien. Alec estaba a su lado en la cama del hospital, sosteniendo en brazos a Cybil Denise, bautizada así en honor de sus dos abuelas. Denise, la nueva abuela, se volvía loca con la cámara, mientras el padre de Alec, Jerry, no podía dejar de sonreír, y su hermana, Lauren, suplicaba que le dejara tener en brazos al bebé.

Alec no daba la impresión de que pensara entregársela pronto. Contemplaba a su hija con tal adoración, que Molly llegó a la conclusión de que iba a tener que ser ella quien impusiera disciplina en la familia.

Tal como iban las cosas en A Sweet Ride, el nuevo servicio de coches que Josh y él habían inaugurado seis meses atrás, la pequeña Cybil iba a recibir infinidad de regalos de su padre. Ninguno de los dos hombres habría podido predecir que su antiguo jefe se declararía en bancarrota. Josh y Alec habían decidido adelantar la apertura de A Sweet Ride, comprando las limusinas en subasta para que el negocio pudiera ponerse en marcha un mes más tarde.

Desde entonces, Molly no había visto mucho de su marido. Alec le había prometido que, en cuanto naciera el bebé, recortaría las horas que dedicaba al trabajo. Por la expresión embobada que ponía al mirar a su hija, no le costaría cumplir la promesa. Tenía ganas de disponer de su compañía un poco más. Aparte de los carpinteros que añadían un segundo cuarto a la cabaña, no había disfrutado de mucha compañía últimamente, descartando los personajes de su nuevo libro.

—Vamos, Alec —suplicó Lauren—. Déjamela. Tienes que ocuparte de esas tareas paternales, como llamar a todo el mundo para alardear de tu capacidad de reproducción.

—Me gustaría que llamaras a mis padres —añadió Molly con gentileza—. Y a Dana. Y a Josh. Y a Benjamín.

—¿Benjamín? —Alec frunció el ceño—. ¿No podemos enviarle una notificación?

—No, no podemos —rio, y descubrió que reír le dolía. Pero valía la pena—. Pidió específicamente que lo llamáramos. Debería estar en su oficina todavía —desde que le había criticado el primer libro, a pesar de que le habían encantado los retoques, Alec no había terminado de aceptarlo.

Alec suspiró.

—De acuerdo. Después de llamar a tus padres, a Dana y a Josh, llamaré al viejo Benny —a regañadientes entregó a Cybil a los brazos ansiosos de Lauren—. Ten cuidado. Sostenle la cabeza. Que no pille frío. Asegúrate de…

—Santo cielo, Alec —Lauren adaptó al bebé en sus brazos y miró su carita arrugada—. Te esperan muchos problemas, C.D. Tu padre no va a dejar que te diviertas, de modo que tendrás que…

—No la van a llamar C.D. —explicó Alec con expresión sombría.

—Ya veremos —Lauren le sonrió con picardía—. Y ahora ve hacer las llamadas.

Molly intentó permanecer despierta, pero se sentía tan agotada, que apenas logró saludar a sus padres cuando Alec le acercó el teléfono. Luego, cerró los ojos.

Después de lo que le pareció un momento, sintió la presión suave de los labios de Alec sobre su frente. Luego, su voz, baja pero urgente:

—Molly, despierta.

Se obligó a abrir los ojos.

—Alec, de verdad que necesito…

—Créeme, querrás oír esto —le acercó el teléfono móvil al oído—. Es Benjamin.

Se humedeció los labios resecos.

—Hola, Benjamin.

—¡Felicidades, Molly! —atronó la voz por la línea.

—Gracias, Benjamin. Es una niña preciosa.

—Felicidades también por ella, por supuesto. Pero seamos claros, tampoco vendes un libro cada día. Creo que eso…

—¿Un libro? —despertó por completo—. ¿He vendido *Calor en la Selva*?

—Dando por hecho que aceptes la oferta que recibí hoy, y yo te aconsejaría que lo hicieras. Es una buena oferta.

Alzó la vista y vio que Alec la miraba.

—Vendí *Calor en la Selva* —murmuró.

—Lo sé —la voz le tembló de entusiasmo.

—¡Vendí mi libro! Oh, Alec. Y todo gracias a ti —las lágrimas amenazaron con caer de sus ojos.

—Yo no hice nada.

—Claro que sí. Me enseñaste… —de pronto fue consciente de que había otras personas en la habitación y de que Benjamin seguía en la línea.

Él sonrió con gentileza y le quitó el teléfono.

—Aceptará la oferta, Benjamin. Y gracias. Estaremos en contacto. Adiós.

Lauren se acercó a la cama con Cybil.

—Te devuelvo a este encanto, hermano. Mamá, papá y yo estamos de acuerdo en que es un excelente momento para ir a buscar café para que tu nueva familia y tú podáis celebrar vuestra buena fortuna —miró a Molly con ternura—. Es maravilloso lo del libro. Sé que lo deseabas mucho —le apretó la mano y se marchó.

—Ahora tengo una hermana —le comentó a Alec con los ojos húmedos—. Además de unos segundos padres.

—Sí —convino emocionado.

—Y un marido maravilloso, una hija preciosa y un contrato para el libro. ¿Se puede querer algo más?

Sosteniendo con cuidado a su hija, Alec se agachó para darle a Molly un beso en los labios.

—A mí solo se me ocurre una cosa.

—¿Qué?

—Nuestra propia cámara de vídeo —le susurró al oído.

Fin